

 Seix Barral

Françoise Frenkel

Una librería en Berlín

Prólogo de Patrick Modiano



Índice

Portada

Prefacio

Nota

Prólogo

I. Al servicio del pensamiento francés en Alemania

II. París

III. Aviñón

IV. Vichy

V. Aviñón

VI. Niza

VII. En algún lugar de la montaña

VIII. De regreso en Niza

IX. Grenoble

X. En la frontera

XI. Annecy

XII. Saint-Julien

XIII. Annecy

XIV. En la frontera

XV. Hacia Suiza

Cronología

Dossier

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

PREFACIO

El ejemplar de *Una librería en Berlín* que, por lo que me contaron, había sido hallado recientemente en Niza en un tenderete de la Comunidad de Emaús, me ha causado una curiosa impresión. Quizá sea debido a que había sido impreso en Suiza en el mes de septiembre de 1945 por la editorial Jeheber, de Ginebra. Esta editorial, que hoy en día ya no existe, había publicado en 1942 *L'aventure vient de la mer*, traducción francesa de una novela de Daphne du Maurier aparecida en Londres el año anterior, una de esas novelas inglesas o americanas prohibidas por la censura nazi y que se vendían a escondidas en el mercado negro en el París de la Ocupación.

No se sabe qué fue de Françoise Frenkel después de la publicación de *Una librería en Berlín*. Al final de su libro, ella misma nos cuenta cómo cruzó clandestinamente la frontera suiza desde la Alta Saboya en 1943. Según se indica en la parte inferior de una de las hojas preliminares, escribió *Una librería en Berlín* en Suiza, «a orillas del lago de los Cuatro Cantones, 1943-1944». A veces hay extrañas coincidencias: en una carta que Maurice Sachs envió pocos meses antes, en noviembre de 1942, desde una casa del Orne donde estaba refugiado, encuentro, como quien no quiere la cosa, una frase con el título del libro de Françoise Frenkel: «Parece que mi línea, si no mi destino, es *no tener ningún sitio donde descansar*».*

¿Qué se sabe de la vida de Françoise Frenkel después de la guerra? Hasta hoy, las escasas informaciones que he podido reunir sobre ella son las siguientes: en su relato evoca la librería francesa que ella misma había abierto en Berlín en los años veinte —la única librería francesa de la ciudad— y que regentó hasta 1939. En el mes de julio de aquel año, abandona Berlín precipitadamente en dirección a París. Por un estudio de Corine Defrance, «*La Maison du Livre français à Berlin (1923-1933)*», sabemos que dirigía esta librería con su marido, un tal Simon Raichenstein, de quien no dice ni una

palabra en su libro. Es de suponer que este marido fantasma habría salido de Berlín hacia Francia a finales del año 1933 con un pasaporte Nansen. Las autoridades francesas le habrían denegado un carné de identidad y en su lugar le habrían enviado una notificación de expulsión. Pero él se quedó en París. Desde Drancy lo llevaron a Auschwitz en el convoy del 24 de julio de 1942. Había nacido en Rusia, en Moguilov, y en París parece que vivió en el distrito XIV.

Volvemos a encontrar el rastro de Françoise Frenkel en los archivos estatales de Ginebra, en la lista de personas registradas en la frontera ginebrina durante la Segunda Guerra Mundial, es decir, aquellas que obtuvieron la autorización para quedarse en Suiza después de haber cruzado la frontera. Esa lista nos indica sus verdaderos nombre y apellido: Raichenstein-Frenkel, Frymeta Idesa; su fecha de nacimiento: 14-07-1889, y su país de origen: Polonia.

Último rastro de Françoise Frenkel quince años más tarde: un expediente de indemnización a su nombre fechado en 1958. Tiene que ver con un baúl que ella había consignado en mayo de 1940 en el guardamuebles del Colisée, sito en el número 45 de la rue du Colisée, de París, y que fue embargado el 14 de noviembre de 1942 como «posesión judía». En 1960 fue indemnizada con 3.500 marcos por la incautación de su baúl.

¿Qué contenía ese baúl? Un abrigo de piel de nutria. Un abrigo con cuello de zarigüeya. Dos vestidos de punto. Una gabardina negra. Una bata de Grünfeld. Un paraguas. Una sombrilla. Dos pares de zapatos. Un bolso de mano. Una almohadilla eléctrica. Una máquina de escribir portátil Erika. Una máquina de escribir portátil Universal. Guantes, zapatillas, pañuelos...

¿En realidad hace falta saber más? No lo creo. La gran singularidad de *Una librería en Berlín* procede justamente de que no podamos identificar a su autora de una manera precisa. Ese testimonio de la vida de una mujer acorralada entre el sur de Francia y la Alta Saboya durante el periodo de la Ocupación es más impresionante cuanto más anónimo nos parece, como sucedió durante mucho tiempo con *Una mujer en Berlín*, publicado también en Suiza en los años cincuenta.

Si pensamos en las primeras lecturas de obras literarias que hacíamos a los catorce años, tampoco sabíamos nada acerca de sus autores, ya se tratara de Shakespeare o de Stendhal. Pero esa lectura ingenua y directa te marcaba para siempre, como si cada libro fuese una especie de meteorito. En nuestra época, el escritor aparece en las pantallas de televisión y en las ferias del libro, se interpone sin cesar entre sus obras y sus lectores y se convierte en un viajante de comercio. Añoramos aquel tiempo de nuestra infancia en que leíamos *El tesoro de Sierra Madre* firmado por un nombre falso: B. Traven, un hombre cuya identidad ignoraban hasta sus editores.

Prefiero no conocer el rostro de Françoise Frenkel, ni las peripecias de su vida tras la guerra, ni la fecha de su muerte. De ese modo, su libro será siempre para mí la carta de una desconocida, olvidada en la lista de correos desde hace una eternidad y que parece que recibes por error, aunque tal vez eras en realidad su destinatario. La curiosa impresión que he experimentado al leer *Una librería en Berlín* ha sido como oír la voz de una persona cuya cara no se distingue en la penumbra y que te cuenta un episodio de su existencia. Y esto me ha recordado a los trenes nocturnos de mi juventud, no «en *sleeping*», sino en los compartimentos con asientos en donde se creaba una intimidad muy fuerte entre los viajeros y en donde alguien, bajo la luz mortecina de la lamparilla, acababa por hacerte alguna confidencia o incluso alguna confesión, como en el secreto de un confesonario. Lo que daba tanta fuerza a esa brusca intimidad era el sentimiento certero de que nunca más volveríamos a vernos. Breves encuentros. Guardamos de ellos un recuerdo en suspenso, el recuerdo de una persona que no tuvo tiempo de decírnoslo todo. Lo mismo ocurre con el libro de Françoise Frenkel, redactado hace setenta años pero en medio de un confuso presente y bajo una gran conmoción.

He acabado por averiguar la dirección de la librería de Françoise Frenkel: Passauerstrasse, 39; teléfono: Bavaria 20-20, entre el barrio de Schöneberg y el de Charlottenburg. Me imagino en esa librería a ella y a su marido, que está ausente en su libro. En el momento en que lo escribía, no cabe duda de que ella ignoraba la suerte que él había corrido. Simon Raichenstein tenía un pasaporte Nansen, ya que formaba parte de los emigrantes originarios de Rusia. Se calcula que en Berlín había más de cien mil al principio de los años veinte. Se habían establecido en el barrio de

Charlottenburg, a causa de lo cual empezaron a llamarlo *Charlottengrad*. Muchos de esos rusos blancos hablaban francés, y supongo que serían los principales clientes de la librería del señor y de la señora Raichenstein. Parece más que probable que Vladimir Nabokov, que vivía en el barrio, cruzara una noche el umbral de esta librería. No hay necesidad de consultar los archivos ni de rebuscar en las fotos. Creo que basta con leer las *nouvelles* y las novelas «berlinesas» de Nabokov, escritas en ruso y que son la parte más emocionante de su obra, para seguir el rastro de Françoise Frenkel por Berlín. Podemos imaginárnosla en las avenidas crepusculares y en los pisos mal iluminados que describe Nabokov. Hojeando *La dádiva*, la última novela que Nabokov escribe en ruso y que es un adiós a su lengua materna, hallamos la descripción de una librería que debía de parecerse a la de Françoise Frenkel y el enigmático Simon Raichenstein. «Al atravesar la plaza Wittenberg, donde, como en una película en color, unas rosas se estremecían por la brisa en torno a una antigua escalera que descendía hasta una estación de metro, él se dirigió a la librería... Todavía había luz... Aún servían libros a los taxistas nocturnos y, a través de la opacidad amarilla del escaparate, reparó en la silueta de Micha Berezovski...»

En las últimas cincuenta páginas de su libro, Françoise Frenkel evoca su primera tentativa de cruzar la frontera suiza, que terminó en fracaso. Es conducida a la gendarmería de Saint-Julien en compañía de «dos chicas llorando a lágrima viva, un muchacho con cara de pasmado y una mujer muerta de agotamiento y de frío». Al día siguiente, es trasladada en autocar a la prisión de Annecy junto con otros fugitivos arrestados.

Soy sensible a estas páginas por haber pasado largos años en esa región de la Alta Saboya. Annecy, Thônes, la meseta de Glières, Megève, el Grand-Bornand... El recuerdo de la guerra y de los maquis era aún muy vivo en esa época de mi infancia y de mi adolescencia. Huellas digitales. Esposas. Ella es puesta a disposición de una especie de tribunal. Afortunadamente es condenada a la «mínima pena con libertad condicional y declarada libre». Al día siguiente, termina para ella el encarcelamiento. Al salir de la prisión, pasea por las soleadas calles de Annecy. El camino por el que ella va al azar

me es familiar. Oye el mismo murmullo de un chorro de agua que yo también oía, el silencio de la primera hora de la tarde y el bochorno cerca del lago, al final de la alameda de Pâquier.

Su segunda tentativa de cruzar clandestinamente la frontera suiza será la buena. A menudo, en la estación de autobuses de Annecy, yo cogía un autocar que me llevaba hasta Ginebra. Me había dado cuenta de que el vehículo cruzaba la aduana sin que jamás hubiera el menor control. Sin embargo, al acercarnos a la frontera por la parte de Saint-Julien-en-Genevois, siempre se me encogía ligeramente el corazón. Quizá fuera porque todavía sobrevolaba el recuerdo de una amenaza en aquel ambiente.

PATRICK MODIANO

Nota: La presente edición de *Una librería en Berlín* reproduce la edición original de 1945. No se ha hecho ninguna supresión ni ninguna modificación en el texto. Tan solo, para facilitar su lectura, se han corregido algunas erratas y expresiones en desuso. Las notas numeradas a pie de página son de la autora.

PRÓLOGO

Es deber de los supervivientes rendir testimonio con el fin de que los muertos no sean olvidados ni los oscuros sacrificios sean desconocidos.

Ojalá estas páginas puedan inspirar un pensamiento piadoso para aquellos que fueron silenciados para siempre, exhaustos por el camino o asesinados.

Dedico este libro a los HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD que, generosamente, con una valentía inagotable, opusieron la voluntad a la violencia y resistieron hasta el final.

Querido lector, ten hacia ellos el cariño agradecido que toda acción magnánima merece.

Pienso también en mis amigos suizos que me tendieron la mano en el momento en que más me sentía hundir, y en la clara sonrisa de mi amiga Lie, que me ayudó a seguir viviendo.

F. F.
*En Suiza, a orillas
del lago de los Cuatro Cantones,
1943-1944*

I

AL SERVICIO DEL PENSAMIENTO FRANCÉS EN ALEMANIA

No sé muy bien a qué edad se remonta mi vocación de librera, en realidad. Ya desde muy niña me podía pasar las horas muertas hojeando un libro con imágenes o un gran volumen ilustrado.

Mis regalos preferidos eran los libros, que se acumulaban en las estanterías de las paredes de mi habitación de niña.

Por mis dieciséis años, mis padres me dejaron encargar una librería hecha a mi gusto. Mandé construir, según mis propios planos, un armario que, para asombro del carpintero, debía tener las cuatro caras acristaladas. Coloqué aquel mueble de mis sueños en medio de mi cuarto.

Para mi mayor satisfacción, mi madre me lo consintió todo, y yo podía contemplar a mis clásicos en las bellas encuadernaciones hechas por sus editores y a los autores modernos y contemporáneos forrados amorosamente con papeles de mi fantasía.

Balzac aparecía recubierto de cuero rojo, Sienkiewicz de tafílete amarillo, Tolstói de pergamino y *Paysans*, de Reymont, vestido con la tela de una antigua pañoleta campesina.

Más tarde, el armario ocupó su lugar pegado a la pared, tapizada con una bonita cretona clara, pero este cambio no disminuyó en absoluto mi fascinación.

Luego pasó mucho tiempo...

La vida me había llevado a París para largos años de estudios y de trabajo.

Todo mi tiempo libre me lo pasaba yendo de acá para allá por la orilla del río, donde están los *bouquinistes*, delante de los viejos cajones húmedos de los libreros de viejo. A veces descubría por allí algún libro del siglo XVIII, que en aquella época me atraía especialmente. Otras veces, creía haberle echado el guante a un documento, a un volumen muy raro o a una carta antigua; inagotable alegría, aunque efímera.

¡Qué recuerdos!

¡Rue des Saints-Pères, con sus tiendas polvorientas y sombrías, lugares de tesoros amontonados, mundo de maravillosas investigaciones! ¡Qué tiempos aquellos, tan cautivadores, de mi juventud!

Los largos puestos de libros que había en la esquina de la rue des Écoles con el bulevar Saint-Michel, pertenecientes a una gran librería que invadía la acera. Las lecturas en diagonal de los volúmenes aún intonsos, en medio de los ruidos de la calle: cláxones de los coches, conversaciones y risas de los estudiantes con las chicas, música, estribillos de las canciones de moda...

Lejos de distraer a los lectores, ese guirigay formaba parte de nuestra vida de estudiantes. Si ese trajín desapareciera y si esas voces se apagarán, sencillamente no se podría seguir leyendo en la esquina del bulevar: una extraña opresión se apoderaría de todos nosotros...

Pero afortunadamente nada de eso era de temer entonces. Es cierto que la guerra había reducido algunas notas del diapasón de la alegría general, pero París vivía su vida de plena actividad y despreocupación. La juventud del Barrio Latino hervía, la canción callejera vibraba sin parar y el amante de los libros proseguía su lectura a hurtadillas, delante de las mesas cargadas de los tesoros que los editores y los libreros ponían tan desinteresadamente a disposición de todo el mundo, con una afable benevolencia y una perfecta generosidad.

Al término de la Gran Guerra, regresé a mi ciudad natal. Después de las primeras efusiones de alegría desbordada al reencontrar a los míos sanos y salvos, me precipité a mi habitación de cuando era niña.

¡Me quedé totalmente pasmada! Las paredes estaban desnudas: la cretona con flores estampadas había sido hábilmente despegada y retirada. Solo había unos periódicos tapando el yeso. Mi hermosa librería de cuatro caras acristaladas, maravilla de mi fantasía juvenil, estaba vacía y parecía avergonzarse de su decadencia.

El piano también había desaparecido del salón.

La ocupación de 1914-1918 había acabado con todo.

Pero mi familia estaba viva y con salud. Pasé con ella unas vacaciones felices y regresé a Francia pletórica de energía y de entusiasmo.

Aparte de los cursos en la Sorbona, trabajaba asiduamente en la Biblioteca Nacional, así como en la biblioteca de Sainte-Geneviève, mi sitio preferido.

A mi vuelta de Polonia, hice unas prácticas por la tarde en una librería de la rue Gay-Lussac.

Aprendí así a conocer a los «clientes» del libro. Me esforzaba por penetrar en sus deseos, por comprender sus gustos, sus opiniones y sus tendencias, por adivinar las razones de su admiración, de su entusiasmo, de su alegría o su descontento a propósito de tal o cual obra.

Conseguía desentrañar un carácter, un estado de ánimo o un pensamiento solo por el modo casi tierno como cogían un volumen, por la delicadeza con que pasaban sus páginas, por cómo las leían piadosamente o las hojeaban a toda velocidad, sin prestar atención, poniéndolo enseguida otra vez sobre la mesa, a veces tan descuidadamente que llegaba a estropearse esa parte tan sensible que son las puntas. Con discreción, me aventuraba a colocar a mano del lector el libro que yo consideraba el adecuado para él, con el fin de evitarle el embarazo de verse influido por una recomendación. Si le parecía de su agrado, yo me sentía exultante.

Empezaba a tomarle afecto a la clientela. Acompañaba mentalmente a algunos visitantes hasta el final de su recorrido y me imaginaba su contacto con el libro que se llevaban; luego, esperaba con impaciencia que volvieran para saber cuáles habían sido sus reacciones.

Pero también podía ocurrir que detestara a un vándalo. Porque había gente que martirizaba los libros, los avasallaba con críticas violentas, con reproches, hasta deformar pérfidamente su contenido.

He de confesar, para mi vergüenza, que eran sobre todo las mujeres las que más carecían de moderación.

Fue así como acabé encontrando el complemento necesario de todo libro: el lector.

En general, reinaba entre uno y otro una perfecta armonía en la pequeña tienda de la rue Gay-Lussac.

En cuanto tenía tiempo libre, me iba a la zona donde se exponían las publicaciones recientes de los editores y allí encontraba viejas obras conocidas y auténticas novedades, objetos ambas de mi sorpresa y mi deleite.

Cuando me llegó la hora de escoger una profesión, no lo dudé: seguí mi vocación de librera.

Fue en diciembre de 1920... Me dirigía, como de costumbre, a pasar una breve temporada donde mi familia. De camino, me detuve en Poznań, en Varsovia y luego, al término de las vacaciones con los míos, me quedé en Cracovia.

Llevaba en mi maleta los dos primeros volúmenes de *Los Thibault*, de Roger Martin du Gard, *Croix de bois*, de Dorgelès, y *Civilisation*, de Duhamel, libros que me parecían muy apropiados para transmitir mi admiración por el rico florecimiento de la literatura francesa de posguerra a los amigos y a los libreros con quienes me proponía encontrarme.

Mi intención era abrir una librería en Polonia. Viajé por varias de sus ciudades. Las librerías de todas ellas ya tenían hermosas colecciones de libros franceses, así que mi empeño me pareció superfluo.

A mi regreso decidí hacer una breve parada en Berlín, ver allí a unos amigos y tomar el tren nocturno para estar en París a primera hora de la mañana.

Deambulábamos sin rumbo por las amplias arterias de Berlín y, como siempre me había gustado hacer, me iba parando delante de los escaparates de las grandes librerías. Habíamos cruzado «Bajo los Tilos»,* Friedrichstrasse y Leipzigstrasse, cuando de pronto exclamé:

—¡Pero aquí no tenéis libros franceses!

—Es más que posible —fue la respuesta, lacónica e indiferente.

Desanduvimos nuestro paseo en sentido inverso y esta vez entré en las librerías. En todas me aseguraron que la demanda de libros franceses era casi inexistente: «Nos quedan solo algunos volúmenes de clásicos».

En cuanto a periódicos y revistas, no había el menor rastro. Los vendedores, en los kioscos, contestaban a mis preguntas sin ninguna amabilidad.

Con estas impresiones llegué de nuevo a París.

El profesor Henri Lichtenberger, a quien referí los resultados de mis peregrinajes, me dijo con toda naturalidad:

—¿Y por qué no abre usted misma una librería en Alemania?

Un editor exclamó:

—¿Berlín? ¡Es un centro clave! Tiente su suerte, no lo dude.

Mi querido profesor y amigo P. proclamó:

—Una librería en Berlín... es casi una misión.

Cierto que yo no apuntaba tan alto: buscaba solo una actividad, la de librera, la única que contaba para mí. Sin embargo, la perspectiva de trabajar en Berlín, ciudad que había entrevisto en la bruma del invierno, inmensa, triste y morosa, no dejaba de atraerme.

Con estas inclinaciones reemprendí, poco tiempo después, el camino a la capital de Alemania.

Mi primer trámite fue ir al consulado general de Francia, donde expuse mi proyecto con toda la fogosidad de mi convicción, poniendo de relieve los apoyos morales con los que ya contaba.

El cónsul general alzó los brazos al cielo:

—¡Pero, señora, me parece que usted ignora el clima moral de la actual Alemania! ¡No se da usted cuenta de la realidad! Si supiera lo mucho que ya nos cuesta mantener a los profesores de francés establecidos aquí... Nuestros periódicos solo se venden en contados kioscos. Los franceses se pasan por el consulado a leerlos. ¡Y usted, encima, quiere abrir una librería! ¡Vendrán a poner patas arriba su negocio!

Supe más tarde que en Breslau, después del plebiscito de la Alta Silesia, el consulado había sido saqueado por la muchedumbre alemana.

En la embajada de Francia solo me recibió un joven agregado; apenas se mostró más animoso. Pero al cabo de ocho días de averiguaciones y de reflexión, mi decisión estaba tomada: allí no había libros franceses y Berlín era una capital, ciudad universitaria además, donde ya se sentía latir el pulso de la vida que renace, así que era el momento preciso para que una librería francesa tuviera éxito.

Alemania no me era desconocida. Siendo muy joven, había venido a perfeccionar mis conocimientos de alemán y proseguir mis estudios de música con el profesor Xaver Scharwenka.

Más tarde tuve una segunda estancia en Alemania y asistí a clase en la universidad femenina de Leipzig, aunque solo un semestre.

Conocía a los grandes maestros del pensamiento, de la poesía y de la música alemanes. Y en su influencia cifré toda la esperanza de que mi librería en la capital fuera un éxito.

Era preciso, por supuesto, llevar a cabo un sinfín de formalidades en esa administrativa y burocrática ciudad. El primer funcionario berlinés al que me dirigí se mostró reacio de manera rotunda a la venta de libros exclusivamente franceses. Convinimos en la designación de mi negocio como un «centro del libro extranjero». Mi interlocutor alemán era también de la opinión de que la época no parecía la más favorable para la realización de un proyecto como el mío.

Fue así como, a pesar de las objeciones oficiales, vio la luz mi intento de librería francesa en Berlín. Su primera sede se estableció en el entresuelo de una casa particular, en un barrio tranquilo, alejado del centro.

Empezaron a llegar los paquetes de París, que me traían los hermosos volúmenes de cubiertas multicolores, tan características de las ediciones francesas; los libros llenaban los estantes, trepaban hasta el techo y cubrían todo el piso.

Apenas hube terminado de instalarme, ya empecé a tener clientes. A decir verdad, al principio se trataba de clientas, extranjeras en su mayoría, polacas, rusas, checas, turcas, noruegas, suecas y muchas austriacas. En cambio, la visita de un francés o de una francesa era todo un acontecimiento. La colonia era poco numerosa. Muchos de sus miembros, que se habían ido en vísperas de la guerra, no habían regresado.

Los días estelares, para las amables clientas, eran cuando llegaban los periódicos y las revistas de moda, sobre las que se lanzaban dando gritos de alegría, encantadas de ver los modelos de los que habían sido privadas durante tanto tiempo. Las publicaciones de arte tenían igualmente admiradoras no menos celosas.

La biblioteca de préstamo fue recibida con entusiasmo. No tardó el momento en que los lectores tuvieron que inscribirse en una lista y esperar su turno, porque se llevaban los libros en tropel.

Al cabo de pocos meses, la afluencia creciente de la clientela me obligó a plantearme una ampliación e instalé la librería en un barrio de la capital más mundano.

¡1921! Esa época de efervescencia estuvo marcada por la reanudación de las relaciones internacionales y los intercambios intelectuales. La élite alemana empezó a aparecer por este nuevo puerto del libro francés, aunque al principio muy comedidamente. Luego, los alemanes fueron siendo cada vez más y más numerosos: filólogos, profesores, estudiantes, más los representantes de esa aristocracia cuya educación estuvo siempre muy influenciada por la cultura francesa y a quienes se llamaba ya entonces *la antigua generación*.

Un público curiosamente mezclado. Conocidos artistas, vedetes, mujeres de mundo que se inclinan sobre las publicaciones de moda y que hablan en voz baja para no distraer al filósofo inmerso en un Pascal. Cerca de una vitrina, un poeta hojea piadosamente una bella edición de Verlaine, un sabio con gafas escruta el catálogo de una librería científica y un profesor de instituto ha reunido delante de él cuatro gramáticas para comparar seriamente los capítulos relativos a la concordancia del participio seguido de un infinitivo.

Para mi sorpresa, pude constatar entonces cuánto interesaba a los alemanes la lengua francesa y qué conocimiento tan profundo de sus obras maestras poseían algunos de ellos. Un día, un profesor de instituto me hizo notar que, en la edición de Montaigne que él llevaba en la mano, había un vacío de unas diez líneas importantes. Tenía toda la razón, no era una edición *in extenso*. Un filólogo, con solo unas pocas citas de un poeta francés, era

capaz de decir sin el menor titubeo el nombre de su autor. Otro podía recitar de memoria máximas de La Rochefoucauld, de Chamfort o pensamientos de Pascal.

Aquella vida de librera me ponía en contacto con gente singular y simpática. Un cliente alemán, muy buen gramático, cuando se despedía después de una compra, oyó que mi empleada le dijo: «¡Que lo disfrute, señor!». Volvió sobre sus pasos y pidió que le explicara exactamente esa expresión. Quería saber si se trataba simplemente de una cortesía comercial o si podría utilizarse también en sociedad, en qué casos concretos, etcétera, etcétera.

Anotó la frase en una libreta y desde entonces no dejó nunca de decir «Que lo disfrute», acompañado de una sonrisa cómplice.

Como predecesores del cuerpo diplomático, aparecieron en primer lugar los funcionarios de los consulados y de las embajadas; enseguida pasaron a formar parte de la clientela habitual. Luego llegaron los agregados y, en fin, por último, los señores diplomáticos y, sobre todo, sus esposas.

En cuanto a su excelencia el embajador de Francia, recibí su visita cuando ya había abierto la librería en el barrio oeste de Berlín.

Me agradeció mi iniciativa, escogió varios volúmenes y, con esa manera tan especial que tiene la lengua francesa para unir la firmeza con la afabilidad educada, me dijo que Romain Rolland y Víctor Margueritte, el primero desertor de la causa francesa y pornógrafo el segundo, no deberían tener sitio en una librería que se respete. A cambio, su excelencia me recomendó las obras de René Bazin, de Barrès y de Henri Bordeaux.

Después de su marcha, me quedé orgullosa y triste a la vez. Pese a toda mi buena voluntad, sabía que me sería imposible seguir esos consejos.

Una embajadora extranjera, tan inteligente como guapa, tenía pasión por los libros antiguos. Se pasaba las horas rebuscando y casi siempre descubría algún libro de su gusto. Uno de esos días en que no tenía ningún reparo en ensuciarse sus hermosas y cuidadas manos hojeando polvorientos libros de ocasión, me dijo exultante:

—Si no fuera mujer de diplomático, mi sueño sería ser librera.

Desde ese día, nuestra camaradería se consolidó. Mientras yo me dedicaba a encargar búsquedas de libros entre los *bouquinistes* de París, ella me enviaba clientes y me avisaba de la llegada a Berlín de personalidades y de franceses famosos.

Porque también organizábamos conferencias y presentaciones de autores notorios de paso por Alemania.

Claude Anet, Henri Barbusse, Julien Benda, la señora Colette, Dekobra, Duhamel, André Gide, Henri Lichtenberger, André Maurois, Philippe Soupault y Roger Martin du Gard se pasaron por la librería a hacer una visita.

Algunos tomaban la palabra. Sus charlas trataban de asuntos literarios, artísticos, de recuerdos e impresiones; atraían a profesores, a estudiantes, a franceses y a todo un público cosmopolita. Al término de las conferencias había una audición de discos franceses: canciones, poesías, escenas de obras de teatro.

Con la colaboración de franceses de buena voluntad, también dábamos «representaciones teatrales», actos de obras de Marivaux, de Labiche, del *Docteur Knock* de Jules Romains, a veces incluso *sketches* de actualidad que componíamos nosotros mismos. En algunas de esas representaciones teníamos hasta quinientos alumnos de escuelas alemanas.

La fiesta del Martes de Carnaval, típica entre franceses, se convirtió asimismo en un gran acontecimiento para la clientela.

En su libro *Dix ans après*, Jules Chancel ha relatado una de esas fiestas, con todo su ambiente y su éxito.

En mis funciones de librera, hallé la docta colaboración del profesor Hesnard, agregado de prensa, autor de un excelente estudio sobre Baudelaire. Me ayudaba discretamente con sus consejos.

El agregado cultural que vino a Berlín hacia 1931 también supuso para mí un apoyo infinitamente valioso y nunca será suficiente lo mucho que le debo a su erudición y a su entrega.

En septiembre de 1931 vi llegar a Aristide Briand, acompañado de un funcionario que le hacía las veces de cicerone. Después de expresarme sus felicitaciones, me preguntó si había fundado mi librería en aras del espíritu de acercamiento francoalemán.

—Deseo ardientemente ese acercamiento, como el de todos los pueblos del mundo —contesté yo—, pero me he instalado en Berlín solo en aras de lo que yo misma me he propuesto. La política da lugar a la injusticia, a la ceguera y al abuso. Después de una violenta discusión habida entre dos clientes de distintas nacionalidades, me he cuidado mucho de que en la librería no se hable de política —añadí.

Espectadora de los acontecimientos que se desarrollaban a mi alrededor, había hecho muchas constataciones en el ejercicio de mi actividad, había visto que se avecinaban conflictos y había sentido cómo aumentaban algunas amenazas. Qué duda cabe de que me habría encantado hablar a corazón abierto con ese gran hombre de Estado cuyas aspiraciones merecían toda confianza. Pero iba acompañado.

El recelo que me inspiraba la política prevaleció. No lamento no haberle planteado a Briand ninguna pregunta ni haberme pronunciado acerca de mis aprensiones. ¡Poco tiempo después su idealismo se vería tan irremediablemente frustrado!

Así que no abrí la caja de Pandora, esa en cuyo fondo yace, en su sueño diez veces milenario, la esperanza de una posible concordia entre los pueblos.

La visita de Briand confirió un prestigio añadido a mi librería y se tradujo en un incremento de la clientela. De ese modo conocí un periodo de unos años de simpatía, paz y prosperidad.

A partir de 1935, empezaron las complicaciones graves.

En primer lugar, el asunto de las divisas.

Para abonar mis pedidos de libros franceses, me hacía falta, en cada pago, una nueva autorización de *clearing* entre un banco y otro. Además, yo debía presentar las pruebas de que esa importación era necesaria. Me procuraba entonces las más diversas recomendaciones. Algunas escuelas me remitían listas de encargos, los profesores de instituto hacían lo mismo. Las universidades pasaban por la vía oficial.

Los clientes particulares rellenaban unos boletines que después yo presentaba en el servicio especial encargado de la evaluación de los libros por importar. Para completar el stock, recurría al apoyo de la embajada de

Francia. El trabajo se hacía demasiado laborioso.

A veces aparecía la policía. Con el pretexto de que un autor figuraba en el índice, los inspectores lo examinaban todo y requisaban algunos volúmenes. Se llevaron así los libros de Barbusse, más tarde los de André Gide y, finalmente, un gran número de otros ejemplares, entre los que estaba la obra de Romain Rolland (ya puesta en el índice por el propio embajador francés).

Para rellenar este vacío producido en mis estanterías, y por una ironía del destino, un francés, corresponsal berlinés de un periódico del sur, vino precisamente a mi librería por esa época para traerme una obra suya titulada *En face de Hitler*. Era... Ferdonnet, quien acabaría siendo tristemente célebre como locutor de Radio Stuttgart. Con un tono lleno de arrogancia, me pidió que colocara un ejemplar de su obra en el escaparate. Yo le respondí que, conforme a las instrucciones de los editores, no exponía libros políticos. Él me replicó:

—Bien sabe usted que me sería muy fácil *insistir*... —Luego, con un tono ya imperativo—: ¡Cuento con usted para que se venda!

Regularmente venían unos agentes de policía a requisar diversos periódicos franceses que figuraban en su lista. A raíz de ello, mis clientes empezaron a presentarse a la hora de abrir la tienda para adelantarse a la visita de los inspectores. Pese a todo, el número de publicaciones francesas autorizadas era cada vez más limitado.

Durante algunas semanas, *Le Temps* fue el único tolerado. Enseguida me apresuré a pedir un número de ejemplares suficiente; la clientela estaba ávida de noticias del extranjero. Pero solo pudieron disponer de ellas durante ocho días. Un buen día, un inspector me notificó que *Le Temps* también figuraba en la lista negra. Se llevó todas las existencias, para mayor decepción de mis clientes.

¿Esconder los periódicos? ¿Guardarlos? «Difusión de publicaciones prohibidas», lo que me habría llevado directamente a un campo de concentración.

Desde entonces, los diarios franceses dejaron de llegar a Alemania. Desaparecieron para siempre.

Todas esas limitaciones eran de orden general.

Pero tras la promulgación de las leyes raciales de Núremberg (en el congreso del partido, en septiembre de 1935), mi situación personal pasó a ser muy precaria.

El partido nazi sabía que mi librería se encontraba, de alguna manera, bajo la protección de los editores franceses. Las autoridades alemanas, fieles a su política, consistente en cloroformizar a la opinión pública, dudaban si provocar un escándalo o no. Por una parte, toleraban mi actividad al servicio del libro francés; pero, por otra, me echaban en cara mi origen.

Mi correo contenía convocatorias, invitaciones, indicaciones para asistir a tal o cual reunión o para participar en tal o cual manifestación o asamblea. Las asociaciones de librerías me exigían que verificara el stock de mi fondo y enviase al servicio especial de verificación los libros contrarios al espíritu del régimen. En toda esa burocracia tenía que adjuntar unos cuestionarios relativos a mi raza y a la de mis abuelos y bisabuelos, tanto maternos como paternos.

Mi secretario, a la larga, dejó de mostrarme esos deprimentes impresos; él mismo cogía su motocicleta, hacía el recorrido por las distintas administraciones y les suministraba la información solicitada. Insistía en mi condición de extranjera para allanar provisionalmente las dificultades y darme así tiempo para preparar la liquidación de mi negocio.

Los incidentes se multiplicaron. Recuerdo una humillación que tuve que sufrir pocos días antes de Navidad. Dos carteros habían traído numerosos paquetes con libros para regalo. Las mesas estaban rebosantes de bellas ediciones para adultos y de álbumes con imágenes en color para niños. Impresas con ese gusto que en ninguna parte del mundo se encuentra más perfecto que en Francia, las revistas emergían de sus envoltorios, recibidas por los gritos admirativos de la clientela.

¡Era la fiebre característica de esa época del año!

De repente, la puerta de la tienda se abrió con estruendo y la «vigilante» nazi del edificio irrumpió donde yo estaba. Mujer con cabeza de gorgona, llevaba en cada mano dos latas de conserva vacías.

—¿Entiende usted el alemán? —gritó.

—Por supuesto —dije yo, más bien sorprendida.

—¿Son de usted estas cuatro latas metálicas?

—Lo ignoro, voy a preguntar a mi asistente, pero ¿por qué?

—Son tuyas. ¡Lo sé, ya se lo digo yo! ¡Todos los alemanes saben que para tirar las latas de conserva hay un recipiente distinto del cubo de basura, es una caja especial con un letrero! ¡Le voy a poner una multa y de las gordas! Póngalo en la cuenta de sus «prósperos negocios» navideños —añadió con los ojos hinchados de odio.

La harpía se fue. Un diplomático que estaba presente en aquel momento contó que, durante varios días, él tampoco había sabido cómo deshacerse de un tubo de aluminio que llevaba inscrito en rojo: NO TIRAR. No se atrevía a poner ese tubo en la papelera de su habitación de hotel ni a abandonarlo en la calle. Finalmente, tuvo la idea de depositarlo en una farmacia, donde lo felicitaron en nombre del partido. Esta anécdota nos hizo reír momentáneamente, pero no nos quitó el malestar.

Yo estaba desbordada.

Basándose en el reglamento relativo al famoso «plato único», la misma vigilante del edificio venía a husmear por mi cocina cuando le daba la gana. Levantaba las tapaderas, olía el contenido y luego se retiraba haciendo el saludo nazi.

A esa mujer, además, le debo mi primer contacto con la Gestapo.

Había yo aprovechado las vacaciones de Pascua para ir a visitar a mis primos de Bruselas. Les había consultado acerca de las posibilidades de trasladar mi librería a su ciudad. El resultado fue negativo. De allí me fui a París, como cada semestre. Sopesaba los trámites que serían necesarios de cara a cedérselo todo a unos franceses. Mis anuncios se habían publicado en un boletín de la profesión. Un matrimonio aceptó venir a Berlín para pasar unas semanas en la librería y decidir después si querían el traspaso de mi negocio.

Al día siguiente de mi regreso, fui citada urgentemente en la jefatura de policía.

Como era la Gestapo, tuve que franquear tres portales de hierro sucesivos, abiertos y enseguida cerrados con llave detrás de mí por un SS con uniforme negro. Lo seguí por largos pasillos de ventanas enrejadas. Finalmente se detuvo delante de una puerta y, después de llamar, me metió en una especie de celda.

Ante mí, sentado a una mesa, se hallaba un joven rubio también de uniforme: tendría unos veinte años, cara imberbe, con muchas pecas, ojos azul claro y gesto furioso. Me hizo una seña para que me sentara.

—¿Es usted la señora de tal? ¿Nombre de su padre, nombre de su madre? ¿Raza? ¿Edad? ¿Fecha y lugar de nacimiento? ¡Documento de identidad! Se la ha acusado de haberse ido en Pascua con destino desconocido, cruzando clandestinamente la frontera.

—He viajado con un visado alemán ordinario, tanto a la ida como a la vuelta; primero fui a Bruselas y luego a París.

—¿Por qué a Bruselas? —gritó.

—Para ver a mis parientes belgas.

—¿Qué se ha llevado en ese desplazamiento? ¿Divisas, oro, diamantes? ¡Confíeselo, lo vamos a saber de todos modos!

Insistía en elevar la voz, y yo me sentía cada vez más abatida.

—Nada de eso —respondí tratando de dominarme—. Fui, como de costumbre, a París después de una parada en Bélgica, y he regresado según la autorización que figura inscrita en mi pasaporte, como puede ver.

Él rechazó el pasaporte y dijo:

—¡Por supuesto! Pero ¿por qué fue a Bruselas precisamente en coche?

Era obvio que creía haber hallado el punto débil de ese viaje y me miraba fijamente con sus ojos escrutadores y enojados.

Pero yo había recuperado mi sangre fría.

—Aproveché el viaje de unos amigos que se volvían a Bruselas y me habían ofrecido dejarme conducir por la autopista. No quería abandonar Alemania sin haber visto por lo menos una vez esa carretera de la que todo el mundo habla.

—*Ach!*, nuestra autopista es colosal —asintió el joven funcionario con una sonrisa radiante pero rápidamente reprimida—. En fin, ya veremos. Puede marcharse —concluyó con mayor severidad aún.

Fui llevada hasta la salida. ¡Estaba *libre!*

Mi amiga me esperaba frente al portalón de hierro. Al verme, corrió hacia mí y se lanzó a mis brazos.

De vuelta en la librería, tuve conocimiento de que la embajada de Francia y el consulado polaco habían telefoneado para saber noticias mías. Se habían temido lo peor.

Más de una vez me he preguntado si no le debía a la famosa autopista haber salido indemne de la aventura, en una época en que los campos de concentración se llenaban de inocentes.

De manera encubierta, en el patio de mi edificio, como sucedía también en otros lugares de la ciudad, empezaba a haber reuniones nocturnas de SA y de camisas pardas. Aquellos hombres discutían, abucheaban a los gobiernos extranjeros, pero culpabilizaban sobre todo a los judíos. A continuación, entonaban himnos que magnificaban la fuerza, la guerra, el odio, la venganza...

Los alféizares de las cuatro ventanas de mi planta baja servían de asiento a esos fanáticos.

¡Qué noches de insomnio y de inquietud!

Como a menudo solía hacer, fui un par de días a ver a mi familia.

Mi padre ya no estaba en este mundo desde hacía tres años. Todos lo habíamos acompañado en aquella ocasión en su penosa agonía, impotentes para auxiliarlo a pesar de todo nuestro cariño.

La vieja casa de mi infancia, más vieja todavía, seguía de duelo.

Mi madre vivía en ella con su hijo, su nuera y su nieto, al que adoraba. Me acogió afectuosamente y me colmó de la infinita obsequiosidad de su corazón maternal. A su lado, mi tormenta interior se apaciguaba.

Mi madre me suplicó que abandonase mi profesión para salvar mi libertad. Sí, era algo indispensable.

Nos iríamos juntas una temporada a los bellos bosques de Polonia. Ya encontraría más tarde el modo de usar mis conocimientos de librera; yo podría triunfar en cualquier parte en cuanto me propusiera.

Así hablaba mi madre. Acepté sus sabios y tiernos consejos. Todo me parecía tan sencillo y tan fácil...

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente.

Primero fue el día del gran boicot.

Unos guardias nazis se plantaron delante de la puerta de los comercios judíos con la consigna de advertir a los clientes de que comprar en las tiendas de esa raza iba en contra de la doctrina nacionalsocialista. Las casas extranjeras que habían escapado al dudoso honor de semejante custodia cerraron por solidaridad.

Yo permanecía en mi vivienda. De repente, mi asistenta llegó muy alterada.

—¡Venga enseguida, señora! ¡Van a embadurnar con algo el escaparate!

En efecto, provistos de un bote de cola y de una brocha, los muchachos de las Juventudes Hitlerianas estaban pegando en el cristal de mi escaparate unos carteles insultantes.

—¿Qué hacéis aquí? —les grité.

—¡Cumplimos órdenes!

—¡Parad inmediatamente!

Uno de los chicos echó una mirada al interior del escaparate y dijo:

—¡Pero si es una tienda extranjera! No vale la pena seguir, camaradas. ¡Vámonos!

El día era luminoso. Fui a caminar por las grandes arterias de los barrios vecinos para constatar cuán extendidas estaban aquellas acciones.

Eran algo a la vez grotesco y lamentable.

Por todas partes la consigna se había aplicado con un rigor sistemático. Junto con otras personas, asistí a una escena más bien cómica. Una señora que iba a entrar en una tienda de moda fue advertida por los dos guardias nazis de que la empresa era judía.

—Yo también soy judía —dijo ella al ir a cruzar el umbral.

—Espere —le ordenó uno de los dos cancerberos, sujetándola por el brazo.

Los dos nazis hablaron entre sí, luego uno de ellos se fue corriendo para recibir instrucciones ante un imprevisto como ese.

La muchedumbre se arremolinaba, aguardando el veredicto.

La señora, simulando indiferencia, examinaba atentamente los sombreros del escaparate.

El emisario regresó al cabo de un cuarto de hora y la autorizó a entrar en la tienda.

El boicot de aquel día se había llevado a cabo bajo la estricta consigna de mantener el orden público. Al margen de las aglomeraciones en las aceras, no hubo incidentes graves.

Había por todos lados gente con aire embarazoso, casi avergonzado, pero nadie protestaba abiertamente...

El 10 de noviembre de 1938 fue el inolvidable día del gran pogromo en toda Alemania.

Cuando los diarios de la tarde propagaron por Berlín la noticia de la muerte de Von Rath, agregado de la embajada de Alemania en París, todos comprendimos que iban a producirse terribles acontecimientos. Sabíamos que el partido venía preparando con antelación unas «grandiosas represalias».

Yo había pasado esa velada en casa de unos amigos. Estábamos tristes e inquietos. Regresé muy tarde y pude oír en el patio el vocerío de una reunión multitudinaria de SA.

Me acosté sin encender la luz. Fui despertada por un ruido extraño que venía de la calle. Mi pequeño reloj marcaba las cuatro. El ruido insólito aumentaba y parecía aproximarse. Enseguida reconocí el ritmo de una máquina de bombeo.

Me vestí corriendo, porque creía que se trataba de un incendio en la vecindad. Salí.

Enfrente de mi casa y todo a lo largo de la calle, unos bomberos se afanaban en su trabajo. La tienda del peletero estaba ardiendo. Tres casas más allá, ardía una papelería; más allá todavía, otros focos de incendio enrojecían la noche. Me quedé quieta, sin moverme, aterrada.

—La sinagoga está en llamas —susurraban en un grupo.

Crucé la calzada. En efecto, la sinagoga, ubicada en el patio de un gran edificio, llameaba. Los bomberos rociaban las casas de alrededor para evitar la propagación del siniestro.

—¡La sinagoga está perdida! —sentenció en la oscuridad una voz autoritaria.

Hacía un calor horrible. Al salir del patio, tropecé con un objeto metálico. Era un candelabro de plata de siete brazos, roto y retorcido, que habían tirado allí.

La calzada estaba cubierta de papeles dispersos.

«Panfletos», pensé yo, agachándome para coger uno.

Cuál no sería mi estupefacción al constatar que se trataba de un fragmento del rollo de la Ley hecho pedazos y cuyos restos esparcidos habían sido arrojados al viento.

En ese momento, un viejo dio unos pasos hacia el templo. Provisto de una cesta, empezó a recoger los trozos de pergamino con caracteres hebraicos. Movía los labios. Parecía que estaba recitando una plegaria. Era el sacristán* del templo.

Otras personas del barrio se sumaron a él silenciosamente para recuperar las reliquias profanadas, formando un grupo de sombras dolorosas y patéticas.

El alba empezaba a despuntar.

Agotada, regresé a mi casa.

Entonces oí que alguien daba un grito desde una ventana:

—¡Ahí llega el segundo equipo!

Aparecieron con paso marcial dos individuos armados con largas barras de hierro. Se paraban delante de algunos escaparates y los rompían. Los cristales saltaban en mil pedazos. Luego, uno de ellos penetraba dentro del escaparate y pateaba y pisoteaba el género expuesto. Una vez hecho eso, seguían su camino.

Los vi acercarse, venir en mi dirección.

Me hallaba en los escalones de mi librería. Mi corazón estaba a punto de estallar, mis nervios estaban terriblemente tensos. Sentía dentro de mí una energía creciente.

Se detuvieron.

Uno deletreó mi rótulo, mientras el otro consultaba su lista.

—¡Espera, espera! Esta no está.

Pasaron de largo.

Yo seguía allí. Estaba segura de que, de haber sido preciso, habría defendido cada libro con todas mis fuerzas, incluso con mi vida, no solo por apego a mi librería, sino sobre todo por una inmensa aversión a la existencia y

a la humanidad, por una nostalgia infinita de la muerte.

Sentada en los escalones de mi tienda, esperé...

Los incendios crepitaban y los bomberos trabajaban sin parar.

Las aceras y la calzada estaban recubiertas de objetos de lo más disparatados.

Alguien me cogió por el brazo y me hizo entrar de nuevo en mi casa.

Una jornada neroniana se abatía sobre la ciudad.

La muchedumbre se llevaba las mercancías arrojadas por las ventanas. Quien intentaba defenderse y salvar sus bienes era zarandeado.

En esta ocasión sí hubo enfrentamientos sangrientos y mortales. Y todo se desarrollaba ante los ojos de una policía indiferente.

Pese a su proximidad a las escenas de pillaje, los agentes de policía se limitaban a gesticular para hacer circular el tráfico.

La ciudad entera cobró un aspecto indescriptible. Muebles, pianos, lámparas, máquinas de escribir, montones de artículos de todo tipo yacían esparcidos en las aceras; trozos de vidrio y de cristales forraban literalmente la calzada.

Robaban tanto en las joyerías como en las pobres tiendas más humildes. Al margen de algunas empresas comerciales pertenecientes a judíos extranjeros, todo fue eliminado de esta manera tan siniestramente organizada.

Centenas de metros de tela colgaban de las ventanas de los grandes almacenes, como emblemas de la abominación y el salvajismo.

Al día siguiente no abrí la librería. Hacia mediodía, me llamó por teléfono un alto funcionario de la Cámara de Comercio. Me ordenaba muy educadamente que reabriese sin dudarlo. Comentó de paso que el cierre de los negocios extranjeros no era algo contemplado por el gobierno; eso podría tener consecuencias en los establecimientos alemanes fuera del país.

Durante toda la jornada posterior, numerosos clientes pasaron a visitarme. Me traían flores y me expresaban su simpatía. El teléfono no dejaba de sonar. Preguntaban por mí y se preocupaban por la suerte que había corrido la librería.

¡Flores! ¡Qué irónicamente siniestras me parecieron y cómo me hicieron sentir todo el horror de mi situación! Sin embargo, esos gestos de amistad fueron muy reconfortantes para mí.

Hacía ya mucho tiempo que había abandonado la posibilidad de un traspaso de mi librería. Todos mis esfuerzos en ese sentido habían resultado vanos. Los interesados tenían serias dudas. ¿Cuánto podría durar una librería francesa en Berlín? ¿No sería indisponerse demasiado con las autoridades nacionalsocialistas adquirir un negocio esencialmente francés? En 1939, como me había ocurrido en 1921 durante mi viaje para explorar el terreno, surgió de nuevo el mismo problema: ¿tenía sentido una librería francesa en Berlín? Algunos amigos de la librería que desearían comprarla estaban, y con razón, vacilantes e inseguros.

En cuanto a los franceses, estos venían a «ver la situación de cerca» y se iban al cabo de unos días como mucho. La joven pareja llegada de París había dado muestras de buena voluntad, pero, pese a nuestros esfuerzos de entendimiento recíproco, su entusiasmo había decaído y, empezando por la mujer y siguiendo por el marido, ambos terminaron por admitir que no podrían vivir en un ambiente tan cargado y sin alegría. Finalmente me rendí a la evidencia, una librería como la mía era ya algo superfluo y sin cabida en Alemania.

Mis compromisos con respecto a los editores no siempre habían sido amortizados. Ellos me habían otorgado una confianza absoluta y habían facilitado mi tarea. Por eso me era imposible cerrar la tienda así, sin más.

En junio de 1939, la lista de mis obligaciones fue redactada y confirmada por París. Había que presentar las facturas para su control por el servicio de pedidos (sección de aduanas: verificación de la regularidad de importaciones), las facturas debían pasar luego por el *clearing* interbancario antes de remitirlas al Banco del Imperio (Reichsbank), provistas de una orden de pago.

Como se trataba de intereses de editoriales francesas, esas formalidades estaban garantizadas por el servicio comercial de la embajada de Francia.

El 1 de agosto de 1939 me concedieron la autorización para el *clearing*. Procedí frenéticamente a los pagos.

Intenté guardar a buen recaudo las colecciones de libros. Mientras me ponía a ello con premura, sin obtener ningún éxito, dicho sea de paso, el ambiente se cargaba de amenazas y de peligro.

En julio tuve que ir varias veces al consulado polaco para informarme de la situación.

Siempre salía de allí tranquilizada.

El cónsul me confesó confidencialmente que Inglaterra estaba tratando de «resolver» las complicaciones surgidas en las relaciones germanopolacas.

El 25 de agosto, la víspera de mi habitual viaje de vacaciones con mi familia y aliviada de todas mis obligaciones, volví a solicitar al servicio comercial algunas indicaciones relativas a la salvaguarda de mi librería. Supe con consternación que la frontera polaca estaba «momentáneamente» cerrada debido al intercambio de disparos entre elementos de ambos países.

A la muchedumbre inquieta que había acudido hasta allí se le decía: «¡Todo se arreglará, no habrá guerra!».

El 26 de agosto recibí una llamada del consulado francés. Me aconsejaban que fuese «a esperar» a París y que tomara el tren que en veinticuatro horas debía sacar de Berlín a todos los franceses y a algunos extranjeros.

«Esta salida colectiva es una protesta contra la violación nazi de la frontera polaca.»

Me pasé una vez más por mi consulado. «¡Inglaterra reacciona! ¡América se involucra! Roosevelt hará un llamamiento a la paz al pueblo alemán.» Y mi interlocutor, un alto funcionario, añadió:

—Sin embargo, su situación, en estos momentos tan confusos, es particularmente delicada. ¿Por qué no acepta usted la benévola oferta de «esperar» en París y no abandona la idea de viajar a Polonia hasta que el conflicto se haya resuelto? ¡Es cosa de unos días como mucho! Los Aliados son los menos interesados en entrar en guerra...

Y lo dijo con un sentimiento de profunda convicción.

Era lógico deducir algo así, ya que los diplomáticos ingleses, franceses y polacos apenas admitían la proximidad del desastre.

Esa misma noche, dos fieles amigas vinieron para ayudarme a «hacer las maletas». En esa época no se podía sacar nada de Alemania sin una autorización especial. Había que rellenar un sinfín de cuestionarios y precisar cada objeto que se deseaba llevar consigo: ropa interior, vestidos, zapatos, incluso unas tijeritas, pastillas de jabón o un cepillo de dientes.

Jamás habría imaginado tener que someterme a esta formalidad.

Mis dos amigas insistieron en que me llevara al menos una parte de mis efectos personales. Elegimos un baúl que fuese resistente.

Acurrucada en un rincón del diván, yo les dejaba hacer. Había desaparecido toda mi energía. Estaba como atontada.

Más tarde, dos jóvenes vinieron a llevarse el baúl a la estación. Este procedimiento irregular los exponía a un verdadero peligro. Lo afrontaron con valor a pesar de mis protestas.

Me quedé completamente sola con mi librería. La velé toda la noche, recordando nuestra vida en común, nuestra solidaridad, nuestros años de esfuerzos y de luchas excitantes.

Veía otra vez a los clientes y a los amigos... Qué profundamente afectados se habían mostrado cada vez que había intentado marcharme. «La librería — decían— es el único lugar donde podemos venir a reposar nuestro espíritu. Encontramos en ella el olvido y el consuelo, aquí respiramos libremente. Nos es más que necesaria. ¡Quédese!»

Aquella noche comprendí por qué había podido soportar la agobiante atmósfera de los últimos años en Berlín... Porque yo amaba mi librería como una mujer ama, con verdadero amor.

Había pasado a ser mi vida, mi razón de ser.

El alba me sorprendió sentada en mi sitio habitual ante mi mesa de trabajo, rodeada de libros.

La librería parecía casi irreal con los primeros fulgores del amanecer.

Entonces me levanté para despedirme...

Pasé por todos y cada uno de los estantes, acariciando suavemente el canto de los libros... Me detenía en los ejemplares numerados. ¡Cuántas veces, por el cariño que les tenía, me había resistido a desprenderme de este o de aquel!

Releía las dedicatorias de los autores. Algunos ya no estaban. Ni Claude Anet... ¡Con qué entusiasmo me había hablado de su vida en Rusia! Ni Henri Barbusse... Me había contado sus recuerdos de Rumanía, de Rusia, de Lenin... Ni Crevel, joven, excéntrico, inquietante en su fogosidad y en su pesimismo.

Algunas dedicatorias evocaban un instante de simpatía, otras un efímero homenaje... Todos esos tesoros se iban a quedar allí. ¿Qué manos cuidarían de ellos?

Buscaba junto a mis libros un poco de consuelo y de valentía.

Y de repente oí una melodía infinitamente delicada... Procedía de las estanterías, de las vitrinas, de todas partes donde los libros vivían su misteriosa vida.

Y yo estaba allí, escuchándola...

Era la voz de los poetas, su fraternal consuelo a mi gran angustia. Habían oído la llamada de su amiga y se despedían de la pobre librera desposeída de su reino.

Los primeros ruidos de la mañana me devolvieron a la realidad.

Cogí el tren con la colonia francesa, el personal de la embajada y del consulado, algunos polacos y otros extranjeros que se volvían a París.

A pesar de las expectativas optimistas, la mayor parte de nosotros pensaba que el conflicto era inevitable. Estábamos acongojados, imaginábamos un porvenir que no nos costaba mucho suponer porque los acontecimientos de 1914-1918 no estaban tan lejos en nuestra memoria.

Mi última colisión con los nazis tuvo lugar en la frontera. En Colonia, todos los viajeros debíamos desfilas por delante de un funcionario del Banco del Imperio para cambiar contra el dinero francés un máximo autorizado de diez marcos.

Un cura polaco me precedía. Después de echarle un vistazo a su pasaporte, el funcionario alemán decretó:

—¡Polaco!... Nada de divisas... ¡El siguiente!

Me tocaba el turno. Un vistazo no menos rápido a mi documentación:

—¡No aria!... Nada de divisas... ¡El siguiente!

Esa fue la frase de despedida de la Alemania nazi.

Por la noche, al llegar a París, tuve que telefonar a mi familia desde la estación del Norte y esperar a que mis parientes vinieran a buscarme; no tenía dinero para coger un taxi.

Hasta ese punto habían llegado a afectarme las medidas nazis del otro lado de la frontera...

¡Pálido preludio de lo que iba a suceder!

Afortunadamente, por aquel entonces lo ignoraba por completo.

Tres días después de mi llegada, fui a informarme de la suerte de mi baúl. El empleado de la estación me dijo que «por el momento» no llegaban equipajes de Alemania. No obstante, fue a comprobarlo.

—Ha tenido usted suerte, es el último que hemos recibido. —Anuló el resguardo y me dijo, campechano—: Guárdelo de recuerdo, es un verdadero amuleto.

Había alemanes que abandonaban patria, fortuna y profesión para no ser cómplices de los nacionalsocialistas; otros se encerraban entre las cuatro paredes de su casa para salvaguardar la libertad de su pensamiento y de su conducta.

Algunos valientes alzaron la voz, como el pastor Niemöller, el padre Mayer, monseñor Von Gallen, obispo de Münster, el cardenal Faulhaber, de Múnich, y tantos otros. Casi todos desaparecieron o, al igual que los judíos, empezaron a poblar los campos de concentración.

Su recuerdo, desde luego, no puede ser borrado...

Y vaya mi pensamiento también hacia «los habituales», los amigos fieles de la librería. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Habrá arrastrado a esos *hombres de buena voluntad* el maremoto que ha ahogado el impulso por la libertad y la justicia?

Con una profunda tristeza, mucho me temo que haya sido así...

Cuando pienso en los últimos años tan atormentados de mi estancia en Berlín, de nuevo veo ante mí una cadena de hechos alucinantes: los primeros desfiles silenciosos de los futuros camisas pardas; el proceso que siguió al incendio del Reichstag, típica muestra del proceder nacionalsocialista; la rápida transformación de los niños alemanes en larvas excitadas de las

Juventudes Hitlerianas; el aspecto masculino de las chicas rubias de ojos azules que desfilaban con zancadas tan bruscas que hacían vibrar los escaparates y temblar los libros que había en los expositores como un sombrío presentimiento; la visita de una madre alemana que lloraba por su hijo, quien acababa de ser felicitado delante de toda la clase y puesto como ejemplo por haberla denunciado por sus opiniones antinazis; o esa otra madre, esta judía, que, con el corazón lleno de dolor, me contó que se había encontrado en la calle con su hijo, de padre cristiano, y como iba acompañado de camaradas hitlerianos hizo como que no la conocía; la creciente desolación de todas las madres ante el desafecto de sus hijos arrancados del hogar familiar; la influencia de los jefes de edificio que se metían en la vida de los inquilinos, los delataban ante los tribunales de comportamiento, dislocaban los lazos del matrimonio, de la amistad, del cariño, del amor; las personas desposeídas primero de sus trabajos y de sus funciones, luego de su fortuna y finalmente de sus derechos cívicos y humanos; la huida de los perseguidos hacia las fronteras; los entierros de los desesperados que se habían arrojado a las ruedas del tren o por las ventanas; la desaparición definitiva en los campos de concentración; el regreso de algunos clientes después de largas ausencias, mentes finas y lúcidas —con la cabeza rasurada como condenados a trabajos forzados, mirando al infinito, desquiciados, temblándoles las manos— que se habían convertido en unos viejos en tan pocos meses.

Recuerdo la aparición de un jefe con cara de robot, cara en la que el odio y el orgullo estaban tan profundamente marcados que en ella había muerto todo sentimiento de amor, de amistad, de bondad, de piedad...

Y alrededor de ese jefe, con voz histérica, una muchedumbre hechizada capaz de toda violencia y de todo asesinato.

Visión del nacimiento de ese monstruoso y siempre creciente termitero humano que se extendía rápidamente por todo el país con un siniestro chirrido metálico, termitero de un incalculable potencial de fuerzas colectivas.

II

PARÍS

En Francia no se creía en la inminencia de la guerra. Yo respiraba el aire de la capital. Enseguida me dejé conquistar por un sentimiento generalizado de confianza. Planeaba mi marcha para reunirme con los míos en poco tiempo.

En esos días de crisis aguda, París conservaba su fisonomía habitual: movimiento, colorido, vitalidad.

En las terrazas de los cafés, en las esquinas de las calles, la situación era muy comentada. En el metro se leía el periódico del vecino por encima del hombro; la necesidad de comunicación y, a ser posible, de conocimiento de detalles inéditos mediante un interlocutor quizá mejor informado incitaba a dirigir la palabra a cualquier recién llegado, a pararse en la calle a escuchar, a mirar, a charlotear.

El público compraba los periódicos, todavía húmedos de tinta, tras esperarlos con avidez en la puerta de las redacciones. La muchedumbre se empujaba para atrapar al vuelo un ejemplar; los vendedores parecían tener alas. Delante de los kioscos se hacía cola con mucha antelación antes de la llegada de los ciclistas. Algunos cogían diversos diarios de opiniones contrarias, les echaban un vistazo allí mismo ansiosamente y se los pasaban enseguida a otros lectores.

Los grandes periódicos de información tan pronto tranquilizaban a la opinión pública como la invitaban a prepararse ante acontecimientos inevitables.

En las casas, en los patios, en las plazas, en las oficinas, en los restaurantes y en los cafés, la radio estaba permanentemente encendida. Era imposible escapar a su influencia. Su voz enronquecida penetraba por todas

partes, incluso en las salas de teatro y durante los entreactos de los conciertos de música clásica.

En los aparatos se oía por igual un batiburrillo en todas las lenguas. ¡Era una auténtica torre de Babel! Algunos pedían que los despertaran por la noche para escuchar las emisoras americanas. ¡Qué obsesión! La tensión nerviosa alcanzó esos días un grado indescriptible.

Totalmente poseído por un ardiente deseo de paz, el pueblo francés *esperaba*. La famosa frase «También el año pasado vimos venir lo peor y luego todo acabó en nada» corría de boca en boca, como el estribillo de una canción de moda.

Este es el motivo por el que el inicio de las hostilidades sumió a toda Francia en la consternación.

Para mí supuso un dolor desgarrador.

Solo en ese momento fui consciente de que la separación de mi madre sería muy larga. Me vi lejos de ella y de toda mi familia por culpa de la duración de la guerra, lo que significaba una eternidad de preocupaciones y de tormentos por su causa.

El ejército alemán avanzaba, invadía Polonia y se apoderaba de ella. Yo seguía con angustia sobre el plano el fulminante avance del enemigo...

La TSF daba incansablemente detalles horrorosos de carnicerías, batallas, bombardeos, devastación y masacres de poblaciones. Era a la hora de la comida cuando la radio emitía los comunicados, y teníamos que acostumbrarnos a comer, beber, masticar y tragar a la vez que escuchábamos las noticias más sangrientas y catastróficas. El horror se instaló en la vida cotidiana.

París se había vuelto, de un día para otro, extrañamente silencioso.

Así empezó para Francia el curioso periodo de calma militar llamado *la guerra de broma*.

Entonces fue cuando la prensa inició una gran campaña contra lo que se conocía como *la quinta columna*, asentada por todas partes desde hacía años. Ávido de diversión, el público demostró un apasionado interés por esas revelaciones sensacionales.

La prefectura de policía adoptó «medidas excepcionales» de orden general y decidió censar a todos los extranjeros y revisar su situación.

Tales medidas, establecidas sin una preparación previa, se ejecutaron en el acto. Las comisarías de policía, los directores de hoteles, los dueños de pensiones, los porteros, los arrendadores que se ocupaban de los extranjeros fueron conminados a asegurarse de que estos últimos se atuvieran a las nuevas ordenanzas.

La población entera se puso a vigilar a los «sospechosos». De la noche a la mañana, miles de extranjeros aparecieron delante de la prefectura haciendo una cola que pasaba por el muelle de las Flores y se alargaba hasta el bulevar Saint-Michel.

Venían a ocupar su lugar desde que amanecía; traían una silla plegable, un tentempié, un libro, algún periódico y aguardaban con paciencia, primero bajo la lluvia de septiembre y octubre, luego bajo la nieve de noviembre y diciembre.

Separadas de sus países de origen por la guerra, sin posibilidad de regresar, muchas de ellas carentes de recursos, aquellas personas esperaban cansadas y aturcidas. Un terrible abatimiento reinaba entre esa multitud heteróclita de desarraigados.

La movilización general había llamado a filas a la mayor parte de los hombres válidos, por eso el personal de la prefectura estaba formado sobre todo por mujeres jóvenes. Estas no estaban mínimamente preparadas para tan abrumadora tarea y enseguida se vieron desbordadas.

Provista de mi silla plegable, hice cola durante interminables horas para obtener mi permiso de residencia en Francia.

Aquello me era de una fatiga extrema, tanto física como moral. Rezongaba para mis adentros, pero soportaba con valentía aquellas exigencias policiales. A todos los extranjeros, sin diferencias de nacionalidad ni de raza, se les habían impuesto esas largas formalidades, llevadas a cabo un poco por rutina. No tenían nada de vejatorio. Eran fruto de la confusión general.

Así que me puse a esperar pacientemente, a veces con toses, algunos días incluso con fiebre.

¡Qué más daba! Era París, el París de los atardeceres a lo largo de los muelles, delante de los puestos de los *bouquinistes*, que me parecían estar repletos de nuevos tesoros desde mi última visita.

La actitud de los editores era muy benévola con respecto a mí. Me felicitaban y me prometían su apoyo si abría una nueva librería.

El agregado cultural, recién llegado también a París, me dijo algo muy alentador para mí:

—Usted tiene el mérito de haber permanecido en su puesto hasta el último minuto. —Y añadió sonriente—: Como un bravo soldado.

El hombre se esforzaba en hacerme menos dolorosa la separación de mi querida librería, igual que antaño me había ayudado tan generosamente a defenderla contra todas las adversidades.

Así empezaron para mí, bajo un cielo lluvioso, los días infinitamente sombríos de la nueva guerra.

Finalmente, obtuve un permiso de residencia. En él se estipulaba que podía disfrutar de la hospitalidad de Francia hasta que las hostilidades llegaran a su fin.

La guerra cobraba un ritmo cada vez más acelerado. Los alemanes franqueaban nuevas fronteras. El enemigo se acercaba a Francia. La «guerra de broma» pronto cesaría.

Sin embargo, confiados en la solidez de la Línea Maginot, todos seguían creyendo imposible la violación del territorio nacional.

En un momento dado, las incursiones aéreas alemanas empezaron a abatirse sobre la región parisina. Las bombas cayeron sobre las fábricas del extrarradio.

La incertidumbre era general. La prensa y la radio no dejaban de dar consejos e instrucciones. El público permanecía vacilante. ¿Qué era mejor, morir en la propia casa o asfixiado en un sótano?

Cuando las sirenas sonaban, unos se quedaban en la cama, otros bajaban a los refugios, luego regresaban a sus casas o aguardaban en el hueco de la escalera. Algunos se aventuraban hasta el portal del edificio «para echar un vistazo» y charlar con los vecinos.

Los encargados de la defensa de los inmuebles reñían con severidad, pero luego eran más permisivos. «En el fondo, quién sabe qué es lo mejor», confesaban.

Los parisinos estaban orgullosos de no haber tenido miedo y se pasaban las mañanas contándose mutuamente sus impresiones por teléfono.

Solo cuando, hacia finales de mayo de 1940, la confianza en la posibilidad de la defensa se vino abajo de repente, empezaron a pensar en abandonar París.

El gobierno recomendaba marcharse; quienquiera que no fuese absolutamente útil en la capital debía alejarse de ella, empezando por los ancianos.

Los colegios cerraron; las vacaciones se adelantaron así dos meses. Todo el mundo se preparaba para la partida, con mucha calma por otra parte.

Mi viejo profesor de antaño, el amigo siempre fiel, me propuso que lo acompañara hasta Aviñón, donde él se quedaría. Recuerdo que aquel día estábamos sentados en la terraza de nuestro café habitual de la plaza Saint-Michel, La Boule d'Or. Me hablaba de las bellezas de la histórica ciudad. El puente de Aviñón, que hasta la fecha para mí solo formaba parte del terreno de la canción y del pasado lejano, iba a convertirse en una realidad...

Como la radio recomendaba procurarse un salvoconducto para el viaje, acudí muy temprano a la comisaría de policía de mi barrio. No me sorprendió lo más mínimo encontrarme ya con una cola de solicitantes. Después de mis largas sentadas delante de la prefectura de policía, nada me asustaba al respecto.

Me metieron con un grupo y me pusieron cerca de una mesa donde estaban sentados unos agentes. Supimos que había que proveerse bien de un certificado médico que acreditara la necesidad de una estancia en la costa o en el campo, bien de una invitación personal de alguien que viviera en la región a la que pensábamos dirigirnos, preferentemente de un pariente próximo o enfermo que necesitara de nuestra ayuda.

Nada más salir de la comisaría, unos corrían a asediar las consultas de los médicos y otros a descubrir parentescos más o menos lejanos; cada quien buscaba lo que más le convenía y empezaba a adquirir una nueva inventiva para afrontar cualquier situación.

Mi viejo amigo avisó urgentemente a un ahijado suyo, quien me envió de inmediato una invitación en toda regla.

Las llamadas a la población se volvían más apremiantes, pero, al mismo tiempo, los salvoconductos eran cada vez más difíciles de obtener. El mío me llegó en el momento propicio.

La víspera de mi salida de París, tuve noticias de mi librería por medio de la embajada de Suecia: las colecciones de libros y de discos, metidas en cajas, así como los muebles y los estantes, habían sido depositados en un guardamuebles merced a las atenciones de esa embajada.

Tres meses más tarde se me avisó, mediante un intermediario suizo, de que el depósito entero acababa de ser confiscado por orden del gobierno alemán a causa de mi raza.

Guiada por la experiencia y en previsión de cualquier eventualidad, tuve la idea de solicitar a los editores una carta de recomendación antes de partir hacia lo desconocido. Me remitieron a un servicio dependiente de la Presidencia del Consejo, donde me dieron un documento redactado en estos términos:

La señora F*** ha sido durante largos años directora abnegada e inteligente de una librería dedicada exclusivamente al libro francés y fundada por ella misma en Berlín en 1921. Ha prestado a Francia un auténtico servicio en la difusión del libro francés en el extranjero. Es nuestro deseo que pueda disfrutar en nuestro país, por el que tanto y tan bien ha trabajado, de todos los derechos y de todas las libertades.

El documento estaba firmado por un alto funcionario de la Presidencia del Consejo.

Hice rápidamente mi equipaje, dos maletas en total; mandé mi gran baúl rescatado de Berlín a un guardamuebles parisino.

Generosamente, mi viejo amigo guardó turno en la estación de Lyon y después de varias horas de espera consiguió dos billetes para Aviñón.

Era muy difícil encontrar un vehículo en aquel entonces; me pasé toda una hora en el bordillo de la acera, con mis dos maletas a los pies, esperando coger un taxi al vuelo. Al cabo de esa hora, por fin uno se paró.

Era una radiante jornada de primavera.

Atravesé la ciudad de este a oeste; la orilla derecha desfilaba melancólicamente ante mis ojos con sus maravillosas perspectivas que se perdían en el infinito.

Me parecía más hermosa que nunca en su imponente majestuosidad y, al pasar por delante de ella, me arrancaba una dolorosa despedida.

En la plaza de la Bastilla, mientras el taxista disminuía un poco la velocidad, tuve un sobresalto. Una joven muy elegante se subió al estribo del coche y, sujetándose a la portezuela, me dijo con una encantadora sonrisa, como si aquella fuese una visita de cortesía:

—¿Me permite, señora? Es por reservar el coche.

Delante de la estación de Lyon, el embotellamiento era tal que el conductor tuvo que dejarme en la parte baja de la rampa. Menos mal que un borrachín me ofreció sus servicios de maletero improvisado. Se las apañó bastante bien.

Media hora más tarde, nos pusimos en marcha.

El silencio de los campos, la paz de los alrededores, el desfile de alegres paisajes, todo eso existía aún en su pleno esplendor. Entre nosotros hablábamos poco. Nuestros pensamientos se dirigían a los países invadidos, a la oscura noche que iba a cernirse sobre Francia.

Tres días más tarde, París era bombardeado. Hubo un millar de víctimas.

Se había desencadenado la guerra en Francia. Los alemanes se acercaban a la capital.

III

AVIÑÓN

Mi primera impresión de la capital del condado fue la de sentirme transportada a varios siglos atrás. Me instalé en una casita muy vieja de una callejuela más antigua aún. A pesar de las restauraciones sucesivas, todo en ella me remitía al pasado: la escalera, el patinillo, las ventanas y hasta la pesada llave de mi puerta. A veces tenía la sensación de estar de visita en casa de unos antepasados.

A través de un dédalo de callejas por el que me encantaba perderme, llegaba hasta las murallas, que muy pronto me conocí al dedillo. Un silencio absoluto daba un carácter irreal a ciertos barrios. Por todas partes me embargaba la sensación de estar soñando. La somnolienta calma de esta ciudad me conquistó. Había dejado de leer los periódicos y evitaba la radio, la cual no había empezado aún a castigar Aviñón.

Por las tardes, al otro lado del Ródano, me sentaba en una de esas grandes piedras planas de la ribera que, según me dijeron, fueron transportadas antaño por los habitantes de la ciudad y constituían su propiedad personal cuando iban a disfrutar del frescor del río.

Contemplaba el espectáculo del puente y del palacio de los Papas, tanto de día, bajo la cegadora luz del sol, como a la hora del crepúsculo, que difuminaba los contornos y le daba a la vieja ciudad el aspecto de un espejismo.

Otras veces me pasaba largos ratos en un pequeño jardín público. Pese a la guerra, estaba muy cuidado, florecido y bien podado por el viejo jardinero municipal. Los cisnes se movían majestuosamente en los dos estanques, los niños jugaban despreocupados; los ancianos hacían comentarios ingenuos:

«¿Habéis leído los periódicos?», «Podremos con ellos, como en el 18», «¡No se atreverán a llegar hasta aquí!», «En Marsella dicen que...», «¿Habéis oído la radio?».

Luego, cansados ya de tanto esfuerzo, volvían a su siesta, se adormilaban o hablaban de otra cosa. Ese pequeño mundo de asiduos del parque público estaba formado por jubilados, rentistas e internos del asilo de ancianos.

Una tarde de calor agobiante, di un paseo por una calleja apartada. Me había detenido para admirar la puerta y el balcón de una casa del más puro estilo local. Un silencio absoluto reinaba a mi alrededor. Me quedé allí y perdí la noción del tiempo y del lugar. Súbitamente, una preciosa ventana se entreabrió y una viejecita me dijo con voz dulce y amable:

—Hace mucho calor hoy, señora. ¿No querría hacerme el honor de aceptar un poco de sidra? ¡Está muy fresca!

Entré en la casa, ante tan inesperada invitación. Así pude pasar la tarde en una vivienda decorada con maravillosas antigüedades. El suelo era de baldosas de mosaico muy fino; el techo, adornado con amorcillos, flores y medallones. Los muebles databan de hacía varios siglos. Unos retratos de severos antepasados me miraban fijamente...

En cuanto a la sidra, me fue servida en una copa de oro y plata, regalo de un papa de Aviñón a uno de sus grandes señores. Esa copa era bendita y tenía el poder de preservar a su propietario de la peste que causó estragos en Aviñón por aquel entonces.

—También la preservará a usted del enemigo —me dijo sonriendo la noble dama.

Me contó que me conocía de vista y que sabía que la huida por culpa del ocupante me había traído hasta su ciudad.

Era tarde cuando dejé a la amable anfitriona, y tuve que prometerle que volvería.

De regreso, vi mi reflejo en el escaparate de un comercio moderno y me sentí desorientada: de pronto, me encontraba de nuevo en el siglo xx.

Mis incursiones en el pasado no podían, no obstante, hacerme olvidar la realidad de la guerra. Polonia, Dinamarca, Bélgica, Holanda, todos esos países invadidos parecían porciones arrancadas a nuestro planeta, sin

posibilidad de contacto, de las que solo nos llegaban señales extrañas y lejanas de devastación y sufrimiento.

 Mi desesperación por mi familia era inmensa, y no veía manera de remediarlo.

 Francia, a su vez, también se desangraba. Por mucho que intentaran recordar la época de 1914-1918 y que evocaran de buen grado el Marne, ya no hallaban en ese tiempo ninguna analogía con el presente. Solo veían un mundo que estaba derrumbándose.

IV

VICHY

Pero rápidamente volvió a apoderarse de mí por completo una inquietud dolorosa.

Perdí todo contacto con el pasado y me hallé bruscamente en medio de la horrible realidad de la guerra.

Cuando mis primos, refugiados belgas, me anunciaron que acababan de llegar a Vichy y me propusieron reunirme con ellos, experimenté una auténtica necesidad de ver de nuevo a esos miembros de mi familia.

Mi buen profesor, un verdadero filósofo, me desaconsejó que me pusiera en camino; me recomendó confiarme a la Providencia y esperar tranquilamente a orillas del Ródano el desarrollo de los acontecimientos.

Sin dejar de reconocer la sabiduría de sus consejos, no podía permanecer más tiempo donde estaba. Necesitaba también un cambio de horizonte, y el solo hecho de desplazarme a otro lugar me atraía.

Expedí mis dos maletas y cogí el tren para Vichy. Tardamos veinte horas en llegar a Clermont-Ferrand pasando por Nîmes.

Durante el trayecto a lo largo del curso del Allier, que parecía ir acompañándonos, seguía con la mirada fascinada las retamas que cubrían las Cevenas de un noble tapiz dorado.

El tren se detenía con frecuencia y los viajeros bajaban para estirar las piernas; compraban a los campesinos del lugar un poco de queso, algo de fruta. Reinaba una cordial camaradería. Aquello era como una evasión al margen de las graves preocupaciones.

Desde la carretera, los soldados venían a juntarse con nosotros de todas partes. La mayoría regresaba a Clermont-Ferrand, otros volvían a sus casas; un gran número iba a los lugares de reagrupamiento que se les habían

asignado.

Recuerdo que un oficial que subió a nuestro compartimento nos dijo:

—¡Lo siento, no podéis avanzar más! ¡Volved por donde habéis venido! ¡Están luchando en Moulins! Los alemanes han ocupado la mayor parte de Francia.

Nadie se tomó en serio sus advertencias. ¡Pero si los alemanes estaban en París desde el 14 de junio y todos lo sabíamos! ¿Cómo podrían haber atravesado en tan pocos días todo el norte de Francia y cruzado el Loira?

Sin embargo, al llegar a Clermont-Ferrand, supimos que, en efecto, las tropas alemanas estaban remontando el curso del Allier. ¡La consternación fue general!

No me quedaba más remedio que reunirme a la mayor brevedad con mis primos. Partí hacia Vichy en un tren improvisado por algunos de los viajeros que allí estábamos. Habían dejado de existir las comunicaciones regulares.

Serían aproximadamente las seis de la mañana cuando llegué a mi destino. Me acerqué hasta su chalé y pude ver desde lejos a mi primo ocupado en atar un colchón con unas cuerdas sobre la baca del coche. Junto a él había numerosos paquetes. Al reparar en mí, alzó los brazos al cielo:

—¡Desgraciada! ¿Qué has venido a hacer a Vichy? ¡Pero si te hemos mandado un telegrama rogándote que no viajaras!

Yo respondí:

—Es posible, pero yo no he recibido nada.

Así fue mi llegada a Vichy.

Después de abrazar a mis primos, me puse como todo el mundo a preparar la partida. A las diez ocupamos nuestro lugar en la fila de coches que se dirigía a Clermont-Ferrand.

Por la carretera nacional, los vehículos iban en hileras de a cuatro. Había por todas partes camiones repletos de mujeres, niños y ancianos. Estos, instalados en unas sillas, llevaban encima de sus rodillas a un niño, un gato, un perro, una jaula, cestas u hogazas de pan. A su lado, algún animal del ganado, unos conejos.

Hasta donde llegaba el horizonte había ciclistas agarrados a los camiones, carros de tiro y automóviles recubiertos con colchonetas.

Delante de nosotros circulaba un coche cuyo cristal trasero estaba roto. Por el hueco, una vieja señora nos preguntaba constantemente, con voz ansiosa: «¿Siguen ahí mis animales, siguen ahí mis animales?». Sobre el portaequipaje había una caja con unos conejos, un gato metido en una cesta y unos canarios dentro de una jaula. Cada vez que nos preguntaba, tranquilizábamos a la buena señora.

La fila de coches avanzaba a la velocidad de un kilómetro a la hora. De vez en cuando bajábamos y caminábamos al lado de la carretera. Entonces podíamos ver cómo se perdía en lontananza la caravana de los evacuados.

En un momento dado, llegaron unos soldados en dirección contraria. Como la carretera estaba completamente embotellada, avanzaban como podían por los campos aledaños. Nos gritaron:

—Vamos hacia Moulins, allí están combatiendo. Es inútil, chicos, que os dirijáis a Clermont-Ferrand. No hay alojamiento ni víveres, hasta el agua empieza a escasear... ¡Y de gasolina, ni una gota!

Parecían cansados. Algunos caminaban en zapatillas y llevaban sus zapatos colgados al hombro atados por un cordón.

Más lejos, a la cabeza de unos cincuenta soldados de artillería tan fatigados como los de infantería que los precedían, nos encontramos varios camiones a los que se habían encaramado ¡hasta setenta y cinco personas! Los coches de los refugiados tuvieron que situarse en el talud de la carretera para dejar pasar a ese grupo.

El paso de los combatientes fue detectado, al parecer, por unos aviones de reconocimiento alemanes. Poco después, creció un clamor: «¡Los aviones, los aviones!». La DCA* de Clermont-Ferrand disparaba. Cayeron algunas bombas alemanas. La gente se precipitó a las cunetas en medio del caos.

Cuando la caravana se puso de nuevo en marcha, mi primo decidió:

—Si Clermont-Ferrand está atiborrada de refugiados, sería más razonable volver a Vichy, sobre todo porque me va a faltar gasolina para salir de Clermont.

Le dimos la razón y, en la primera bifurcación que hubo, le dio gas y regresó hacia Vichy. Nos sorprendió constatar que un buen número de otros evacuados nos seguía.

Hallamos Vichy silenciosa y lúgubre.

Se esperaba la llegada de los alemanes de un momento a otro.
Los predecesores de la invasión no tardaron en aparecer por la alcaldía.

A las seis de la tarde empezaron a llegar muchas motos, seguidas de inmediato de artillería, tanques, caballería e infantería, y de gran cantidad de camiones.

La ocupación de Vichy había empezado. Por la noche, toda la ciudad hablaba de los miles de baños que los alemanes habían pedido, no solo en los hoteles, sino también en el establecimiento termal, así como del número incalculable de botellas de champán consumidas.

Los ocupantes, por el momento, dejaron la administración a las autoridades francesas. Tenían otra cosa que hacer.

Numerosos camiones cerrados atravesaban la ciudad con destino desconocido. En su interior, cuando entreabrían las lonas para cargar un nuevo botín, se podían ver pilas de alimentos amontonados.

Un día se formó una aglomeración de niños hambrientos alrededor de uno de esos camiones. Vi cómo el vehículo estaba repleto de tabletas de chocolate Menier.

Los camiones estacionaban regularmente delante del matadero, y la gente veía cómo los alemanes se llevaban reses enteras recién sacrificadas. Y luego las amas de casa tenían que hacer cola en las carnicerías para comprar un escuálido pedazo de carne.

Y eso que entonces todavía era la edad de oro: había carne a diario, hasta setenta y cinco gramos cada vez.

La población de Vichy llevaba aún una existencia autónoma. Se limitaba a evitar a los ocupantes. No iba a los cafés que ellos frecuentaban. Salía de las tiendas abandonando la compra sobre el mostrador cada vez que uno de ellos entraba por la puerta.

Los alemanes compraban preferentemente ropa interior, pero que no fuera, decían ellos, «de seda artificial». En las confiterías comían pasteles y helados por docenas y exclamaban, creyendo que nadie los entendía: «¡Y pensar que esto solo cuesta cuatro *pfennigs* la pieza! ¡Es para troncharse!».

Mientras que los soldados rasos compraban todo lo que encontraban en las tiendas, los oficiales, relucientes en su cuidado uniforme, ocupaban las terrazas de los grandes cafés-heladerías y vaciaban botellas de champán desde muy temprano.

Los ocupantes todavía no habían aprendido «el arte de consumir».

Los habitantes, los refugiados y los soldados desmovilizados paseaban por las calles y miraban ese inusitado espectáculo. A medida que pasaban los días, cada quien se volvía más irritable y se quejaba de todo en todas partes: de la vida dura, de las dificultades para abastecerse, del rigor de los tiempos, del futuro sombrío, del espectáculo cotidiano que daba el enemigo, de los jefes de gobierno y del abismo en que nos veíamos sumidos.

La amargura llenaba el corazón de los franceses.

Una amargura que será la marea creciente de la Francia invadida.

La preciosa estafeta de correos, orgullo de los ciudadanos de Vichy, permanecía obstinadamente con sus puertas y ventanas cerradas. La muchedumbre pasaba todos los días por delante solo «para ver».

Fue grande la alegría cuando por fin correos reabrió y se pudieron expedir primero postales y poco después cartas. Las escribían sentados, de pie, delante de las ventanillas y en los bancos de fuera de la estafeta. Todo el mundo escribía en cualquier parte. Había gente que nunca había deseado tanto tener una pluma para mandar cartas como en aquellos días de aislamiento; cada uno experimentaba la necesidad de sentirse con familia, con amigos, con vínculos humanos.

Enviada la correspondencia, era el turno de la espera impaciente de respuestas. Delante de las ventanillas, abiertas a tal fin, entre cincuenta y ochenta personas se plantaban de la mañana a la noche.

Un anciano caballero de hermoso pelo blanco, vecino mío en el banco del parque, venía todos los días a ponerse a la cola, apoyado en su bastón, y siempre se iba con las manos vacías. Achacaba yo su decepción a la lentitud de las comunicaciones postales.

—¿Nada otra vez? —le dije un día, cuando salíamos juntos de la estafeta.

—Verá, en el fondo no espero ninguna carta. Pero el tiempo pasa más rápido en correos, estoy acompañado, y el hecho de estar delante de la ventanilla me da la sensación de esperar algo —me respondió seriamente.

Un día, un chaval de diez años se puso en la cola. Esperaba su turno con paciencia.

—Pobre crío —me dijo la señora que me precedía volviéndose hacia mí (porque se entablaban conversaciones inevitablemente)—, seguro que está separado de su familia.

Cuando llegó a la ventanilla, el niño le pidió al empleado una tira de sellos engomados. El hombre lo despachó sin contemplaciones. El éxodo lo había llevado hasta allí y, mientras esperaba ser reenviado con su familia, el chico jugaba con los demás niños «a ser cartero», juego improvisado para el que necesitaba obviamente algunos sellos para franquear.

Una anciana se acercó a la ventanilla a devolver una carta que había abierto por error y que no iba dirigida a ella. El empleado le preguntó:

—¿Es o no es usted la señora Guilloux?

—Sí.

—¿Madeleine?

—No, Marie.

—Entonces ¿por qué ha cogido la carta?

—Porque usted me la ha dado, señor, y el remitente podría haberse equivocado.

—¡Cómo! ¿Equivocarse su familia? Pero ¿es que no saben cómo se llama usted? —dijo severamente el empleado.

—Vaya usted a saber, en los tiempos que corren es fácil perder la cabeza.

—Eso es muy cierto —dijo el funcionario, conciliador.

El empleado de correos, además, estaba encantado del papel que le correspondía. Por cada carta recibida, le pasaban discretamente un cigarrillo en señal de agradecimiento, acompañado de una sonrisa cómplice o de un «Gracias» emocionado. A veces, en cambio, le exigían explicaciones: «¿Por qué no ha llegado todavía mi carta?», «¡Qué raro que tarde tanto en venir!». «Es la guerra», respondía él invariablemente, con estoica paciencia.

Correos no solo era el gran contacto con el mundo. Era también el maravilloso invento que traía la voz de un desaparecido, una llamada, una respuesta, también servía para llenar unas horas cuyo vacío era aplastante. Colmaba las soledades de una vaga esperanza y creaba, entre los seres reunidos frente a la ventanilla, una solidaridad humana. La gente salía hablando entre sí y se daba los buenos días en la calle.

Durante aquellas semanas, la soledad era un mal terrible que marcaba los rostros de las personas que se cruzaban en la estación, en correos, en los bancos, en las terrazas, en todas partes.

Decidí volver a coger inmediatamente el tren para Aviñón. Pero al día siguiente de la Ocupación, la puerta de la estación fue clausurada y un letrero anunció la interrupción del tráfico ferroviario hasta nueva orden.

Empezó entonces un peregrinaje diario a la estación.

Durante jornadas interminables, el letrero fatídico siguió allí. A través de la verja se veía pasar algunos trenes, pero la esperanza de poder subirse a ellos era cada vez más lejana: se trataba de trenes de uso exclusivo para alemanes o de convoyes de avituallamiento.

En esos tiempos de ocupación militar, fui feliz por encontrar una habitación en el otro extremo de la ciudad, en casa de unos ferroviarios. La casita, fruto de los ahorros de dos generaciones de obreros, era muy coqueta, rodeada de flores; pero habían instalado más adelante, justo enfrente, un enorme matadero municipal. Cuando el viento soplaba hacia la casa, les llegaba el olor acre de la sangre. Día y noche, los animales lanzaban mugidos lúgubres. Aquella vecindad era para mí una pesada carga desasosegante.

Una vez firmado el armisticio, mis primos habían regresado a Bélgica.

Yo me quedé sola, separada de mi familia y de mis amigos, perdida en un abismo de tristeza.

Mis dos maletas expedidas desde Aviñón llegaron en el momento en que planeaba mi partida. En seis semanas había adquirido las costumbres más primitivas. Hasta la ropa que recibí me pareció superflua.

Por fin, el tráfico de viajeros se reanudó.

¡Es imposible imaginar cómo fue mi salida de Vichy!

Desde que fue anunciado el primer tren —en realidad, un convoy de vagones de mercancías—, miles de viajeros se prepararon para partir. Primero los refugiados a quienes el éxodo había dejado tirados allí, al azar de la carretera; luego los bañistas llegados para sus tratamientos termales y a quienes la guerra había sorprendido en Vichy, y finalmente los soldados desmovilizados, entre los cuales había muchos heridos; toda esa gente que se había quedado varada durante semanas en ese lugar quería salir a toda costa. También había muchos *vichysois* que pensaban refugiarse en casa de unos parientes o de unos amigos, con tal de abandonar la zona ocupada.

Los viajeros empezaron desde muy pronto a ponerse delante de la estación y a rodearla, así como a invadir el talud de la vía férrea.

La Cruz Roja había abierto en varios puntos pequeñas cantinas donde se podía tomar café, pan, queso, algo de fruta.

Refugiados y soldados comían en el suelo poniendo simplemente los alimentos encima de unos periódicos. De noche, su petate les servía de almohada.

Cuando se anunciaba un convoy, todos corrían renqueantes; a veces, al entrar en la estación, el tren tenía que disminuir la velocidad para dar tiempo a la muchedumbre a despejar la vía. El jefe de estación gritaba, gesticulaba, agitaba su banderín y hacía sonar la campana. Le respondían: «¡Vale, vale...! ¡Ya vamos, ya vamos...! ¡No exageres, que bastante llevamos esperando este tren!».

Los convoyes llegaban sin previo aviso, acercando a Vichy soldados desmovilizados y heridos, así como tropas de ocupación.

Cuando el tren se detenía y había alguna posibilidad de ocupar una plaza en él, ¡aquello era una estampida general! En pocos minutos, todos los compartimentos, los pasillos y hasta los techos de los vagones se llenaban por completo. En los estribos se formaban verdaderos racimos humanos... Algunos se colaban por las ventanas. Los que no habían encontrado sitio estaban condenados a nuevas esperas, durante horas, ¡e incluso días! Regresaban a su campamento y reanudaban sus partidas de cartas. «Qué se le va a hacer —decían estoicamente—, si hemos esperado seis semanas, bien podemos esperar uno o dos días más.»

Todos estaban rotos, indiferentes.

Yo recibía de mi viejo profesor unas amables cartas que me animaban a regresar a Aviñón.

Un día, cargada con mis dos maletas, me puse a esperar mi turno en el andén. Una de las maletas me servía de asiento, y en la otra coloqué mis vituallas y un libro.

No olvidaré jamás la entrada del tren en la estación ni el viaje posterior. El convoy se componía de quince vagones: en la cabeza, cinco coches de viajeros, y a continuación diez vagones de mercancías descubiertos, en cuyo suelo había paja esparcida.

Los refugiados se abalanzaron, como de costumbre, y la lucha la ganaría quien fuese o muy débil o muy fuerte.

El tren estaba ya hasta los topes cuando las puertas de la sala de espera se abrieron para que entraran en el andén los heridos, llevados en camillas, en sillas de ruedas o apoyándose mutuamente.

El jefe de estación gritó:

—¡Dejemos sitio para los heridos!

Todos los hombres sanos se levantaron y se bajaron del tren. Los cojos fueron instalados en los compartimentos, echados sobre los asientos o sentados en ellos. Algunos, los de mayor gravedad, fueron depositados sobre la paja en los vagones de mercancías, donde se encontraron más cómodos.

Las enfermeras anunciaron que aún quedaba un cierto número de plazas libres para los ancianos, las mujeres y los niños. Hubo una para mí. El resto que logró subir se ubicó sin ningún escrúpulo en donde pudo. Todos estábamos muy apretados, pero contentos.

Por fin el tren se puso en marcha. La verdad es que avanzaba con enorme lentitud. En la estación siguiente, ¡nueva avalancha de viajeros! Esta vez ocuparon al asalto todos los pasillos. Unos soldados se habían encaramado a las redecillas de las maletas protestando:

—¡Las plazas son para los viajeros, no para los equipajes! ¡Que los bajen en la próxima parada!

De pronto nos hallamos haciendo cola delante de la puerta de la consigna de una ínfima estación desconocida. Quienquiera que tuviera equipaje tenía que depositarlo ordenadamente para que luego le fuera remitido, aunque lo hacía no sin aprensión, ya que su futuro se pintaba más bien problemático...

El convoy se detenía en cualquier parte por razones misteriosas que nadie se molestaba siquiera en adivinar. Aprovechábamos para estirar las piernas, después de haber rogado encarecidamente a los que no se bajaban que nos guardaran el sitio.

A pesar de la morosidad del viaje y de la incomodidad de los asientos, el tiempo no se me hacía largo.

Mirando por las ventanillas, los soldados hablaban de la tierra a la que volvían.

Uno, con aire de preocupación, preguntó:

—¿Cómo se las habrán apañado por allí? ¡Faltaban brazos ya antes de que nos marcháramos!

—Pues parece que salen adelante —respondió otro—. ¡Ojalá sea buena la cosecha!

—Por aquí tiene pinta de que ha habido sequía —objetó un tercero.

Señaló con un amplio gesto los anchos espacios que se abrían ante él.

—Sí —suspiró abstraído el primero—, parece que salen adelante. —Sacó una foto de su bolsillo—. Mira, es mi hijo mayor. Ya es todo un hombre, ¡y nada holgazán!, ni en el campo ni en la mesa. Esta de aquí es mi mujer, ya va para los cincuenta, ¡nadie lo diría!

—No, nadie lo diría —contestó el otro.

Y entonces enseñó él la foto de su Louise. Nos pareció muy guapa, pero fuimos comedidos. Era su prometida, así que pocas bromas con ella. Eso era sagrado...

Un soldado sacó un bolso envuelto en papel de periódico. Era para su mujer. Otros regalos elegidos a toda prisa, un cuarto de hora antes de coger el tren, pasaron de mano en mano.

Entre ellos, una pequeña muñeca que un recluta imberbe le llevaba a su hermana de seis años.

—Se me ocurrió comprarla en Vichy porque se parece a mi hermanita como si fuera su gemela.

Todos rieron.

Nadie hablaba de la guerra ni del futuro.

Habían desaparecido los chistes, las anécdotas, las frases picantes que solían oírse otras veces en los vagones de tercera.

Tampoco se hablaba de los días siniestros.

Pero pesaban con toda su densidad en los rudos corazones de esos soldados, en la decencia de sus palabras, en sus miradas que vagaban por los campos y los prados al ritmo lento del tren.

A menudo otros convoyes se cruzaban con el nuestro; conversábamos con ellos, intercambiábamos noticias y se producían reencuentros providenciales.

Monjas, enfermeras de la Cruz Roja y gente de la comarca se acercaban a traer alimentos, bebidas y periódicos, dando palabras de ánimo.

El tren reemprendía lentamente la marcha. Los soldados abrían sus mochilas y sacaban pan y queso y se pasaban sus botas de vino. Bebían a chorro.

La solidaridad no escaseaba entre todos los viajeros abocados a un mañana incierto. Todos se entendían, se ponían de acuerdo, compartían sus víveres, vibraban al unísono. Me dieron un buen trozo de queso con una rebanada de pan de centeno.

Mi vecino, un chaval herido, muy rubio, casi un niño, me ofreció un pedazo de chocolate. Por la noche le dolía tanto tener su pierna doblada que, mientras dormía, la puso encima de mis rodillas y yo me quedé inmóvil para que no se despertara.

Ya no sé si el viaje duró dieciocho o veinticuatro horas. Una vez llegados a Aviñón, todos tuvimos que pasar la noche en los bancos de la sala de espera: era tal el cúmulo de gente que había en la ciudad que el servicio de orden no nos permitió abandonar la estación antes de que se hiciera de día. Solo los heridos fueron trasladados a los hospitales.

Al día siguiente fui al encuentro de mi querido profesor en un apacible parque público. Lo encontré sentado al sol, con la misma naturalidad que si hubiera estado con él la víspera. Me recibió con su habitual solicitud, me felicitó por mi excelente aspecto e hizo bromas sobre mi odisea en Vichy.

Le conté todas y cada una de mis peripecias.

Durante mi relato, sentí claramente que aquel viaje, en el fondo inútil, no había sido para mí una decepción. Me había permitido vivir en estrecho contacto con el pueblo francés, que mantenía su alegría y su equilibrio incluso

en medio de su desgracia.

Lamentaba que mis maletas, pese a la reanudación del tráfico ferroviario, no aparecieran. Tres semanas más tarde, sin embargo, después de un largo peregrinaje, volvieron a reunirse conmigo en Aviñón, igual que lo habían hecho en Vichy. ¡Pero en qué estado, ay! Abolladas, con las correas arrancadas, los candados oxidados... ¡Unas auténticas inválidas de guerra! En su interior, la ropa estaba enmohecida. Pero no faltaba nada, absolutamente nada.

En esta ocasión, el empleado de la consigna dijo algo totalmente oportuno:

—¡Qué potra tiene usted, con los centenares de maletas que se extravían!

¿No fue un comentario parecido el que hizo el empleado de la estación del Norte cuando llegó a París mi baúl? La diferencia es que aquel baúl, que sobrevivió tan milagrosamente, había sido confiscado por los alemanes en París mismo, bajo un pretexto racial. Precisamente el guardamuebles acababa de recordármelo por carta postal a mi regreso a Aviñón.

V

AVIÑÓN

Agosto-noviembre de 1940

¡Hasta qué punto puede cambiar el ambiente de una ciudad en pocas semanas!

Cuando había dejado Aviñón en junio, la Provenza, tan llena de serenidad, exhalaba su encanto. En el parque público, los ancianos se adormecían en una dulce beatitud entre los niños que jugaban alrededor de los estanques. A la hora de la comida, los restaurantes despedían el apetitoso olor de unos platos en los que predominaba el aroma a ajo. Por la tarde, las chicas enamoradizas paseaban cogidas del brazo. Los chicos les sonreían y les lanzaban piropos galantes. Por todas partes había gente apacible. La ciudad vivía una existencia tranquila y sin sobresaltos, al margen de la guerra.

Ahora, en cambio, los bancos estaban ocupados por los soldados; algunos tenían vendados un brazo o una pierna. Los heridos tomaban el aire en las ventanas y en los balcones de varios hoteles transformados en hospitales. Los oficiales y los soldados alemanes recorrían las calles con aspecto estirado. Las máquinas de escribir dejaban oír sus voces metálicas. Provenían de las ventanas de un hotel. Eran de la comisión llamada *económica*, entonces en plena ebullición en la pacífica ciudad medieval.

En junio, el mercado había estado rebosante de porciones de mantequilla, de montones de fruta, de todo tipo de quesos variados, de una excelente carne fresca en los puestos de los carniceros...

Ahora la mantequilla era inencontrable y únicamente había un solo tipo de queso. Las chácharas y el buen humor de las cotillas brillaban por su ausencia.

Se había inaugurado el «régimen de las colas» delante de las tiendas y del mercado. Reinaba en ellas un pesaroso silencio, roto de vez en cuando por broncas y discusiones.

Soldados franceses de todos los ejércitos, desmovilizados, esperaban los trenes que deberían llevarlos a sus casas. Todos los días partía gente. Los que pertenecían a países ocupados recibían instrucciones para indicarles los convoyes que tenían que coger por orden alfabético. Los de las zonas prohibidas debían renunciar a toda esperanza de retorno. Se les asignaban residencias provisionales. Unos carteles pegados por el Ayuntamiento, así como los periódicos y la radio, difundían esas instrucciones.

Ociosos, desmoralizados, pululaban sin nada que hacer por las terrazas de los cafés o se sentaban en los bancos a plena luz del día delante del palacio de los Papas. Se horrorizaban cuando les hablaban de la guerra. ¡Eran hechos en los que ellos habían tomado parte, pero de los que, en realidad, no sabían nada!

Cuando se les preguntaba, respondían:

—La guerra, por lo visto, ha terminado ya. Nos han dicho que nos marcháramos y nos hemos ido, sin llegar a ninguna parte aún. ¡Así es! Es un cachondeo, qué quiere que le diga. Basta con que les eche una hojeada a los periódicos.

Y uno de ellos, señalando la radio con un gesto, dijo:

—¡Escuche! ¡No sabe más que nosotros, pero tiene mejor verborrea! ¡Qué hijoputas! ¡Harían bien en hacerlos callar! ¡En menudo berenjenal nos han metido!

Un día, muy temprano, fui a buscar un sitio en el parque público donde respirar el aire fresco de la mañana. Una mujer vino a sentarse a mi lado. Llevaba entre las manos un misal y un rosario. Me dirigió unas palabras de saludo, como todo el mundo hace por aquí, y a continuación se puso a contarme su historia.

Había venido desde Château-Renard para ver a su hijo, que estaba en tratamiento en el hospital, en la sección de los «conmocionados». Por culpa de los bombardeos, había sufrido un choque nervioso. Reconocía a su madre, pero parecía desequilibrado: hablaba entrecortadamente de bombas, de sangre, de camaradas a los que había visto derrumbarse a su lado, y estaba

completamente obsesionado por los dramas que había vivido. A ella le habían autorizado a hacerle compañía durante dos horas, por la mañana y por la tarde. Entonces, como si fuera un niño pequeño, ella le hablaba de su pueblo, de sus hermanos y hermanas, de sus compañeros de la escuela, de los animales de la granja, intentando así interesarlo en todo lo que parecía habersele borrado de la mente.

Volví a ver a esta mujer en dos ocasiones más. Me contó que, en su opinión, su hijo mejoraba.

Una mañana me encontré con ella y llevaba del brazo a un joven soldado con ropa de hospital. La mujer estaba radiante...

Pasaron delante de mí. Nunca más volvería a verlos.

En aquella época, la policía de Aviñón se puso a «organizar» a los refugiados. Todos fueron concentrados ante el Ayuntamiento y se los puso otra vez en fila, ahora bajo un sol tórrido.

Dándoles un sinfín de vueltas a los papeles, los gendarmes de la apacible ciudad se consultaban mutuamente, y se los veía tan confusos que daban pena. Examinaban circulares y reglamentos, informaban y daban órdenes y consignas un poco al azar.

Uno de ellos, después de haber examinado mi pasaporte, me dijo con tono de interrogatorio:

—Aliada, ¿no? No me diga que no es usted una aliada. Pero si es evidente. ¡Sí! ¡Los polacos! ¡Han luchado con gallardía! ¡Y usted lo es!

Yo, por supuesto, asentía a cada una de esas observaciones y... entonces plantó vigorosamente el sello del Ayuntamiento encima de mi permiso de residencia.

¡Era la mejor época!

Esta vez, mi estancia en Aviñón podía prolongarse desde agosto hasta finales de noviembre.

Empecé a ir a menudo a la biblioteca municipal; me interesaban la vida y la obra de Mistral. Sentado junto a mí, mi profesor estudiaba a ese mismo autor en el texto provenzal, encantado de poder leer el original con fluidez. La biblioteca contenía la colección más completa de documentos relativos a la historia de Aviñón.

Por la tarde me sentaba a la orilla del Ródano y miraba durante horas el curso vehemente del río. La corriente arrastraba los objetos más heteróclitos, incluso árboles que su ímpetu parecía haber arrancado. Tan pronto se veía un árbol dar vueltas en los remolinos como si fuera una insignificante pajilla como, de repente, se alzaba cuan alto era, desgranando de sus hojas innumerables gotas de agua que brillaban como diamantes al sol.

Hacia el otoño, el Ródano empezó a crecer a ojos vistas. Inundaba las orillas y cubría plantas y arbustos, se hacía dueño y señor de la ribera y subía a lo largo de los pilares de los puentes.

El clima de Aviñón se volvía cada vez más frío. Por las noches, el viento golpeaba rabiosamente contras las ventanas y los postigos, estremecía las casas y sacudía los árboles con una fuerza titánica.

Atacaba con violencia a los transeúntes.

Supe de la fuerza del mistral cuando, un día, después de haberme empujado durante un buen trecho, me lanzó contra un árbol, que a su vez se estremeció de arriba abajo.

Mi buen profesor, atacado también él, me dijo tan tranquilamente que estaba pensando en huir del mistral y marcharse a Niza, su residencia de invierno preferida.

Nada me retenía en Aviñón. De mi familia, ninguna noticia, ningún signo de vida. Me embargaban una nostalgia y una inquietud que me llevaban a desear un cambio de aires.

Precisaba un salvoconducto para ir a Niza. La oficina de visados se había instalado en un bonito palacete que antiguamente había sido la vivienda de un cardenal. Unos plátanos daban sobre el patio. En el centro, se oía el murmullo de una fuente. Permanecí un buen rato allí quieta, admirando las ventanas y las puertas adornadas con hermosos motivos de hierro forjado.

Cuando me llegó el turno de comparecer ante el gendarme de guardia, casi lamenté tener que dejar aquel lugar para entrar.

—¿Es usted extranjera? —me preguntó el gendarme con un fuerte acento local, y añadió—: ¡No hay visados a Niza para los extranjeros, señora mía, nada que hacer!

Por la tarde, mi profesor, acompañado de un ahijado suyo, el señor Olive, se reunió conmigo en la terraza de nuestro café habitual.

Le conté mi decepción de la mañana y exclamé con un tono medio en serio y medio en broma:

—¿Dónde habrá un francés dispuesto a amañar una boda y poder liberarme de estas eternas tribulaciones!

—Lo malo es que Francia da cobijo a demasiados extranjeros —opinó sentenciosamente el señor Olive.

Nos pusimos a hablar de otra cosa.

Al día siguiente, hacia las cinco, volvimos a encontrarnos en la misma terraza. El señor Olive resplandecía. Ya desde lejos, nos había hecho una señal y, cuando se nos acercó, nos dejó pasmados:

—¡Lo tengo, lo tengo, tengo el futuro! Va a venir aquí en unos instantes.

A toda prisa nos dio algunas explicaciones y consejos:

—Usted, señora, es mejor que se aparte a cierta distancia para no verse inmiscuida en la conversación previa. Nosotros vamos adentro.

Mediante frases entrecortadas nos contó que había hecho el hallazgo de un caballero que «se hará cargo del asunto» y al que había citado a las cinco y cuarto.

—¡Vaya, ahí mismo está! —exclamó, y luego corrió hacia la puerta—. ¡Pase, pase, querido amigo!

Vimos trotar a un viejecito, un septuagenario impoluto, que se apoyaba en un bastón y se quitaba su sombrero de paja. El señor Olive hizo las presentaciones.

—Señor Devitrolles, comerciante jubilado, actualmente interno del asilo municipal; mi padrino.

Desde mi rincón, podía asistir a la conversación como una espectadora muda.

—Pues bien, señor Devitrolles —empezó el señor Olive—, como ya le he explicado, va usted a casarse con una dama que tiene necesidad de un buen apellido como el suyo. Recibirá usted cierta cantidad, que le permitirá mejorar el menú del asilo. Tendrá también, por añadidura, un impecable terno,

un sombrero negro y una corbata para ir a la alcaldía. Pero inmediatamente después de la boda, su mujer tendrá que irse... ¿Lo ha comprendido todo bien, está todo claro?

—Está claro —respondió el anciano—, pero es preciso que antes vea a la dama. —Pronunciaba *vea* con acento provenzal.

—La verá, por supuesto —replicó el señor Olive—, pero esa dama extranjera se marchará la noche misma de la boda.

—¿Una extranjera? —preguntó, interesado, el señor Devitrolles—. ¿No será auvernesa, esa extranjera? Es que a mí no me gustan nada las auvernesas.

—No, ella no es auvernesa en absoluto, pero eso importa poco, porque de todos modos se irá. ¿Lo ha comprendido?

—Pues sí que tiene prisa la dama, mi esposa —observó el señor Devitrolles.

—Sí que la tiene, es que se va a América.

—*Oh, là, là!* No se anda con chiquitas la moza. Bien lejos que se marcha, ¡a las Américas!

—Sí, bien lejos —respondió el infatigable señor Olive—, pero se marcha y luego usted enseguida podrá volver a sus costumbres habituales. ¿Le parece bien?

—Me parece bien, pero es preciso que vea antes a la dama.

—Que sí, que sí, que la va a ver. La verá de sobra, la verá de sobra —respondió el señor Olive con cierto humor—. De todos modos, le advierto de que va camino de los ochenta años y anda un poco cheposa. —Con estos detalles de su invención, el señor Olive confiaba en desanimar definitivamente al señor Devitrolles, que parecía no haber pillado que se trataba sencillamente de una boda amañada.

El señor Devitrolles tuvo entonces una respuesta categórica e inesperada:

—Pues entonces ni lo sueñe. ¡Solo nos faltaba una cheposa de ochenta años! ¡No, no y no, no la queremos para nada!

—¡Pero si le estoy diciendo que se va a marchar! ¡Que se va a marchar! ¡Que se va a marchar! Me estoy matando a repetírselo —gritó entonces el señor Olive.

—¡Para nada queremos allí a una cheposa como la que usted me dice! — subrayó definitivamente el señor Devitrolles, ahora ya furioso y golpeando con el bastón el mármol de la mesa.

Mi querido profesor, que ya no podía contenerse más, soltó una carcajada homérica. Yo misma me reía disimulando detrás de un periódico. La escena iba cobrando un cariz cada vez más ridículo.

Otros clientes empezaron a mostrar interés en el asunto.

El señor Olive había perdido la paciencia.

—¡Usted es un idiota! —vociferó.

El señor Devitrolles, después de engullir lo que le quedaba de su *chambéry-fraise*, se levantó, cogió su bastón y su sombrero y salió dignamente sin dejar de murmurar.

El señor Olive nos miró tomándonos por testigos.

—No hay nada que hacer —dijo realmente disgustado—. Había encontrado a un individuo serio, nada comprometedor, internado a perpetuidad en un asilo y, encima, con un apellido aristocrático, y ya ven, no hay manera de arrancar. ¡He ido a dar con un gagá, qué mala pata!

El pobre muchacho se enjugaba la frente. Luego, más sereno, optó por echarse a reír.

Mi profesor y yo habíamos saboreado la comicidad de este entreacto tan sintomático.

Los casos de matrimonio arreglados eran bastante frecuentes en Francia. Esos estafalarios expedientes eludieron las dificultades durante cierto tiempo. Su validez fue abolida hacia 1942.

VI

NIZA

Diciembre de 1940

Unos amigos franceses me hicieron llegar una invitación visada por la prefectura de Niza que allanaba todas las dificultades: obtuve de inmediato el valioso salvoconducto.

Abandoné Aviñón en pleno invierno, dejando tras de mí frío, lluvia y viento. A partir de Marsella, era como avanzar por un lugar mágico. La Corniche se cubría de mimosas, se engalanaba con campos de claveles: por todas partes, limoneros, naranjos, olivos, con sus ramas rebosantes de frutos, destacaban sobre el fondo verde oscuro de las palmeras. Un mundo exótico se interponía allí delante entre un mar y un cielo azules y yo.

Me creía transportada a un país de cuento de hadas. Estaba deslumbrada. ¡Iba a un paraíso terrenal!

¡Ignoraba que al mismo tiempo iba abocada a la época más dramática de mi existencia!

En la estación de Niza me esperaba una amiga de París. Cuando me llevaba en dirección a la rue de France, donde ambas nos montamos en un pequeño tranvía vetusto que avanzaba a base de sacudidas y entre chirridos de chatarra, me estuvo poniendo al corriente de la vida en Niza. Me condujo a un hotelito, situado a la orilla del mar, en el barrio de Sainte-Hélène.

Todas las ventanas del hotel, rodeado de palmeras y limoneros, daban al vasto horizonte marino.

Pocos días después, tomé contacto con unas personas de París que yo sabía que estaban refugiadas en Niza.

Las primeras revelaciones sobre todo lo que había ocurrido en la capital fueron espantosas: ¡bombardeo de Auteuil, ocupación, éxodo masivo!

Conocí terribles noticias de los países ocupados y se apoderó de mí una angustia desgarradora por el destino de mi familia.

Las informaciones llegaban gracias a algunos periódicos extranjeros que por aquel entonces todavía era posible encontrar. Entre ellos, el semanario de Zúrich, la *Weltwoche*, era el que gozaba de una popularidad mayor.

Otras noticias se propagaban de boca en boca, cruzando las fronteras, desafiando censuras y controles, y nos llegaban frescas y palpitantes en todo su horror. En esa época, apenas había noticias que no fueran desastrosas.

Conocí también muchos detalles sobre la vida local, sus oportunidades y sus tribulaciones: la mayor dificultad era obtener un permiso de residencia... Centenares de personas se veían expulsadas.

Al cabo de ocho días, rica en indicaciones y consejos, me encaminé a la prefectura.

Llegué por el muelle de Estados Unidos y por la rue Saint-François-de-Paule y de repente me encontré en medio de un espléndido jardín de flores... cortadas.

¡Era día de mercado de flores! Encantada, abarqué con la mirada el conjunto del lugar y luego me detuve delante de cada puesto para admirarlas más de cerca. Los claveles, de las especies más variadas, dominaban en esta estación. Todavía había en 1940 fruta que redondeaba felizmente aquel decorado. (Más tarde veremos las naranjas, los limones y las mandarinas solamente en los árboles; los requisarán y desaparecerán del mercado y de los puestos.)

La hora apremiaba. Me apresuré hasta la prefectura. Cuando me acercaba, vi una larga cadena de gente inmóvil. Daba la vuelta por la esquina del edificio oficial.

Unos agentes de policía paseaban de arriba abajo.

Me sobrecogió una sensación de desfallecimiento y dudé en seguir adelante. ¡Pero era imposible retroceder!

Ocupé mi sitio en la fila.

Eran las dos de la tarde. Hacia las cinco, me hallé por fin delante de la ventanilla. Por primera vez, tuve la idea de recurrir a la recomendación de la Presidencia del Consejo. Enseñé mis papeles al funcionario. Les echó un rápido vistazo:

—¡Presidencia del Consejo! ¡Daladier! ¡Esto ya no está en vigor!
Eso significaba la expulsión.

Pero definitivamente la suerte parecía favorecerme siempre ante las dificultades administrativas. Veinticuatro horas antes de la fecha de mi salida obligatoria de Niza, los dos periódicos locales informaron de que los hoteles, en plena crisis de guerra, habían protestado contra las medidas de expulsión. La industria hotelera, en peligro de hundimiento, pedía que se autorizase la estancia a los extranjeros. A cambio, se comprometía a colaborar con los servicios de abastos para eliminar las dificultades en el aprovisionamiento.

Así es como, por una concurrencia de circunstancias imprevistas, pude quedarme en Niza.

Mi hotelito me encantaba y decidí seguir en él. Durante toda la jornada reinaba allí un silencio penetrado por el murmullo del mar.

Pero a la hora de comer, la casa se llenaba de griterío. El señor Thérive, director y jefe de cocina del hotel, un charlatán presumido muy seguro de sí mismo, estaba poseído por el demonio de la política. Desde los entremeses hasta el café, ponía tan alta la radio, que informaba de las noticias también a los vecinos y a cualquiera que pasara por la calle.

Era precisamente la radio la que le brindaba los temas en cuya polémica entraba a pecho descubierto. Por lo general, la gente discutía durante las emisiones y, cuando los interlocutores se excitaban demasiado, la voz del aparato no conseguía acallarlos.

La señora Marguerite, la patrona, una personilla apocada, dulce y muy simple, giraba discretamente el botón. Las más de las veces, los polemistas ni se enteraban.

El jefe se declaraba enemigo de los alemanes y antisemita «por principio».

Al señor Martin, oficial de marina desmovilizado, persona muy apuesta, se le ponía la cara azul de rabia ante cada consideración favorable a los británicos. Solía marcharse en mitad de la comida para no tener que oír esos

elogios.

Un estudiante, apellidado Petitjean, alto, deportista, jefe de un campamento para jóvenes de Niza, era un colaboracionista convencido. Siempre, con cualquier motivo, se refería a los alemanes como «el pueblo más sabio de la tierra». Amigo de arengas antisemitas, remitía a sus interlocutores a *Mein Kampf*, del que poseía una traducción que solía prestar con mucho gusto.

El señor Huyard, coronel retirado de la Primera Guerra Mundial, se pronunciaba contra esas ideas extremadas que, según él, «serían la perdición de Francia, país de equilibrio, medida y tolerancia».

En cuanto a los refugiados, estos no se inmescuían en las discusiones. Heridos por el ataque de esas indirectas, se consultaban acerca de las posibilidades de cambiar de hotel y de ambiente; pero en todas partes se hablaba de política con la misma vehemencia.

Cuando pensaban en las persecuciones que asolaban otros países, su propia existencia les parecía casi envidiable, y se callaban.

No se podían permitir el orgullo. Era un lujo inaccesible en aquella época hasta para los franceses.

Por suerte, después de la comida, el hotel volvía a caer en su benéfico y habitual silencio.

Un día, el señor Thérive anunció que su tarea se aliviaría enormemente si algunos huéspedes quisieran en adelante comer en la ciudad. Las dificultades de abastecimiento se habían vuelto insuperables para él.

Desde entonces, empecé a ir a comer y a cenar a cualquier restaurante.

Conocí así los viejos barrios de Niza, habitados por una población cuyo lenguaje y cuya cocina eran típicamente del sur.

El paseo de los Ingleses, con esos grandes edificios que parecen clínicas, colindantes con unos inmuebles que remiten a un modernismo exagerado, con esos kioscos y esas construcciones rústicas, era de una deprimente banalidad. El ambiente artificial de la mayoría de los cafés y los locales públicos daba pena, producía una tristeza, por así decir, palpable.

La gente rica iba a respirar el aire del casino, donde perdían enormes cantidades sin siquiera ser auténticos jugadores. Me acuerdo de una vienesa que le decía a su marido, totalmente trastornado:

—Pero ¿qué te ha pasado, pobrecito mío, con el horror que siempre le has tenido al juego?

—Juego para olvidar; les tengo más horror a mis pensamientos.

Para matar el tiempo, algunos hacían excursiones y regresaban agotados.

En las villas y en los hoteles, se entregaban al bridge durante todo el día y hasta muy entrada la noche, cuando ya los atenazaba el embotamiento.

Otros preferían quedarse en su casa o ir a la casa de un amigo a charlar de política. Discusiones ociosas, pues nadie llegaba a sacar nada en claro.

Un gran número de refugiados se preparaba para emigrar. Contaban con un pariente más o menos cercano, con un amigo o con el amigo de un amigo, con unos conocidos establecidos en las más alejadas partes del mundo y que, pensaban, podrían ayudarlos a culminar la emigración.

Manténían una esmerada correspondencia con muchos sobrentendidos, enviaban costosos telegramas, pedían un affidavit o un visado, recibían respuestas, contrademandas, cuestionarios, circulares que engendraban una nueva oleada de cartas.

Luego, se pasaban las mañanas enteras delante de los consulados para saber si tal documento o tal otro hacían falta, si se atenía a las instrucciones o si resultaba inexacto. Cuando algunos salían con un visado, eran mirados como fenómenos, ¡como bienaventurados!

Partir era poco frecuente.

Despachos, agencias y oficinas de emigración suministraban las informaciones, se encargaban de las formalidades y prometían el oro y el moro. Cobraban adelantos y señales, que los refugiados les pagaban diligentemente. Sin embargo, esas promesas nunca se cumplían. El emigrante se sentía estafado, pero al menos había pasado por un periodo de esperanza.

En cuanto a mí, mis afectos y mis vínculos me unían a Europa, y no traté de emigrar a ninguna parte.

Para todos, la existencia había perdido la ilusión y el entusiasmo... También, por rachas, caíamos en una indiferencia lúgubre, en una inercia absoluta.

Cuando me daban ganas de ver mundo, no tenía más que acercarme al paseo de los Ingleses. Bastaba con sentarse en los parajes del bulevar Gambetta, del casino o del jardín Albert-Premier para encontrarse con «conocidos», de quienes a menudo ni se recordaba el nombre, o para saber alguna noticia. Esa gente perdida y desorientada estaba deseosa de romper un silencio tan cargado, ya fuera para aligerar, mediante confidencias, sus agobiantes preocupaciones, ya fuera para conocer, entre charla y charla, alguna noticia sobre los acontecimientos políticos o para conocer la historia de otros refugiados. Cualquier cosa era mejor que deprimirse en el aislamiento.

Un día, una dama polaca de setenta y dos años me contó su éxodo, en el curso del cual había perdido a toda su familia. Estaba medio ida.

Conocí también, sentada en un banco, a una noruega cuyo marido, en el momento de ser detenido como rehén, había optado por huir. Ella se le había unido en Suecia y luego habían venido juntos... ¡hasta Niza! Ahora planeaban ir a Inglaterra, donde él quería alistarse. Ella iba con él en todos sus desplazamientos.

Un millonario holandés aguardaba la ayuda de unos amigos americanos porque carecía de recursos.

Una vieja pareja de diamantistas, que juntos sumaban ciento cincuenta años, llegados de Amberes con algunas piedras preciosas cosidas en el dobladillo de su ropa, se quejaba a quien quisiera oírlo de la fortuna que había perdido. Los ingleses y los norteamericanos que vivían en los palacetes estuvieron paseando y haciendo excursiones hasta el momento en que sus respectivos gobiernos les notificaron la orden de regresar en el primer barco que partiera.

Solitarios de todos los países, separados del resto de sus familias, se sentaban delante del casino y de los escaparates de las tiendas, o deambulaban al azar por calles y plazas. Dormitaban en los bancos y en las sillas de alquiler, y ocupaban el interior y las terrazas de los cafés de la mañana a la noche.

Judíos de todos los países ocupados daban vueltas desorientados, sin meta ni esperanza, inmersos en una inquietud y una agitación que no dejaban de crecer.

Lo que peor se llevaba, lo que aniquilaba toda energía y toda resistencia, era la ociosidad.

Una mañana me senté frente al mar al lado de una mujer joven de pronunciados rasgos eslavos y de una rara belleza. Estaba tejiendo. Al cabo de unos minutos entabló conversación conmigo. Después de echar un vistazo furtivo a nuestro alrededor, se volvió hacia mí y me confió, casi al oído, que tejía para ganarse la vida. Me pidió que la recomendase a otras personas si se diera el caso y me rogó al mismo tiempo que no la traicionase, ¡como si su trabajo fuese un delito! Y sin embargo, lo era, como bien experimenté poco después a mis expensas.

En la rue Gioffredo había dado con un viejo librero. Charlamos entre un montón de libros de segunda mano. El buen hombre estaba interesado más en el negocio que en la profesión. Me hablaba de descuentos, beneficios, papelería, clientela, márgenes de plazos... Mientras lo escuchaba, observé sus volúmenes polvorientos y constaté que tenía ejemplares raros. Le dije que me encantaría clasificar aquellos volúmenes. Al ver sus dudas, añadí de inmediato que se trataba, por supuesto, de un trabajo a título gratuito, por mero interés de bibliófilo. Él asintió complacido. Provista de una carta de su parte, acudí al servicio competente para ver cómo proceder. Había un funcionario de aspecto bonachón que fumaba en pipa entre un montón de papelotes. Le presenté la carta, adjuntando mi certificado de librera.

—«... trabajado bien por Francia... conceder todas las facilidades...» — se puso a leer a media voz. Y, cambiando de tono, enfatizó—: ¡No se dan permisos de trabajo a los extranjeros! En cuanto a su recomendación..., qué le voy a decir. ¡La Presidencia del Consejo de 1939! Le pone a uno en un compromiso...

Y añadió con desaprobación:

—¡Todos estos extranjeros! Se comen nuestro pan y encima quieren que les demos trabajo.

Después de eso, anotó mi nombre y mi dirección. Salí de allí muy preocupada. Y con motivo. Mi gestión trajo como consecuencia dos visitas sucesivas de un agente de policía en bici que vino para cerciorarse de que yo no trabajaba.

A los huéspedes del hotel les intrigaron mucho aquellas visitas misteriosas.

—¿Le trae, acaso, un visado de salida? —preguntó uno con un poco de envidia.

—¿Es una orden de expulsión? —inquirió otro, este con un poco de piedad.

A finales de enero de 1941, Thérive optó por el cierre definitivo de su establecimiento.

—Solo se pueden mantener las pensiones y los hoteles de lujo, todos llenos de judíos —suspiraba.

—¡Cómo! —se sorprendió uno—. ¿La gran industria hotelera está entonces en manos de los judíos?

—No es eso lo que he querido decir. Llamo así a toda la gente que se busca la vida como puede —replicó Thérive.

—Hombre, Thérive, lo que está diciendo no es digno de usted —protestó el coronel—. Es una iniquidad perjudicar a toda esa gente que son tan buenos franceses como usted y como yo, y además hiere con sus palabras a sus clientes israelitas, que han venido a Francia para hallar refugio entre nosotros.

—Con esos hago una excepción. Es gente moralmente limpia —respondió magnánimamente Thérive.

Bien sabía él que los refugiados estaban inmersos en enormes preocupaciones y contratiempos crecientes, lo que le daba una libertad para con ellos que apenas demostraba sensibilidad.

De mediocre inteligencia, fracasaba regularmente en todas sus empresas, y eso lo había convertido en un ser envidioso. «Los judíos tienen siempre mucha potra», decía Thérive. Hasta ese punto se había dejado convencer completamente por las teorías raciales.

La propaganda alemana hacía estragos en Francia sin la menor oposición y ejercía toda su influencia en la prensa. Muchos periódicos franceses desarrollaban con elocuencia las teorías nazis. Algunas publicaciones, además, se entregaban a ello con tal ardor que era imposible dudar de su sinceridad.

A juzgar por la cantidad de páginas que exponían el «problema» judío, abundantemente ilustradas con caricaturas, cualquiera diría que todas las desgracias de Francia, desde la inconsciencia de lo que se avecinaba hasta la desbandada general, eran imputables exclusivamente a Israel.

En cuanto a la radio, en manos de los alemanes toda ella, no contenta con emitir cotidianamente injurias contra los judíos contemporáneos, organizaba además una serie de lecciones divulgativas sobre la historia de los hebreos para demostrar la ignominia y las maldades de ese pueblo, ya desde mucho antes de nuestra era.

Libros, folletos, hojas volanderas se distribuían gratuitamente, había caricaturas pegadas en los escaparates de las tiendas, en las puertas de las redacciones de los periódicos, en las paredes, en las empalizadas, en todas las esquinas de las calles.

Los refugiados conocían desde 1933 toda esta propaganda de origen alemán y veían brotar la amenaza.

Un día tomé el autobús en la plaza Wilson y vi a un joven que se subió al vehículo solo con la intención de distribuir unas octavillas. La mayor parte de los viajeros se negaron a cogerlas. El joven que las distribuía exclamó:

—¡Pero son gratis!

—No las queremos ni gratis —respondieron algunos.

Otro viajero añadió:

—¡Venga, lárgate a Alemania!

Y todo el mundo se rio.

Una bocanada de aire de Francia acababa de pasar.

Había agitadores que daban propaganda en lugares públicos: cafés, restaurantes, bares, en el puerto, en los bancos.

Hubo otro incidente que no careció de gracia. En un pequeño restaurante de la rue de France, un individuo rubio, muy guapo, de unos treinta años, peroraba en voz alta dirigiéndose a toda la concurrencia.

—¡Estamos hasta la coronilla de cenar con estos extranjeros! —gritó—, ¡con estos extranjeros y, sobre todo, con estos judíos!

Un obrero, tez morena, ojos risueños, mono azul, le lanzó:

—¡Eh, tú! ¡Compatriota! ¿Llegas de Alemania? Pues páganos una ronda. Tienen que haberte dado unos buenos cuartos para soltarnos todo ese rollo, ¿no?

Nos mondamos de risa.

El provocador apuró su consumición y se encaminó prudentemente hacia la puerta.

—¡Anda, vete, cabrón! —prosiguió el obrero bromista—, ¡no eres más que un vendido!

La suavidad del Mediterráneo me parecía inmutable. Tanto que cuál no sería mi sorpresa cuando, hacia finales de enero, ese mar azul se vio de golpe agitado por auténticos arrebatos de furia.

La tempestad se desencadenó por la noche. Los violentos golpes de las contraventanas despertaron a todos los huéspedes, que fueron a reunirse a la terraza. Los impactos que se oían provenían de los árboles, que, en sus sacudidas, golpeaban contra las ventanas. El jardín estaba cubierto de un manto blanquecino: era la espuma arrastrada por el mar hasta los peldaños de la escalinata. Unas olas tan altas como casas invadían el paseo y venían a romper contra las paredes de los hoteles y de las villas.

Había gujarros lanzados en todas las direcciones; las mareas abatían las verjas y devastaban el césped y los parterres de flores, a la vez que la tormenta arrancaba los árboles y lo derribaba todo a su paso.

Durante cuarenta y ocho horas, el paseo estuvo completamente sumergido; nadie se arriesgaba a ir hasta allí por miedo a hacerse daño o a ser arrastrado por las olas. El agua penetraba por las calles transversales, inundaba los jardines, los patios y los sótanos.

Al cabo de dos días, el mar se retiró y el paseo reapareció totalmente devastado, cubierto de árboles esparcidos y de todo tipo de despojos: ramas y cristales rotos, bancos y sillas hechos pedazos, y montones de gujarros por doquier.

De nuevo lucía el sol, repartiendo miles de rayos brillantes por tierra y mar.

El Mediterráneo había recobrado su tranquilidad indolente, su aspecto de moaré azulado...

Parecía pedir perdón por su humor de los días anteriores.

La bahía de los Ángeles sonreía a los ángeles. Reinaban la paz y la primavera.

Pero la paz de los hombres, esa aún no había vuelto...

Había pasado tres meses en la pensión del tal Thérive. El anuncio de su inminente clausura me obligó a buscar otra vivienda. Esta vez alquilé una habitación en un hotel situado en la parte alta.

El jardín del hotel, lleno de palmeras y adornado con bonitos parterres de flores, esparcía aromas y zonas umbrías.

Permanecería allí desde primeros de febrero de 1941 hasta el 27 de agosto de 1942, fecha fatídica.

Un ascensor llevaba, teóricamente, hasta el quinto piso. Pero había un único inconveniente: no funcionaba nunca. La dirección lo achacaba a que había que cambiar una pieza del engranaje del motor. La buscaban por todas partes, pero no había manera de dar con ella. En conclusión, había que subir a pie los cinco pisos. Cuando llegaba al último escalón me olvidaba del cansancio de lo resarcida que estaba al ver el panorama que se ofrecía ante mi vista.

El racionamiento, ya en esa época, era algo muy laborioso. Como yo misma tenía que hacerme la comida, desde muy temprano me ponía en la cola a las puertas de las tiendas o, cuando había mercado, delante de los puestos de la plaza Sainte-Hélène.

Las dos tajadas de carne semanales, el huevo mensual y las frutas y verduras me obligaban a sucesivas paradas. Provista de mi cartilla de racionamiento, cubierta con un sombrero de paja que me protegía del sol y con mis dos cestas del brazo, me hacía sitio en la fila, entre amas de casa, niños, jóvenes, viejos, gente mundana y elegante, bañistas que se habían puesto tan solo un albornoz encima de su traje de baño para ir a comprar, mujeres con dos criaturas en sus brazos, sin contar a las que se colgaban de sus faldas, a veces niños «prestados» para poder entrar en la categoría de familia numerosa

y pasar las primeras. Yo permanecía en mi puesto, con un libro en la mano, de siete a once de la mañana. Aquellas largas paradas en la misma postura acarreaban fatigas y decepciones.

Una vez comprados los artículos racionados, tenía todavía que conseguir fruta y verdura, productos sobre los que aún no se había fijado un cupo. Por orden policial, los comerciantes indicaban en un cartel, por lo general puesto delante de sus tiendas, la cantidad de mercancía que había llegado, repartida en principio según el número aproximado de sus clientes. Esta medida, lógica en sí, no estaba sometida a ningún control. De hecho, en la cartilla de racionamiento no había ninguna mención que indicara que el cliente había sido servido. «Eso sería demasiado complicado, habría que llevar una contabilidad y montar una oficina», afirmaban los tenderos, realmente agotados.

Los sisadores se aprovechaban de esto para llevar a cabo compras con cartillas repartidas por aquí y por allá a diversos familiares.

Los clientes que se volvían con las manos vacías protestaban y amenazaban con «ponerlo todo patas arriba». Sin embargo, la mayoría de las veces lo dejaban correr. La población estaba demasiado cansada por estos esfuerzos cotidianos como para ponerse a hacer una revuelta.

Más de una vez regresé con el bolso vacío, como tantos otros.

Después de la derrota, la desorganización de las vías férreas, así como la del resto de los medios de transporte, había llegado a ser absoluta. Lo mismo sucedía con el desarrollo del racionamiento.

Cuando se declaró el armisticio, las autoridades, los políticos y la prensa proclamaron que, una vez las redes de carreteras y de ferrocarriles empezaran a funcionar normalmente, Francia podría alimentar a su población con el apoyo de su imperio colonial.

Cuando la expropiación enemiga se volvió metódica, surgieron dificultades imprevistas que obstaculizaron la realización de esos proyectos.

La confiscación, por los ocupantes, del material móvil, la fragmentación del territorio en varias zonas aisladas unas de otras (las zonas «prohibidas» eran incluso inaccesibles), las dificultades para la importación de ultramar, el

bloqueo, la ausencia de mano de obra, deportada o prisionera, echaron por tierra las promesas hechas a la población francesa.

Otra consecuencia imprevista de la Ocupación: las autoridades alemanas peinaban todo el país y, gracias a su cambio tan ventajoso, pagaban a los productores precios hasta entonces desconocidos. Estas requisas directas tuvieron efectos muy graves sobre la economía del país.

Las mercancías desaparecían como por encanto. Yo misma pude observar un ejemplo asombroso.

Durante mi primera estancia en Vaucluse, se veía por todas partes mantequilla de buena calidad, quesos de los más variados, montañas de fruta, vehículos cargados de hortalizas.

A mi vuelta de Vichy, la comisión económica alemana se había establecido en Aviñón e irradiaba desde allí hacia todo el ámbito rural. No había más que colas y más colas, y los precios aumentaban sin cesar. Los campesinos y los comerciantes decían: «Nos lo compran todo a cualquier precio. Además, tenemos orden de Vichy de no negarles el género y de aceptar su papel moneda. ¡Y encima, su policía es la que nos vigila!».

La subida de precios —que la guerra ya había desencadenado— se produjo en adelante de manera vertiginosa.

Los hoteleros, los restauradores, los dueños de las pensiones y los particulares ricos se pusieron en contacto con los campesinos y los productores para ofrecerles el mismo precio que el ocupante.

En cuanto a la población, continuaba haciendo cola delante de las tiendas y de los puestos del mercado, pero se dirigía también, cada vez con mayor frecuencia, a los productores. Todo el mundo hacía sus incursiones directas en el campo.

Como ese modo de proceder estaba prohibido, la gente regresaba de sus excursiones ocultando en sus bolsos y en sus cestas la fruta y la verdura que había podido encontrar.

Para frenar la subida, las autoridades tomaron medidas desafortunadas. De tarde en tarde, gravaban con impuestos los productos, pero en vano, porque no se atacaba así el mal de raíz.

Por eso, las requisas masivas del enemigo, la falta de mano de obra, las dificultades de transporte, el bloqueo, los irrisorios impuestos oficiales y el desprecio por la normativa «legal», dictada por los ocupantes, tuvieron como consecuencia un alza desproporcionada del nivel de vida «estándar». Combinadas todas estas complejas razones, el resultado fue el mercado negro.

A la larga, se convirtió en un mecanismo plagado de astucia, de improvisación y de demostraciones de fuerza.

Fabricantes y artesanos se engancharon a la subida y se involucraron en ese sistema de intercambio. Obligaban a pagar directamente en géneros y mercancías los productos que ellos fabricaban.

Era una economía de trueque.

Se desarrollaba en una escala cada vez más amplia y equivalía, en el mercado negro, a una especie de revancha.

El mercado negro y el trueque se implantaron muy sólidamente.

Tuve entre mis manos, en 1943, un folleto clandestino sobre el racionamiento en Francia. Se decía que el 80% de la población francesa recurría a procedimientos prohibidos y que el 20% iba tirando penosamente con el sistema de cupones establecido oficialmente.

Circulaba este chiste: «¡Ha muerto Jean!» “Claro, es que estaba enfermo.” “No es eso, es que el pobre vivía solo de sus cupones”».

La propaganda alemana se aprovechó de la situación creada por la derrota, por las condiciones del armisticio y, sobre todo, por la Ocupación que vaciaba literalmente todas las reservas del país, haciendo responsables de ello a los refugiados de raza judía.

Y eso que, a finales de 1942, estos, deportados a los campos de concentración, habían desaparecido de la vida económica. Sin embargo, el mercado negro prosperaba en toda Francia.

En la zona ocupada, de donde los judíos fueron deportados desde la invasión, muy especialmente en París, estaba organizado de manera sistemática. Era una institución cuasi oficial. Jamás fue abolido por ninguna medida del gobierno.

El hotel La Roseraie debería haberse llamado El Arca de Noé.

Hospedaba a supervivientes de las más diversas nacionalidades y clases sociales. Era gente muy dispar unida por la espera común de la paz.

Mi vecina de la habitación de la derecha era una española republicana, refugiada en el sur desde hacía varios años. Salía pronto y regresaba tarde. Apenas la veíamos. Su singular palidez, que impresionaba nada más verla, se acentuaba progresivamente. Sufría de nostalgia. Solo el día que murió supimos que había sucumbido a una lenta inanición. Se había marchitado silenciosamente, sin quejarse, y sin haber pedido nunca nada a sus vecinos.

A la izquierda vivía un matrimonio judío, importantes hilanderos de Mannheim. Esperaban sus visados para Palestina, donde ya se había establecido su hija.

Cuando no estaban, a menudo el cartero me dejaba a mí los telegramas que había para ellos, y fue así como los acabé conociendo. Su cuarto estaba lleno de baúles y de maletas, todas cerradas y etiquetadas. Me dijeron en confianza que mantenían su equipaje así preparado desde hacía ya dos años. Un día, me anunciaron que se les había agotado la paciencia de esperar en Niza y que se trasladaban a Marsella, con el fin de estar cuanto antes a bordo del barco que habría de llevarlos, o al menos eso esperaban. Llegué a recibir dos cartas suyas desde Marsella. Luego, ignoro qué fue de ellos.

Al marcharse, me habían dejado todos sus utensilios de cocina: tres cazuelas, cinco platos, varias tazas, cubiertos. Este regalo me permitió invitar a algunos compañeros de hotel.

Estreché así unas relaciones que, a la larga, se convirtieron en una buena camaradería.

En mi piso vivían, además, dos estudiantes desplazados que añoraban la protección materna.

Uno de ellos, Charles Guyot, lionés, pequeño y enclenque, era espiritual hasta la médula. Se había manifestado con un grupo de camaradas contra la ocupación de Lyon y enseguida se había visto obligado a huir. Vivía en Niza bajo un nombre falso. Bromista como era, divertía a todo el hotel. El otro, Daniel Léger, protestante, era parisino, hijo de una judía rumana conversa, de la que había heredado los ojos, y de un padre francés, médico en París. El contacto con los ocupantes alemanes y su proceder persecutorio había sumido a Daniel Léger en una neurosis de la que Niza no conseguía curarlo. Vivía en

la inquietud, se creía constantemente perseguido. Buenos amigos, los dos estudiantes comían juntos en pequeños restaurantes que procuraban no repetir, buscando hallar otro mejor. Cuando regresaban al hotel, mendigaban amablemente entre los vecinos de piso algún pequeño suplemento «para ir tirando», como ellos decían. Lo cual se les concedía por todos con mucho gusto. En agradecimiento, siempre que podían aportaban algunos kilos de cebollas o de naranjas, incluso su cuartillo de vino. Sus aportaciones eran recibidas con entusiasmo: cebollas y naranjas eran muy apreciadas por igual. Nos regalaban, asimismo, uno sus ocurrencias, otro su espíritu de debate en torno a los grandes problemas, porque nos reuníamos todos para hablar de política, analizar los acontecimientos y encarar el futuro, y también para hacer una especie de tertulia literaria, en la que discutíamos sobre un libro, un poema o un concierto. Esas horas reanimaban un ambiente demasiado depresivo.

Yo compartía la «presidencia» del piso con una vienesa, Elsa von Radendorf, que ocupaba la mejor habitación del quinto. Mujer de letras, había abandonado Austria por rechazo al movimiento nazi. Lo suyo tenía mucho mérito porque ya frisaba casi en los setenta años, edad en la que las comodidades de un *home* confortable priman generalmente por encima de las consideraciones de índole doctrinal.

Siempre en movimiento, ella repartía su tiempo entre dos ocupaciones diametralmente opuestas: escribía una obra ensayística sobre el origen y la evolución del arte de los encajes, y además hacía de consejera, protectora, ama de casa y enfermera de los más jóvenes del hotel. En todo momento se podía disfrutar con ella de un vaso de vino o de licor, placer este cada vez más raro.

Intimamos. Al principio, fueron las dificultades del racionamiento las que crearon entre nosotras una comunión de preocupaciones: nos ayudábamos una a la otra y nos indicábamos mutuamente los recursos y los medios para aprovisionarnos. Luego, con el tiempo, nos reunió la amistad.

Esta dama vienesa, que vivía en el hotel desde hacía un año, me dijo que el cuarto piso estaba ocupado por polacos exiliados: una pareja de aristócratas, un actor célebre, un hombre de letras no menos conocido, un crítico de arte y dos políticos. Llevaban una vida aparte, les gustaba el debate

y elaboraban proyectos de futuro; algunos compatriotas elegantes y silenciosos tenían acceso a ese oasis eslavo, a ese piso de ensoñación y cortesía, del que nos llegaba el ronroneo de las consonantes de la lengua polaca.

El tercer piso era el de los emigrantes. Todos judíos cultos —abogados, médicos, profesores—, se pasaban el tiempo preparando su emigración ulterior. Cada vez que alguno partía, los que se quedaban se armaban de valor y esperaban su turno con renovada paciencia.

Allí se hospedaba un septuagenario que había logrado cruzar la línea de demarcación de la manera más accidentada. Había salido en compañía de su hijo, pero en el momento de llegar a la zona libre, los dos tuvieron que separarse. Cuando el anciano supo que su hijo había sido capturado y enviado al campo de concentración de Drancy, cayó en un profundo abatimiento. Los vecinos del hotel se pusieron de acuerdo para distraerlo por turnos: unos se lo llevaban al paseo, otros iban a su habitación a animarlo. Pero el señor Samuel Mendelsohn supo burlar la bienintencionada vigilancia de los que lo rodeaban y, una noche, se colgó de la ventana de su habitación. Se pusieron unos precintos en la puerta y desde entonces pasábamos deprisa por aquel piso. El final trágico de aquel vecino fue sentido por todos como un ejemplo excesivamente brutal de la suerte que podía esperarnos a cada uno de nosotros.

En cambio, el segundo piso estaba muy animado por la presencia de un príncipe hindú. Gran amante de la música y de la danza, coleccionista de discos y de libros, llenaba la planta de sonoridad y de misterio.

Al contrario que nosotros, el príncipe hindú no vivía solo de esperanzas y de porvenires. Decía que tenía una existencia rica y plena, consagrada a la belleza, a la naturaleza, a la armonía. Cortés y afable, ofrecía sus servicios a todo el mundo de una manera desinteresada, a lo gran señor.

Los demás huéspedes del piso eran excursionistas que estaban de paso, una casta especial que todos ignorábamos. La planta conservaba intacta la impronta del exótico príncipe.

El primero estaba ocupado por la todopoderosa dirección, que ejercía sobre los huéspedes una dictadura absoluta. Al lado de la dirección había tan solo un cuarto, el mejor de todos, que estaba alquilado a un personaje misterioso. Seguramente eslavo, muy rubio, de ojos muy azules y una refinada

elegancia, tenía de Narciso no solo el aspecto, sino también el alma. Estaba rodeado por una especie de corte, compuesta sobre todo por rusos blancos, entre los que predominaba el elemento femenino. Hacía actividades diversas con la ayuda de esas personas: corredor de joyas, tasador de inmuebles, propiedades, coches y todo tipo de objetos de arte. A veces organizaba ruidosas fiestas que acababan en escenas violentas.

A comienzos de 1942, una limpieza inusitada de nuestro piso, llamado *piso de las nubes*, precedió a la llegada de un nuevo e importante huésped. En efecto, cierta mañana se le asignó a un capellán una bonita habitación que daba a los Alpilles.

Llegó en bicicleta con la prestancia de un caballero. Era un hombre de unos sesenta años, alto, fornido, afable y jovial. Había sido capellán en el frente de 1914 a 1918 y, pese a su sotana, conservaba un porte militar.

Su bondad contrastaba con su aspecto marcial. Era caritativo y, aunque ante cualquier circunstancia no dejara de confiar en la Providencia, tenía por costumbre decir: «Ayudémonos y Dios nos ayudará». Y ya lo creo que ayudaba, de verdad y sin dudarlo, a todo el que se dirigía a él.

Lo conocí de la manera más original: me resbalé en un peldaño de la escalera y caí rodando hasta el rellano, en medio de las patatas que acababa de comprar en el mercado. Al oír el estruendo de la caída, mi reverendo vecino salió precipitadamente y, como buen samaritano, me ayudó a regresar a mis penates, no sin antes haber recogido lo que se había caído de mi cesta. Yo estaba dolorida y contusionada; el capellán, para quien yo no era su primer herido, me vendó el dedo magullado y me confió de inmediato a los cuidados de mi vecina vienesa.

Durante la semana que tuve que guardar reposo, él vino regularmente a interesarse por mi estado. Le profesé un agradecimiento profundo que pude manifestarle como se hacía entonces, es decir, proporcionándole bebidas calientes a lo largo de la fría estación del año.

Así transcurrió el invierno de 1941 a 1942.

Durante aquel periodo en Niza, los momentos más terribles eran los de la revisión de los documentos de identidad.

Ocho días antes de que expirase la vigencia del permiso de residencia, los extranjeros debían presentarse en la prefectura con su documentación, a la que debía añadirse una solicitud en papel timbrado.

Se ponían a la cola en el pasaje Gioffredo. Ese pasaje se beneficiaba de una singular corriente de aire, que hacía las veces de ventilador para disfrute de la gente que estaban allí parada durante horas. En cambio, en los días de lluvia y viento era un auténtico suplicio.

Llegado el momento, se entraba por hornadas de diez a quince personas para comparecer ante una chica sentada a una mesa repleta de archivadores y pilas de cartapacios. Era morena, de estatura mediana. Sus gestos eran enérgicos. Todo en ella rezumaba una seguridad que chocaba con la actitud temerosa de los refugiados.

Examinaba los papeles, interrogaba con tono imperativo, hablaba con monosílabos, tomaba notas rápidas y no respondía jamás a las ansiosas preguntas. Miraba al pedigüeño con la mirada sombría de una parca, dueña y señora de la suerte del prójimo. Cuando veía a su interlocutor particularmente abatido, humillado o tembloroso (había allí, entre ellos, ancianos o enfermos, y todos, además, incluidos los jóvenes, se hallaban más o menos desmoralizados), una sonrisa irónica se abría paso por su rostro.

Los refugiados la llamaban *la nazi* y la temían. No ignoraba ella su poder sobre aquellos miles de ruinas humanas y por eso su cara mantenía una expresión altiva.

Consultaba los dosieres y decidía con autoridad. Prolongaba los permisos de residencia por uno o tres meses, convocaba a la gente repetidas veces, les exigía algún documento suplementario, la recomendación de un francés o un certificado médico. Mientras tanto, ella retenía la documentación y la gente se la dejaba llena de temor a cambio de una especie de recibo en mano.

Con frecuencia ocurría que la documentación caducada era declarada carente de validez y se confiscaba. Resultaba entonces imposible renovarla porque las comunicaciones con los países ocupados por los alemanes estaban interrumpidas y los consulados suprimidos o ya no tenían ninguna autoridad.

Locos de nerviosismo, los interesados atestaban la comisaría para pedir consejo, indicaciones, algún apoyo, y acababan rellenando nuevas solicitudes en papel timbrado, solicitudes que eran en realidad unas súplicas. Exponían su angustia, su situación sin salida, hacían hincapié en que disponían de suficientes medios de subsistencia, o bien en que estaban gravemente enfermos, lisiados, y qué sé yo qué más.

Ante esas difíciles situaciones, unos recurrían a hombres de negocios o a asesores ocasionales, ambos corruptos las más de las veces.

Otros se dirigían a los médicos, consultaban a especialistas o acudían a cirujanos.

Una dama de nuestro hotel me dijo un día, radiante:

—Yo no tengo nada que temer. ¡Me van a dar mi permiso de residencia porque van a operarme!

Si los refugiados no lograban librarse de esas complicaciones, se hallaban inmersos en una situación irregular y expuestos al peligro de que les aplicasen medidas policiales.

Yo sufría esas tribulaciones como todos los demás. El permiso de residencia «hasta el fin de las hostilidades», que me había sido concedido en 1939, fue anulado después del armisticio: la Presidencia del Consejo ya no existía y las cartas de recomendación expedidas por sus servicios carecían de valor ante las nuevas autoridades.

Esos trámites tan penosos y extenuantes tenían a menudo su lado cómico.

Por ejemplo, con cada solicitud de prolongación de un permiso de residencia había que demostrar que se contaba con medios de subsistencia suficientes: una cuenta bancaria, un subsidio extranjero, dinero líquido... En este último caso, el interesado debía aportar su capital para enseñárselo al funcionario encargado del control. Pasaba con mucha frecuencia que la cantidad de la que unos u otros disponían no alcanzaba el mínimo prescrito. Entonces el pobre hombre pedía prestado a amigos, conocidos y vecinos para hacer la demostración de costumbre. Al salir, les devolvía el dinero a los acreedores, que solían estar a veces esperando cerca. Los funcionarios no siempre eran tan tontos. Un día, uno de ellos, muy bromista, dijo por lo bajo al refugiado que estaba contando los billetes:

—¿Su banquero le está aguardando a la salida o en el café de la esquina?

Lo dijo, al parecer, con tanta benevolencia, pues el funcionario no se tomaba estos requisitos demasiado en serio, que al refugiado se le fue el miedo.

Solucionada de una manera u otra la cuestión de los papeles en regla, entonces podíamos respirar... hasta el vencimiento siguiente.

Durante esos intervalos, cada cual llevaba una vida repleta de preocupaciones y de sufrimientos que no disipaban ni el trabajo ni la alegría.

El fondo subyacente de aquella existencia era la espera, bastidor sobre el que una esperanza cada vez más pequeña y un pensamiento cada vez más sombrío bordaban juntos arabescos nostálgicos.

Sobre esos colores oscuros destacaban a veces matices más claros, como una alegría pasajera o una emoción más dulce: la carta de los padres y de los amigos, o las noticias provenientes de Suiza, de Suecia, de Norteamérica, países milagrosos en los que la guerra no existía.

En marzo de 1942, el gobierno de Vichy decretó el censo general.

Unos folletos especiales ordenaban a la población de raza judía a estipular este origen en sus declaraciones bajo pena de prisión.

El significado de este aviso estaba claro, ya que en Alemania un censo similar había inaugurado la era de las persecuciones.

Nadie ignoraba, además, que se trataba de una medida impuesta al Estado francés por las autoridades alemanas. Las consecuencias previsibles eran evidentes.

Estábamos indecisos sobre qué actitud había que adoptar. Unos decían: «Obviamente, es posible que se persiga la omisión voluntaria de la declaración de nuestra raza, pero siempre existe también la posibilidad de que esta pase desapercibida. Eso sería la salvación. En cambio, una declaración manifiesta nos expondría con toda seguridad a toda clase de persecuciones».

Otros replicaban: «Estamos en Francia, en un país que nos ha brindado hospitalidad y protección. Tenemos hacia este país un deber de lealtad y *debemos* responder a sus exigencias. Las autoridades francesas *no tolerarán atropellos contra nosotros. Confiamos en ellas*».

En este clima de perplejidad y vacilación se preparaba el famoso censo. Finalmente, llegó el último día de la entrega de los cuestionarios. Había que tomar una decisión y actuar en consecuencia. La mayoría hizo una declaración conforme a la verdad. Yo estaba entre ellos.

Una vez terminado el censo, cada cual tuvo que depositar en la prefectura sus documentos de identidad. Ocho días más tarde, esos papeles nos fueron devueltos; en ellos estaba la indicación prevista. El servicio de racionamiento convocó, a su vez, a los afectados para tomar nota de la mención de raza. Todo el mundo estaba clasificado, marcado o, como decía la policía, «en perfecto orden». La danza macabra podía empezar.

A primeros de julio, empezaron a llevarse a cabo en París deportaciones de extranjeros de raza judía; el 15 de julio, en Lyon. Sentíamos el peligro inminente en toda Francia, pero nadie sabía con exactitud lo que convenía hacer.

Los fugitivos llegaban en masa, de todas partes, afligidos, trayendo noticias terribles.

Los refugiados que residían en los Alpes Marítimos asaltaban literalmente los consulados: el americano, el español, el suizo, el sueco... Hacían cola para intentar una gestión a la desesperada; pero la mayor parte de los servicios de visados ya no funcionaba.

Nos sentíamos aprisionados, bloqueados.

Los que habían salvado algunos bienes de sus éxodos precedentes se esforzaban en ponerlos en casas de algunos franceses. Los más precavidos buscaban un refugio. Todo el mundo esperaba ansioso, a merced de inevitables acontecimientos.

Yo había escrito a mis amigos suizos que «mi estado de salud se había agravado», lo que, según nuestras convenciones epistolares, significaba que estaba en peligro. Mis amigos contestaron que podía contar con un visado de entrada en su país.

Apoyándome en esa promesa, volví a la prefectura. Enseñé el mensaje recibido de Suiza, adjuntado junto con la recomendación de 1939, y solicité un visado de salida.

El funcionario, un joven de veinte años, después de haber examinado ambos documentos, me dijo muy educadamente, con un tono informativo:

—Lo que veo aquí, señora, es una recomendación de un gobierno de antes de la guerra que se ha revelado indigno. Ese gobierno está abolido. Ahora contamos con una nueva Francia. Los amos a los que usted ha servido ya no están.

Este razonamiento no me era desconocido. ¡Lo había oído en innumerables ocasiones! Sin embargo, esta vez protesté dando gritos:

—¡Sepa usted, señor mío, que los amos a quienes yo he servido durante más de veinte años se llaman Boileau, Molière, Corneille, Racine, Voltaire y tantos otros inmortales de su país!

Mis palabras parecieron despertar, por lo visto, algunos recuerdos escolares en mi interlocutor.

—De acuerdo —dijo en tono conciliador al cabo de unos instantes—, pondré en marcha una solicitud para usted. Su pasaporte, por favor.

Metió una hoja rosa en su máquina de escribir, deletreó mi nombre y luego lo mecanografió.

—Espero que no sea usted de raza judía... —Se echó para atrás súbitamente—. Muéstreme su permiso de residencia.

Le echó un vistazo.

—Es inútil hacer la solicitud. Tenemos órdenes estrictas de no dejar salir de Francia a los extranjeros de raza judía. Esta reglamentación será aplicada próximamente incluso a los franceses. Tenga en cuenta que ahora los alemanes son los amos —añadió en voz baja, como una confesión.

Parecía querer disculparse, y su actitud me ablandó.

Salí de la prefectura. Caminé precipitadamente. En la esquina de la avenida Gambetta me di cuenta de que seguía llevando en la mano el pasaporte y la carta de recomendación.

Me senté en un banco, metí automáticamente los documentos dentro del sobre y me quedé allí, anonadada.

El 26 de agosto de 1942 fui, como de costumbre, a hacerme con algunas provisiones. A pesar de lo temprano de la hora, hacía ya mucho calor. Me sorprendió encontrar tan poca gente en el mercado.

Después de mis compras, volví tranquilamente al hotel. Al torcer la esquina de la callejuela que daba a mi casa, solía alzar la vista hacia el quinto piso para hacerle una señal amistosa a mi vecina vienesa. Esa mañana, ella no estaba allí, pero en cambio vi en un balcón del tercero a un compatriota, Sigismond; hacía unas señas raras con los brazos. Lo observé primero divertida, pensando que debía de tratarse de una broma. Pero enseguida comprobé con estupor que aquellos gestos ¡iban dirigidos a mí!

Me paré en seco, intentando adivinar su sentido. Vi que me señalaba hacia la estrecha calle que había enfrente del hotel. Sin tratar de comprender nada más, me metí por la dirección indicada.

Al llegar a la avenida, me vi en medio de una multitud. Había varios autocares aparcados, rodeados de numerosos policías. Luego llegaron unos gendarmes empujando o sujetando por los brazos a hombres, mujeres y niños.

—¿Qué sucede? —pregunté a un camionero.

—Reúnen a los judíos —respondieron varias voces a la vez.

—Ya ve, ahora cazamos hombres —dijo un obrero con tono reprobatorio.

Una muchedumbre se amontonaba en torno a los autocares.

Después de cruzar la avenida, me dirigí maquinalmente hacia el mar. Me senté en un banco y dejé las cestas que llevaba a mis pies.

Delante de mí se extendía el Mediterráneo; detrás, ya no había salida. Permanecí allí mucho tiempo, tratando de ordenar mis ideas.

La carretera de la costa estaba desierta. Al cabo de un rato, un grupo de agentes de policía en bici llegó donde yo me encontraba. Esperé a que hubieran pasado y luego regresé a la avenida.

Los autocares seguían allí estacionados y seguían metiendo en ellos a la gente en grupos de a dos, de a tres, de a cuatro y de a cinco. Llevaban unas maletas o simplemente unos paquetes. Los gendarmes los apretujaban en los vehículos. Arrancaron dos autocares atestados de gente. Otros dos, vacíos, ocuparon su lugar de inmediato.

Por un segundo, estuve tentada de correr hacia la multitud y exclamar: «¡Llebadme a mí también, soy una de ellos!».

Un sentimiento de intensa alegría me invadió por ese pensamiento de solidaridad y de inmolación. Pero la fría lógica se impuso.

¿A quién le serviría mi sacrificio? ¿Acaso cambiaría algo? ¿Tendría alguna utilidad?

El instinto de conservación me había dominado.

La amargura de esta verdad me pesa todavía hoy y me pesará hasta el fin de mis días.

No sé cuánto tiempo estuve allí, como paralizada.

Alguien, al pasar a mi lado corriendo, me hizo tambalear.

El peligro se me reveló en toda su crudeza con un estremecimiento...

Inspeccioné la avenida, las callejuelas, las casas, las tiendas, las villas, buscando instintivamente un refugio.

Mi mirada se detuvo ante un escaparate:

MARIUS - SALÓN DE PELUQUERÍA

Había conocido a la señora Marius en una de las colas. Un día, con motivo de la distribución de alcohol de quemar, ella me había ofrecido ir a su casa para aprovechar el gas cada vez que me conviniera. Nuestras relaciones se estrecharon en torno a las cuestiones relativas al racionamiento, de vital importancia. Por mi parte, había «facilitado el acceso» a la señora Marius a una granja en la que podía procurarse frutas y verduras. Reinaba entre nosotras un cordial entendimiento. Con mucho gusto iba a pegar la hebra a casa de aquel matrimonio de treintañeros amables y simpáticos.

La señora Marius, de ojos como ascuas y largas trenzas de pelo negro, era corsa. El señor Marius, aunque meridional, tenía los ojos azules y el cabello castaño. Era de carácter risueño y de buen humor.

Con una pareja tan servicial y alegre como esta, no era de extrañar que el «salón» estuviera siempre lleno. Pese a las reducidas dimensiones del local, los clientes, la mayor parte de los cuales eran meridionales de temperamento avisado, se quedaban allí, confinados en esa estrechez, esperando que les llegase su turno sin refunfuñar, incluso hasta contentos.

La tienda era una caja de resonancia; brotaban las ocurrencias y los dobles sentidos; cada uno contaba, a cual mejor, los hechos del día, las noticias y los pronósticos.

Al encontrarme sola, en medio de la calle y en peligro, me dirigí, como empujada por una mano invisible, a casa de los Marius.

El dueño de la casa estaba parado en la puerta; debía de haberme visto, porque simplemente me dijo:

—Buenos días, señora, qué bien que haya venido a nuestra casa. ¡Pase! —Y, precediéndome, llamó a su mujer—: Francine, ven a ver qué provisiones nos trae esta mañana.

Ambos intercambiaron una rápida mirada que equivalía a un acuerdo tácito.

La dueña me deseó los buenos días, me ofreció una silla, fue a buscar a propósito la cafetera, me sirvió una taza de café y una copa de coñac, sin olvidar poner en la mesa el azucarero, que en aquel entonces era una señal inequívoca de hospitalidad y benevolencia.

—Beba —me dijo—, el café está caliente y el coñac le sentará bien.

Luego se metió en la cocina.

Después de beber, fui a llevarle las dos cestas.

—¡Lo que pesan! —sonrió—, nos vendrán de perlas a la hora de la comida.

Como en ese momento pasaban unos vecinos justo por delante de la puerta acristalada que daba al patio, ella me hizo una seña para que me metiera en el dormitorio, y allí me acurruqué.

El mosquitero rosa que había encima de la cama de matrimonio, la antigua cómoda cargada de toallas, el aparador lleno de vajilla y de tazas multicolores, las paredes decoradas con postales y fotografías de la familia, todo el conjunto creaba un ambiente tranquilo y acogedor. Por la puerta entreabierta me llegaban las voces que provenían del «salón». Hablaban de los acontecimientos del día, de la redada que había habido, pero no alcancé a discernir los detalles.

A mediodía, la dueña puso la mesa para tres. El dueño se reunió con nosotras y, sentándose a la mesa, dijo:

—Me he informado por un funcionario que conozco. Van a seguir dando caza a esa pobre gente durante varios días, luego tendrán que parar. Hay que aguantar un poco más de tiempo. ¡Así que aguantaremos! ¡Esos cabrones!

Algún día las pagarán. —Y luego, sirviéndome un cucharón de sopa, añadió —: Señora, hay que conservar las fuerzas. ¡Coma! Son tiempos duros, pero ya verá como todo pasa. ¡A su salud!

El vino era un bálsamo de júbilo en las venas del dueño. Lo ayudaba a soportar las contrariedades y las preocupaciones de la existencia.

La comida acabó en silencio. Una vez bebido el último vaso rebosante, mi anfitrión concluyó:

—Aquí está usted en su casa, es decir, en casa de buenos franceses. Nada le sucederá mientras nosotros seamos aquí los dueños. ¡Por el futuro y la revancha, que no le quepa duda de que llegarán, se lo digo yo!

Después la pareja volvió a sus ocupaciones. Yo me senté de nuevo en mi rincón al fondo del cuarto. La dueña aparecía por allí de vez en cuando para intercambiar algunas palabras conmigo.

A las cuatro, ella me trajo un tazón de café con leche. Un poco más tarde, unos amigos, prevenidos por la dueña, vinieron a verme. La dama vienesa me aconsejó no salir bajo ningún pretexto y prometió traerme al día siguiente algo de ropa y algunos objetos de aseo.

Sigismund me contó que la policía había irrumpido en el hotel a las ocho de la mañana y había arrestado a dos matrimonios israelitas; los demás, sin duda alertados, ya no estaban allí. Los policías habían dejado la lista de huéspedes de raza judía y habían ordenado a la dirección que les prohibiera el paso a las habitaciones y los condujera inmediatamente a la comisaría del barrio. Mi nombre figuraba en esa lista. En el momento en que volvía del mercado, tres gendarmes se hallaban precisamente en la puerta del hotel y, si no hubiera sido por la advertencia de mi vecino, no cabe duda de que habría caído en sus manos.

Se debatió un plan de acción y se decidió que, por el momento, permanecería escondida en casa de los Marius.

Después de echar el cierre al «salón», el dueño empezó por ubicar un colchón sobre el suelo, luego la señora Marius sacó sábanas blancas de la cómoda y cambió la ropa de su cama. El dueño se dispuso a acostarse en el suelo. Tuve que insistir e incluso amenazar con irme para que los Marius continuaran usando su propia cama.

El dueño dijo finalmente a su esposa:

—Dejémoslo, Francine, está claro que esa es su voluntad.

Entonces las sábanas blancas pasaron de la cama al colchón y este se convirtió en mi lecho.

Por la noche, escuché durante mucho rato los ruidos que venían de fuera.

Pasos precipitados, gritos ahogados, pitidos, llamadas... y luego otra vez el murmullo del mar.

Daba vueltas y más vueltas sin conciliar el sueño.

—Duérmase, señora, que buena falta le hace descansar —me dijo delicadamente la dueña, que se había percatado de mi inquietud.

Hundí la cara en la almohada para ocultar mis lágrimas. Lloraba de desesperación, pero al mismo tiempo de agradecimiento hacia esas personas infinitamente buenas que me habían acogido y salvado.

Ser consciente de haber hallado un refugio en su casa me serenó.

Agotada, acabé por dormirme.

Los dueños se levantaban descansados y listos para el trabajo, que suponía para ellos toda su vida.

Marius era un idealista que soñaba con la paz y la fraternidad universales. Le gustaban las largas pláticas sobre los problemas humanitarios. Marido y mujer eran sensibles a la miseria y a las penas del prójimo, siempre de acuerdo los dos y prestos a socorrer a los afligidos.

Me envolvieron en los más atentos cuidados.

Para distraerme, el señor Marius echaba conmigo, cada tarde, una partida de cartas que yo perdía invariablemente. Admiraba con toda sinceridad su pericia con el juego, lo que a él sin duda le encantaba. La señora Marius, por su parte, estaba muy orgullosa de su esposo.

Aquellas veladas eran verdaderamente agradables y me ayudaban a soportar, e incluso a olvidar en algunos momentos, mi trágica y peligrosa situación.

Elsa von Radendorf se dejaba caer por allí con frecuencia. Traía muy malas noticias.

La policía hacía redadas durante la noche. Se organizaban batidas en los jardines, en los parques, en las plazas, a la orilla del mar, en los bosques circundantes. Como se suponía que la mayoría de los refugiados, después de haber permanecido ocultos fuera de sus casas, regresaba a sus domicilios paulatinamente, la policía irrumpía en muchas habitaciones, sacaba a los inquilinos de sus camas y se los llevaba. Como era imposible entrar en mi cuarto del hotel y coger de allí lo que fuese, Elsa von Radendorf me trajo algunos objetos comprados de prisa y corriendo, tales como un cepillo de dientes, una pastilla de jabón, unos pañuelos, unas medias, y me prestó su albornoz. También se encargó ella de echar al correo una carta en la que, bajo nombre supuesto, avisaba a mis amigos suizos de que «estaba mucho peor».

Durante ocho días seguidos, las redadas asolaron los Alpes Marítimos. El número de personas arrestadas era considerable; se los veía caminar esposados entre policías. Agentes, gendarmes y guardias nacionales los encerraban en las comisarías, en los cuarteles y en las lonjas del mercado de la plaza Masséna. Todos esos espacios se habían adaptado apresuradamente para convertirse en prisiones provisionales.

A comienzos de octubre, la población tuvo que renovar sus cartillas de racionamiento. La policía se personaba en las oficinas correspondientes para atrapar a quienes, habiéndose librado de las redadas, acabarían por sucumbir en busca de aquellos indispensables boletos.

Pero pocos se presentaron. En cambio, se aprovechó ese momento para detener a los franceses que, por piedad, acudían a retirar las cartillas de los que estaban escondidos.

Poco después se promulgó una nueva medida: los niños judíos debían ser apartados de sus padres. Se los metía en unos camiones y se hacía añicos su documentación allí mismo. Las autoridades los marcaban con un número de matrícula.

Esta medida fue ejecutada en medio de escenas verdaderamente trágicas. Madres que se cortaban las venas, otras que se arrojaban a las ruedas de los autocares en el momento en que arrancaban llevando consigo su cargamento

dramático. En un hotel de la Costa Azul, una mujer que había escapado de las redadas se tiró por la ventana con su hijito. A ella la recogieron con las piernas rotas. El niño había muerto, aplastado por la caída.

Agentes y gendarmes se encargaban de aquella cacería con una dedicación y una actividad infatigables. Ejecutaban las ordenanzas de Vichy firme e inexorablemente. La cólera acumulada en esos esbirros después de la derrota era muy violenta y parecía que quisieran descargarla contra los más desgraciados y los más débiles. Esos representantes de la autoridad no tenían nada de heroico, ni en la tarea que llevaban a cabo ni en la actitud que adoptaban para ello.

Ese fondo de sadismo oculto que debe de haber en todo hombre sale a la luz cuando se presenta la ocasión. Bastó con darles a esos muchachos, en realidad personas apacibles, el poder abominable de cazar y acorralar a unos seres humanos indefensos para que cumpliesen esa tarea con una severidad inaudita y brutal de la que se diría que disfrutaban.

¿Cumplían órdenes o los guiaba un sentimiento de vergüenza? Los oíamos afirmar que esos procedimientos eran útiles y necesarios, porque eran una de las condiciones de la colaboración con los alemanes y en esa colaboración residía la salvación de Francia.

Las decisiones definitivas, en lo concerniente a los refugiados de raza judía retenidos, no se hicieron esperar demasiado. Durante ocho días, los amigos pudieron ir a verlos y a llevarles algunos productos de primera necesidad, y con ello un poco de consuelo. Pero un día, sin previo aviso, se los condujo a los campos de concentración franceses, desde donde fueron transportados, según las categorías, a los campos de Polonia, de Checoslovaquia y de Alemania.

Devorada por los escrúpulos, me quedé escondida en casa de los Marius; pero cada vez que yo proponía cambiar de refugio, mis anfitriones protestaban; según ellos, consideraban su deber desagraviar las injusticias de las que se habían vuelto cómplices sus compatriotas, ciegos u obligados por las autoridades que ahora mandaban.

El dormitorio del matrimonio era contiguo al salón de peluquería. Ciertos clientes tenían la costumbre de entrar allí para charlar un poco con la dueña o para darle los buenos días. Por eso, algunos de ellos me habían visto y enseguida se corrió la voz de que los Marius ocultaban a alguien en su casa.

Se había convenido que, cuando el señor Marius llamara a su mujer en voz muy alta, yo tendría que esconderme dentro de un armario.

Eso sucedió una vez a mediodía y, desde mi escondite, en el que me había metido a toda prisa, oí decir al señor Marius:

—Entre, cabo, solo tenemos la habitación y la cocina. No tardará mucho en hacer su inspección. —Luego, dirigiéndose a su esposa—: Sírvele al cabo un vaso de aguardiente, a ver si le gusta.

El cabo bebió el vaso de aguardiente y pidió disculpas:

—Imagínense, nos vamos a volver tarumbas. ¡Nos pasamos el día recibiendo avisos y denuncias! ¡Sucio oficio el nuestro, en estos tiempos! Correr en pos de gente que no ha cometido ningún crimen, se le quitan a uno las ganas de vivir. ¡Pero vete tú a decir lo que piensas! Nos detendrían en el acto. Y tenemos que alimentar a una familia. Sin rencores, ¿vale?

El cabo, después de despedirse del dueño, desapareció.

—¿Ve usted? —me dijo Marius una vez que salí del armario—, todavía hay entre esos cacho cerdos de policías algunos individuos decentes.

Fue así como supe por casualidad (porque me lo ocultaban cuidadosamente) que las viviendas de los franceses sospechosos de dar asilo a los judíos perseguidos eran sometidas a registros periódicos. La policía se presentaba en ellas de día o de noche, se metía por la fuerza si era necesario, detenía a los refugiados que encontraba allí y se llevaba consigo también a los anfitriones franceses.

Los pasquines informaban de las penas de multas y encarcelamiento que se aplicarían a los franceses caritativos.

Yo había rogado a unos amigos que averiguasen de algún refugio para mí en los alrededores de Niza. Al sopesar el peligro que los Marius corrían por darme cobijo, entré en un estado de enorme intranquilidad. Me sentí muy aliviada al saber una mañana que una dama francesa de buena familia se había declarado dispuesta a alojarme en un castillo situado en la montaña, a unos veinte kilómetros de Villefranche.

Mis anfitriones protestaron. Sin embargo, ante mi firme decisión, apoyada por mi amiga vienesa, el señor Marius aceptó que me fuera, pero a condición de que él viera previamente a mi nueva hospedadora. Se decidió que la señora del castillo en persona vendría a buscarme a casa de los Marius el domingo siguiente.

A resguardo en un refugio cálido y dulce, rodeada de una bondadosa protección, esperaba inquieta la segunda etapa de mi extraordinaria aventura, casi medievalesca.

Durante los dos últimos días que pasé en casa de mis amigos, estos se esmeraron en mimarme. La señora Marius salió de expedición donde los campesinos y trajo algunos huevos, imposibles de encontrar en Niza, y también limones. Gastando de su propia reserva de harina, mi anfitriona hizo una hermosa tarta en mi honor.

Al mismo tiempo, Elsa von Radendorf llegó triunfante; por fin había logrado entrar en mi habitación del hotel y sacar un vestido, zapatos, un abrigo y algo de ropa interior de repuesto.

Mi vecino de piso, el estudiante lionés Charles Guyot, me recomendó que buscara consejo en el oficial de paz,* ya que nos conocía personalmente. Natural de Alsacia, este último detestaba al ocupante. Acababa de estar con Guyot; yo misma me había encontrado con él muchas veces y me había garantizado que podía contar con su apoyo en caso de complicaciones. Como no me atrevía a emprender mi desplazamiento con un permiso de residencia caducado y llevando a costas el estigma peligroso, opté por seguir el consejo de mi joven vecino. Le escribí una nota al policía. Confiaba en que se acordara de mí a la vez que le exponía mis dificultades.

Un amigo de los Marius se encargó de llevar la misiva. Con una impaciencia febril, esperé el resultado de aquella gestión. El dueño no hacía más que ir y venir hasta la puerta para ver si regresaba el mensajero. Este no llegó hasta por la tarde, y muy enfadado. Nos contó que, una vez entregada debidamente la carta a su destinatario, este lo empezó a interrogar sin la menor cordialidad. Lo primero que hizo el oficial de paz fue pedirle la documentación y, después de verla, le dijo:

—¡Pero bueno! ¿Cómo es que usted, todo un antiguo combatiente del 14, se compromete de esta manera con asuntos ilegales y contrarios a las decisiones de nuestro gobierno? —Y concluyó dándole este consejo—: ¡Ni se le ocurra volver a hacerlo!

Al principio me resistí a creer lo que estaba oyendo, pero la descripción que el mensajero me hizo del hombre que le había interrogado correspondía punto por punto a los rasgos de nuestro susodicho buen camarada. Finalmente, me sentí feliz de no haber salido malparada de tan inoportuna gestión.

VII

EN ALGÚN LUGAR DE LA MONTAÑA

Llegó el domingo siguiente y, con él, la señora del castillo para llevarme a su residencia, cerca de Villefranche. Era una mujer de cuarenta y pico años, aspecto masculino, mirada fría. Nos contó que tenía dos hijos. La propiedad, muy hipotecada, pertenecía a unos amigos que residían en París; se la habían dejado en usufructo por veinticinco años, a cambio de que ella corriera con los gastos de mantenimiento e impuestos.

Nos hizo partícipes de sus opiniones políticas y de su rabia contra los alemanes, y manifestó su satisfacción de poder acudir en ayuda de «una perseguida». Afirmaba que no lo hacía por interés, pero contaba con poder sacarle alguna ventaja a ese hospedaje, ya que los tiempos eran difíciles. Nosotros le expusimos la situación y le ofrecimos un precio por el alojamiento que equivalía al de un hotel de lujo en el paseo de los Ingleses. En cuanto a la comida, dejó claro que mis amigos eran quienes debían encargarse de procurármela. En la negociación intervino el señor Marius, quien, aunque no parecía muy entusiasmado con la señora, aceptó todas sus condiciones. Prometió, además, aportar dos paquetes de cigarrillos a la semana, ya que la señora del castillo, durante la conversación, había dado evidentes muestras de ser una fumadora empedernida. Era un regalo de mucha calidad, habida cuenta de que el tabaco estaba muy racionado y solo los hombres se beneficiaban de él.

Por tanto, nos pusimos de acuerdo en todos los puntos.

Procedí, entonces, a disfrazarme: una falda holgada, unas zapatillas de felpa, un delantal y, para la cabeza, una pañoleta de campesina que me llegaba hasta los hombros. Llevaba una cesta en el brazo con algunas provisiones. Mis

objetos de aseo fueron directamente enviados a la señora del castillo para evitar sospechas.

Salimos hacia las seis de la tarde. Después de una emocionada despedida de los Marius, fui siguiendo los pasos de mi guía.

Nos subimos a un tranvía. Este nos llevó hasta la plaza Masséna. Allí debimos esperar tres cuartos de hora antes de tomar el autocar que paraba a las afueras de Villefranche. La señora aprovechó ese tiempo para visitar a alguien por esa zona, y me dejó sola en la parada.

Por allí pasaban muchos policías y gendarmes a pie o en bici. De repente, por delante de mí, pasó un joven a todo correr, acuciado muy de cerca por dos policías. Lo prendieron y le pusieron las esposas. Lo vi marchar entre los dos agentes, con la espalda curvada, la cabeza gacha y el paso vacilante. Desapareció al torcer la esquina de una calle...

Cuando la señora volvió, me parecía mentira que yo aún siguiera allí: en mi mente, yo iba detenida al lado de ese joven judío que acababa de ser alcanzado por su destino.

El autocar trepaba lentamente por las colinas. Mientras mi anfitriona, muy parlanchina, me ponía al corriente de la historia del castillo y me hablaba de la vecindad, yo seguía con la mirada el magnífico panorama de los Alpilles, que hasta ahora no había contemplado desde aquella vertiente: campos, bosques, aldeas pegadas a laderas reverdecidas.

La señora pasó a expresarse amargamente al hablar de sus vecinos y se quejaba de su egoísmo.

—La comarca está habitada —decía ella— por muchos obreros. Estoy rodeada de malevolencia, porque la mayoría de los que viven por aquí son comunistas. Y la policía local, lo mismo.

Al escucharla me invadió cierta inquietud: me dio la impresión de que mi anfitriona estaba en contra del universo entero.

Nos bajamos en la plaza del Ayuntamiento, justo enfrente de la gendarmería. En las paredes de ese edificio se podían leer los bandos, un tanto ajados, relativos al censo y, más recientes, los que prohibían dar alojamiento a los judíos. Para llegar al castillo había que subir a pie unos cuatro kilómetros. Mi hospedera me recomendó que recorriera sola y sin prisas esa distancia hasta llegar a un cruce, para evitar que se nos viera juntas.

El camino peatonal estaba labrado en roca viva y había que trepar por numerosos terraplenes. A lo largo de toda esa ascensión había casitas y cabañas construidas un poco a la buena de Dios. Por un lado y por otro se alzaban casas de campo; más a lo lejos se veían pequeñas masías, rodeadas de olivos y de palmeras.

Yo avanzaba lentamente y me iba parando para admirar el paisaje.

Por fin llegué al cruce indicado, en cuyo centro había una fuente. En cuanto se reunió conmigo, le dije a la señora que, de camino, había sido vista por la buena gente del lugar que estaba en la puerta de su casa, e incluso me habían dado amablemente las buenas tardes. Ella me tranquilizó: eran muy frecuentes las visitas en esa comarca y, además, no pasaba un domingo sin que ella misma recibiera en su casa a gente de Niza.

El castillo se hallaba sobre un mar de césped que abría una oquedad profunda en la espesura. El edificio necesitaba con urgencia una restauración, pero era de líneas muy nobles.

Me presentó a sus hijos: una joven rubia, de veinte años, cordial y dulce, y un muchacho que podía tener dieciséis.

Habían previsto alojarme en una habitación decorada con dos hermosos tapices gobelinos. Cuatro grandes balcones daban a los Alpes. Pero en cuanto caía la noche, unas sombras tan espesas rodeaban del castillo que me apresuraba, ansiosa, a cerrar los postigos y a dar la luz.

Desde el mismo día siguiente al de mi llegada, provista de un delantal de la señora, unos zuecos y un sombrero de paja, me metí en el huerto a recoger verduras. Limpié de piedras un terreno que la señora tenía el propósito de cultivar y, a continuación, las llevé en una cesta hasta el sitio que me habían indicado.

Mientras tanto, mi anfitriona y su hija no paraban de rajar. Pasadas las horas de más calor, traíamos agua de un depósito y regábamos. El muchacho, con unos guantes especiales, limpiaba de orugas los árboles y arrojaba los insectos a una hoguera a puñados. Me llamó para enseñarme las contorsiones de los bichitos entre las llamas.

Pasaron varios días, silenciosos y tranquilos. Creía estar en el quinto pino y protegida para siempre. Pero un sábado, al regresar de la ciudad adonde había ido a buscar pan, el muchacho contó que se había cruzado con

uno de los tres gendarmes de la localidad y que le había dicho, en voz baja, que se pasara por la gendarmería. Lo hizo media hora más tarde. Allí le dijeron que corría el rumor por el pueblo de que en el castillo vivía una extranjera. Si era así, aún no se había presentado a declarar ante la policía. El funcionario concluyó:

—Mi compañero y yo nos pasaremos por allí a hacer una inspección el lunes por la mañana. Sería preciso que la persona en cuestión se hubiera marchado ya para entonces.

Perdiendo literalmente la cabeza al escuchar el relato de su hijo, la señora manifestó que yo tenía que salir de allí inmediatamente. Le pedí un margen de veinticuatro horas por lo menos, el tiempo necesario para avisar a mis amigos de Niza, con objeto de que me procuraran otro refugio. ¿No se daba cuenta del riesgo que yo corría de ser arrestada y deportada si bajaba a la ciudad?

Le supliqué a su hijo que llevara dos cartas, una a los Marius y otra a mi vecina del hotel.

Se puso en camino y regresó por la noche, anunciándome que el señor Marius iba a hacer todo lo que estuviera en su mano y en breve subiría hasta el castillo.

Después de cenar, la señora vino a verme a mi habitación. Me dijo que había tenido una conversación con su hijo, «el hombre de la casa». Me dijo que ella no había sido consciente del peligro al que se exponía al darme cobijo. Conociendo las sospechas de la policía hacia su persona, no cabía esperar más que graves complicaciones. La tranquilicé diciéndole que el gendarme, por propia iniciativa, le había mandado una especie de aviso. Pero para ella todo era una trampa de la policía.

Se decidió que yo me instalara en el bosque contiguo al castillo, donde ella me prometió hacerme un escondite seguro. Hasta allá fuimos, cargadas con unas mantas y un cojín. Al llegar ante una pequeña quebrada, la señora arrancó unos helechos y los colocó de modo que pudieran ocultarme.

Me quedé sola.

Me había llevado un libro y traté de leerlo. Pero no podía concentrarme. Un silencio confortable me rodeaba, interrumpido por los últimos cantos de los pájaros y por el zumbido de los insectos. Escuchaba y veía la noche

descender en el bosque; los postreros rayos de sol doraban las copas de los árboles; llegaba un rumor de voces desde algunas viviendas lejanas; el piar de los pájaros se extinguía paulatinamente.

Cayó la noche y me arrojé como en un sudario. Turbaban el silencio ruidos leves, apenas perceptibles: hojas, ramitas, piñas que caían de los árboles. Un pájaro rozaba una rama con su ala, un insecto trepaba por el tronco de un árbol y volvía a caer al suelo. El viento parecía susurrar en el follaje. Todos esos ruidos adquirirían para mí un significado inquietante. El ladrido de un perro en una granja ignota se me volvía casi una voz amiga.

De repente, el frío se apoderó de mí y me tapé tiritando con el abrigo y las mantas. Procuré dormir, pero fue inútil. Buscaba pensar en algo que me reconfortara. Pero ¿en qué? Mi adorada madre estaba muy, muy lejos; no tenía noticias de ella ni de mi familia desde hacía dos años; el mundo entero se desangraba por la guerra. Por todas partes, duelo y desesperación. Pensaba en los Marius, en mis amigos suizos, en mi hermana ya fuera de peligro. Su recuerdo me devolvió la serenidad.

Me quedé largas horas así, mirando la oscuridad. Aquella noche me pareció eterna.

Por fin, unos arabescos de tinte rojizo aparecieron en el cielo. Noté en mi cara la suave calidez, muy ligera aún, de los primeros rayos del sol. Mi pelo estaba húmedo de rocío y me dolía todo el cuerpo por haber dormido en el suelo.

Amanecía. Ahora la escarcha centelleaba sobre cada rama y sobre cada brizna de hierba. La pálida claridad de la aurora dio paso a una luz brillante. Uno, diez, cien, mil trinos de pájaros se amplificaron en un canto matinal.

El día había llegado. Olvidé mi angustia. Lo admiraba todo.

De golpe, el miedo me embargó. Alguien caminaba por el sendero. Se acercaban unos pasos pesados. ¿Huir? ¿En qué dirección?

Enseguida apareció una vieja entre los árboles. Me aplasté contra el suelo, pero ella ya me había visto.

—Buenos días —me soltó alegremente—, veo que todavía se hacen acampadas, pese a lo avanzado de la estación. ¡Hoy será un día hermoso!

Y pasó de largo.

Poco después, la hija de la señora del castillo vino hasta donde yo estaba. Parecía feliz de encontrarme y me dijo que no había podido dormir en paz pensando en mí y en mi aislamiento. Inmediatamente la informé de que una mujer de los alrededores me había pillado por sorpresa. Corrió a prevenir a su madre y las dos volvieron al poco rato.

—¡Qué fastidio! —exclamó la señora, irritada—. Si llego a saber todos estos inconvenientes, jamás habría aceptado este encargo, ¡ya lo creo que no!

En el centro del bosque había una cabaña, la antigua morada de un guardabosques, utilizada ahora para guardar herramientas de jardinería y muebles rotos, entre los que se contaba una cama plegable.

Hasta allí me condujo la señora.

Yo estaba helada. La chica me pasó una jofaina con agua caliente para asearme, así como café y un poco de pan. Le quitó el polvo a la cama plegable rápidamente y fue en busca de un colchón que cubrió de mantas.

Como yo no dejaba de tiritar, se apiadó de mí y me ayudó a acostarme vestida. A continuación, cerró la cabaña con llave con el fin de que, en el caso de batidas, no la encontrasen abierta; luego se marchó prometiéndome que regresaría.

Me llevó mucho tiempo tratar de entrar en calor. Finalmente, me dormí, agitada por las pesadillas.

A mediodía, oí un ruido en la cerradura, la puerta se abrió y, cual ángel de la guarda, apareció el señor Marius. Venía de hacer todo el recorrido en bicicleta y estaba empapado porque le había pillado un chaparrón. Me contó que, después de haber recibido mis provisiones para toda la semana, incluidos los dos paquetes de cigarrillos, la señora del castillo le había avisado de que me tenía que marchar inmediatamente.

—¡Joder! —juró él, aplastando con el tacón dos grandes arañas que corrían por el suelo—, ¡en menudo castillo has venido a dar!

Sentado sobre una silla vieja, me dijo que había hecho una ronda con los amigos de fiar, pero en todas partes había problemas. Cuando no era porque unos vecinos aprobaban la «colaboración», era porque había un hijo en la familia que servía en la policía. Me propuso, entretanto, volver de nuevo a su casa.

Enseguida fue a hablar con la hospedera y se determinó que pasaría una noche más en la cabaña, la cual habría que barrer y limpiar, y que definitivamente me iría de allí al día siguiente por la tarde. Él mismo se encargó del alquiler.

Todo el racionamiento de la semana, carne, vino, diez kilos de patatas, así como los cigarrillos, quedó en poder de la familia como compensación.

Marius me confesó:

—Les molesta verla marchar por todo lo que usted les aportaba, pero al mismo tiempo tienen miedo de seguir escondiéndola. Me da a mí —añadió entre risas— que lo que les encantaría sería que usted siguiera pagándoles el alquiler y proporcionándoles las vituallas del racionamiento... pero sin tener que estar en su casa. ¡Esa sería la mejor solución!

Me invitó a dar con él unos pasos por el bosque para moverme un poco. Durante ese corto paseo, no dejó en ningún momento de animarme.

Cuando se fue, hice votos, en efecto, para que todo pudiera arreglarse. De vuelta en la cabaña, me puse a leer. Por la noche, el gato de la casa, *Noiraud*, vino hasta allí y la chica lo encerró conmigo para que me hiciera compañía.

Al día siguiente me levanté con renovadas energías. Y bien que las necesitaba, pues bajar hasta el pueblo y pasar por delante de la gendarmería para coger el autobús que había de llevarme a Niza constituía un auténtico peligro.

Muy temprano, aparecieron por la cabaña la señora y el muchacho. El hijo me preguntó si podían contar con mi lealtad; temía que, en caso de que me arrestaran, delatase el lugar de mi último refugio. Insistieron una vez más en el peligro que suponía la visita del gendarme. Pedí algo con que escribir y redacté una carta a la señora, en la que le explicaba que, sin haberla informado previamente de mi raza, me había aprovechado de su hospitalidad para buscar una guarida en el castillo, y que dejaba la casa a sus espaldas para evitarle inconvenientes.

Hecho esto, me permitieron pasar el resto de la tarde en el castillo.

Hacia eso de las cinco, me puse de nuevo mi disfraz. Aviada con una lata con leche y una cesta llena de tomates, me puse en marcha por la carretera nacional.

En el cruce, cerca de la fuente, vi a la señorita Yvonne, la hija de la señora, que parecía estar esperándome.

—Señora, permítame acompañarla un rato.

Y, yendo a mi paso, prosiguió:

—No he ido a despedirme de usted con mi madre, no quise asistir a todas las odiosas advertencias con las que mi hermano insistía en abrumarla. ¡Le ruego, señora, que perdone a mi madre! ¡Está muy influenciada por su hijo! Él es joven, todavía puede cambiar cuando la vida vuelva a ser normal, ¿no es así? ¡Dios mío! ¿Qué debe de pensar usted de nosotros? ¡Estoy tan avergonzada! ¡Soy francesa, me horroriza la cobardía! He sido educada en un convento. ¡Somos cristianos! ¡Quién lo diría! —Emocionada y casi sin aliento, se detuvo—: Señora, déjeme que la abrace. —Me rodeó con sus brazos—. Me habría gustado acompañarla hasta Niza para estar segura de que no le pasaba nada, pero se darían cuenta de mi ausencia y entonces esto no acabaría nunca.

—Buena suerte, señorita Yvonne, jamás olvidaré su amabilidad conmigo —le dije abrazándola yo a mi vez.

Aceleré el paso y me volví hacia la joven solo un momento para hacer un último gesto de despedida; ella estaba allí, sin moverse, siguiéndome con la mirada.

Caminé deprisa, con los ojos y los oídos muy atentos y con los nervios a flor de piel, pero me invadía la alegría al revivir la despedida de aquella muchacha francesa.

Delante de mí, una vista maravillosa: peñascos áridos y pelados por un lado, montañas verdeantes por otro, inmensos campos de flores, de olivos, de palmeras, de limoneros y de naranjos; toda la generosa flora del sur. ¡Dios, qué hermoso era aquello!

Las carreteras sinuosas de curvas fantasmales que atravesaban campos, praderas y cultivos parecían cintas blancas cuyo objetivo era realzar la belleza del decorado.

El aire de la campiña llenaba mis pulmones, el sol me calentaba con el tibio calor del otoño.

*A quien Dios quiere mostrar sus maravillas
lo envía por montes lejanos...*

Andaba al ritmo de mi canción, a medida que me acercaba al pueblo. Entonces, aminoré la marcha para echar un vistazo a mi alrededor: aquella era la carretera que iba hasta Niza, y la policía ponía controles continuos.

Quedaban quinientos metros. Me detuve. A lo lejos apareció un punto. Se acercaba a toda velocidad. No había duda posible, era una motocicleta. Aceleré de nuevo el paso para no llamar su atención, no fuera a verme caminar con titubeos, y avancé hacia la moto, en la que ahora relucían todos sus cromados metálicos.

Oía cómo me latía el corazón e intenté tragar la bola que sentía en la garganta.

La máquina crecía rápidamente. Estaba a mi altura. El ruido del acelerador... Pero cuando me quise dar cuenta, ya se había alejado...

¿Quién es esa mujer disfrazada que camina con paso alegre cantando a media voz una melodía de su infancia?

Yo, yo soy esa campesina con zuecos que canturrea al ritmo de sus pasos por la carretera inmaculada de un país maravilloso.

VIII

DE REGRESO EN NIZA

Era domingo. Mucha animación por los caminos y las carreteras. Al llegar al pueblo, en lugar de esperar el tranvía en la parada principal, seguí hasta la siguiente. Evité así la gendarmería y me hallé en campo abierto. ¡Problema imprevisto! El pequeño tranvía iba repleto y no se detuvo en ese apeadero. Solo pude subirme en el siguiente. Hube de aguardar media hora de inquietud al descubierto en la carretera. Pero no tuve miedo.

A la entrada de Niza había un fielato cuyos funcionarios se dedicaban a inspeccionar los paquetes y las cestas; esta formalidad me puso muy nerviosa, y eso que en realidad no llevaba conmigo ningún alimento racionado.

Me bajé en la parada de la plaza Masséna, donde el señor Marius debía venir a buscarme hacia las siete. En mi apresuramiento, había llegado a la cita con tres cuartos de hora de antelación. Automáticamente, me puse a contar los policías que pasaban a pie, en bicicleta y en moto por la plaza. Había llegado a veintiocho cuando por fin vi la bici de Marius. Me hizo una señal para que lo siguiera y torció por una calle transversal, donde me reuní con él. Empujando su bicicleta y caminando junto a mí, me aconsejó tomar el tranvía e ir a su casa; una vez allí, debía entrar por el patio, después de cerciorarme de que no había nadie cerca de la puerta. Además, mi disfraz me hacía irreconocible, por lo que podía ir resueltamente. Ni siquiera él mismo me había reconocido al principio.

En cuanto crucé el umbral de los Marius, me poseyó un sentimiento de seguridad absoluta. Temores y peligros pasaron al olvido y desapareció como por encanto esa tensión permanente en la que me hallaba.

Me puse a contar mi odisea a la señora Marius y recuperé el buen humor al oírla reír a carcajadas ante mi descripción de la castellana y de su hijo.

Luego, nos sentamos a la mesa. El señor Marius nos explicó su nuevo hallazgo: una joven costurera que trabajaba en unos grandes almacenes de confección realquilaba un cuarto en su pequeña vivienda. Precisamente ahora esa habitación estaba libre, podía, pues, darme cobijo. Pero había un inconveniente: la joven recibía a amigos, permanentes y ocasionales. Era un engorro, pero, después de reflexionarlo bien, se había decidido a contármelo porque esa solución era enormemente ventajosa. La interesada se había mostrado encantada por ese golpe de suerte. El hecho de que su vivienda tuviera, por así decir, un carácter «escasamente público» permitía suponer que, por el momento, no estaría entre las que investigaba la policía. La señorita Marion —tal era su nombre— debía pasar esa misma noche para saber mi respuesta.

Marion era una mujer de unos treinta años, alta, delgada, elegante. Su pelo y sus ojos eran negros; su gran boca, sensual; su belleza ligeramente vulgar le confería un singular atractivo.

Pidió por la habitación el mismo precio que la señora del castillo y lo aceptamos por ser justo.

Quise irme ya con Marion esa noche, pero los Marius decidieron que, por razones de seguridad, más valía esperar al día siguiente. Acompañada por la señora Marius, salí de casa a las cinco de la mañana, cuando la policía no se había puesto todavía en acción.

Marion tenía su piso en los alrededores de la estación del Sur, en un edificio nuevo con todas las comodidades modernas del que se sentía muy orgullosa. Dos ventanas daban a la calle y una tercera a un pequeño patio. Me instaló en la habitación de atrás. Esta contenía un diván tapizado con motivos vegetales y una mesita con dos taburetes; en las ventanas había cortinas con unos dibujos abigarrados. Encima de los cristales había puesto unos visillos con el fin de evitar la curiosidad de los vecinos. Cuando quisiera ventilar la habitación, debía acercarme de rodillas y, en esa postura, alargar el brazo para tirar del cordón. Una alfombra de estilo turco, comprada a un moro, completaba la decoración.

Una vez instalada, supe que había otros inquilinos: tres gatas y un gato. Marion adoraba los gatos, pero no quería que entraran en el «salón» que servía al mismo tiempo de dormitorio. Así que la familia felina se hallaba relegada en la habitación realquilada. Marion me aseguró que, hasta la fecha, ningún inquilino había puesto la menor pega a esa cohabitación.

Me gustara o no, mi situación tan especial me obligaba a seguir la tradición de mis predecesores.

Y, aunque los gatos me gustaban, los habría preferido en un número menor.

Por tanto, dormía con mis acompañantes, uno en mi hombro, otro cerca de mi cabeza y los dos restantes a mis pies. El menor movimiento de mi brazo o de mis piernas era interpretado como una invitación a jugar al escondite y, a veces en plena noche, mi cama era un teatro de saltos y brincos que acababan con mi tranquilidad.

Como consecuencia de esa cohabitación, mi cama y mi ropa estaban cubiertas de pelos y, ay, también de pulgas. Mi higiene personal era insuficiente para librarme de esa plaga. Tuve que rogar a los Marius que me compraran unos polvos insecticidas apropiados para gatos y un cepillo especial para atacar el mal de raíz, lo cual me permitió limpiar a fondo a mis cuatro compañeros. Marion fue muy sensible a mi entrega, un poco a la fuerza, y, por consiguiente, al hecho de que desde entonces todos los gatos me profesaron un gran cariño. ¡No me dejaban ni un minuto!

El timbre sonaba con mucha frecuencia en casa de Marion. Sus visitas llamaban todas de manera distinta, de uno a seis toques, con diferentes ritmos. Esos timbrazos me sobresaltaban, especialmente cuando estaba sola. Excuso decir que yo me abstenía de ir a abrir.

Mi habitación, por fortuna, estaba separada del resto de la casa por un pasillo y una tupida cortina. Podía leer y escribir a mis anchas sin que ese vaivén me molestara demasiado.

Cada día, uno de los Marius venía a traerme la comida. A una hora fija, yo iba a la cocina, de una limpieza ejemplar por cierto, y me disponía a comer algo. Nos sentábamos las dos a la mesa, rodeadas de gatos que ronroneaban y buscaban pillar algún trozo goloso de nuestros platos.

A Marion le gustaba el dinero, pero, como bien explicaba ella, era por su «experiencia de la vida y de la perfidia de los hombres». Me contó su pasado, sus sacrificios y sus sinsabores. Tenía buen corazón, pero era una chica débil de carácter. Pese a la simpatía que me demostraba, enseguida se dejó atrapar por nefastas influencias.

Una tarde estaba yo escribiendo una carta a la señora de Radendorf, quien, desde mi último acomodo, había dejado de visitarme para no llamar la atención. Marion entró en mi cuarto y, aproximándose mucho, me susurró:

—En la puerta hay un individuo de la policía. Quiere hablar con usted particularmente. ¡No vaya usted a creer que me ha entrado el canguelo al verlo! He negado su presencia, pero me ha dicho que estaba al corriente y que tan solo quería avisarla.

Sin esperar mi respuesta, Marion se marchó y dejó entrar a un hombre de entre veinticinco y veintiocho años.

—No tema nada —me dijo con una amplia sonrisa mientras se acercaba un taburete para sentarse—. Acaban de desmovilizarme —empezó—; estaba en la marina y me han metido por ahora en la policía secreta. Actualmente mi misión consiste en buscar a los refugiados que se esconden. Desde hace un tiempo sigo su pista y por fin he dado con usted. Pero, como es mujer, me ha dado pena. Estoy dispuesto a callarme... Ya sabrá usted probablemente lo que un silencio así significa, ¿no? Puedo ser castigado por ello, incluso encarcelado. Usted ya me entiende, ¿verdad?

—¿Desea una compensación? —le pregunté yo.

Separó los brazos:

—Arriesgo mucho, señora.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Siete mil —contestó lacónicamente.

Esa cifra me chocó. Era exactamente la suma que acababan de ofrecerme tres días antes por mi máquina de escribir. (Mi máquina estaba confiscada en el hotel por orden de la policía, junto con el resto de mis efectos personales. Un inquilino, por medio de algunos amigos, se había ofrecido a comprármela, ignorando que ya no obraba en mi poder.) Marion estaba al corriente del asunto. Me sorprendió la coincidencia y, por un instante, la idea de una complicidad mutua cruzó por mi cabeza.

Hubo un momento de silencio. Tuve que hacer un gran esfuerzo para levantarme. Acercándome a la puerta, la abrí y llamé:

—¡Señorita Marion!

Ella estaba justo al lado de mi habitación.

—Marion —le dije—, han descubierto mi escondite. Tarde o temprano iba a ocurrir. Tráigame mi abrigo y mi chal. Voy a acompañar al señor a la comisaría.

—Pero vamos, ¿qué dice, señora? —exclamó ella—. Este señor lo arreglará, no tiene usted que perderse ni a nosotros con usted.

—Este señor no tiene nada que temer —la tranquilicé—, solo está cumpliendo con su trabajo. Le darán la recompensa habitual. Cada denuncia reporta una prima.

—¡Y yo que la he ocultado y la he cuidado! —exclamó desesperada.

Cuando ya me acercaba a la puerta, ella me cogió por la manga. Me aparté con asco. Entonces, volviéndose hacia el falso policía, le suplicó:

—¡Louis, venga, impídeselo!

Y rompió a llorar.

El joven la empujó, llegó hasta la puerta y bajó los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro.

Era de prever que se dirigía a denunciarme.

Le dije a Marion que tomara el tranvía y fuera a preguntar al señor Marius qué debía hacer yo. Se fue corriendo a toda pastilla.

No tardó en hacerse evidente la complicidad de la chica, al no aparecer por allí ningún policía. Era obvio que el famoso detective se había contenido.

Era noche cerrada cuando regresó Marion. Me traía un mensaje de Marius en el que me decía que fuera a su casa esa misma noche, en cuanto se apagaran las luces, acompañada por Marion.

Las dos nos quedamos sin decir ni una palabra esperando que dieran las diez. Los gatos daban vueltas a nuestro alrededor, buscando mimos y caricias. Parecían querer reanudar los lazos que las semanas de vida en común habían forjado entre nosotros y que la debilidad de su dueña acababa de romper tan lamentablemente.

Cuando, a eso de las once de la noche, llegamos a pie y entre tinieblas, los Marius nos esperaban con impaciencia. El dueño le pidió a Marion que se quedara con su mujer hasta que él volviera.

Salió conmigo y, sin decir ni una palabra, me condujo hasta un pasaje cercano, donde se dirigió en voz baja a una silueta que estaba parada entre las sombras.

—Buenas noches, señora, nos hemos retrasado. Ya le explicaremos luego por qué. Es muy amable de su parte habernos esperado. —Luego se volvió hacia mí—: Siga a esta dama, volveremos a medianoche.

Me puse a caminar en silencio detrás de la mujer, la cual avanzaba con pasos amortiguados por sus viejas zapatillas. Torcimos así por un par de esquinas y entramos en una casa. Mi nueva anfitriona prefirió no encender el interruptor y debimos subir la escalera con la tenue luz de nuestras linternas. Al llegar al tercer piso, abrió una puerta y me dejó entrar la primera. Di la luz y... ¡allí estaba una de mis mejores conocidas, la señora Lucienne!

Mi sorpresa fue enorme. Nos abrazamos. Luego me llevó a la habitación que había previsto para mí.

Yo debía de haber cogido frío, porque empecé a tiritar y a castañetear los dientes. La señora Lucienne me ayudó a desvestirme, me dio un camisón de lana y me preparó enseguida una bolsa de agua caliente y una tisana.

Hacia medianoche, alguien llamó suavemente a la puerta. Eran los Marius. Me deshice en lágrimas ante esas personas que me demostraban tanta bondad. Mis decepciones y mi amargura desaparecieron, desplazadas por un inmenso sentimiento de gratitud. También ellos parecían conmovidos, pues si la alegría de ser salvado es grande, la de socorrer a un ser humano en la desgracia debe de ser mayor, sin duda, en los corazones de buena voluntad.

Charlamos un rato, hicimos planes y aquella noche dormí con toda placidez.

La señora Lucienne había sido durante veinticinco años enfermera en un hospital de Marsella, al que se había entregado en cuerpo y alma. Gracias a su pensión, se había retirado en Niza, lugar de sus sueños, donde, con unos poco ahorros, había podido jubilarse modesta pero cómodamente. Había acondicionado su casa con todo lo que no había podido disfrutar durante el cuarto de siglo de su duro trabajo. Tejidos alegres, cojines abundantes y

baratijas divertidas hacían muy agradable la decoración; en dos jaulas o revoloteando por la habitación había colibrís de vivos colores, canarios, periquitos, un loro parlanchín de plumas verdosas, un mirlo e incluso un gorrión herido, recogido por piedad.

Delante de las ventanas, en su interior, sobre las mesas, en numerosos jarrones, en fin, por todas partes, había infinidad de flores. El piso estaba repleto de aromas, de cantos y de alegría.

La señora Lucienne, alta, robusta, muy morena, con unos preciosos ojos castaños, vestía con colores llamativos, pendientes alargados, grandes y notorios broches, y en siete de los diez dedos llevaba sortijas con piedras brillantes.

Viuda de un primer matrimonio, se había divorciado dos veces después. Los hombres, solía decir, la decepcionaban.

La había conocido tiempo atrás en el pequeño restaurante al que yo iba. Ella, de color, y yo, toda de negro, habíamos sentido una singular simpatía recíproca.

Su larga carrera administrativa le había moldeado un alma de funcionaria. Solo daba credibilidad a la autoridad o a los reglamentos oficiales. Respetaba a la policía, la creía dedicada exclusivamente a la represión del crimen y a la persecución de los malhechores. Extraía su alimento espiritual de su diario, en el que depositaba una confianza sin límites. Su radio y su prensa le suministraban a buen precio una opinión política y una visión del mundo. Decía que no le gustaba devanarse los sesos y aceptaba de buen grado los prejuicios. Sinceramente convencida de la libertad de acción del mariscal Pétain y de su buena relación con los vencedores, tenía una fe cándida en la orientación política del momento.

Al principio, como era esencialmente buena, se había visto afectada por el asunto de las persecuciones. Las lecciones de historia judía que ella seguía por la radio, donde escuchaba las «fechorías seculares» de ese pueblo, la habían llevado a admitir que las medidas en cuestión, aunque penosas, eran probablemente necesarias. Este punto de vista nos había distanciado.

Por eso fue tan grande mi sorpresa cuando me encontré de repente, cara a cara, con la señora Lucienne. Como ella sabía que yo estaba en peligro, iba regularmente a casa de los Marius para tener noticias mías. Un día el

matrimonio le contó que yo había sido víctima de un chantajista. Entonces ella exclamó:

—Tengo fe en nuestro gobierno, porque el mariscal está en él; pero me da pena esa mujer, que siempre me ha parecido honrada y decente. No puedo creer que sea una criminal. Tráiganla a mi casa.

Así fue como me hallé instalada en el piso de la señora Lucienne.

Calculando lo mucho que ella debía de haber forzado su sentido de la disciplina y sus convicciones, me sentí más conmovida aún por el sacrificio que estaba dispuesta a hacer en mi favor.

Una fiebre muy alta me postró en la cama durante una semana. Fue una verdadera suerte encontrarme entonces en casa de la señora Lucienne, enfermera de primera categoría.

Una agradable intimidad se forjó entre nosotras. Me cuidaba. Leíamos. Yo le enseñaba un juego de cartas, pero ella se olvidaba de las reglas de un día para otro. La regañaba por ser tan despistada, pero sin ningún resultado, aunque era evidente que prestaba atención.

Ella prefería poner discos. Cada uno de ellos estaba unido a un recuerdo sentimental que me contaba con melancolía.

Vivía con ella una pariente, dependiente jubilada, que también me adoptó. Ambas mujeres, provenientes de una familia consagrada tradicionalmente a la administración, me rodearon de atenciones, celosas por mi amistad, como parecía a veces. Pero al mismo tiempo eran conscientes de que estaban «contraviniendo las leyes vigentes» y poniendo a prueba los escrúpulos de su conciencia de funcionarias ejemplares. Eran «dos tempestades dentro de dos cabezas».

Sin embargo, su corazón de francesas rectas y cumplidoras parecía haberse enojado. Cada vez que Radio París exponía las razones de las medidas raciales, la señora Lucienne se sentía muy inquieta por la legitimidad de su modo de proceder, pero, mirándome a hurtadillas, bajaba el volumen y decía:

—¡A la mierda esta cláusula de la colaboración!

Entonces intercambiábamos una sonrisa de «cordial entendimiento».

Para no llamar la atención saliendo con maletas, me había ido de casa de Marion sin llevarme nada. Dos días después, la señora Marius fue a buscar mi ropa. Marion le entregó una maleta con algunas cosas menudas, pero en cuanto a la ropa, esta había desaparecido.

La versión de Marion fue que, después de mi marcha, temiendo un registro, ella misma escondió mis cosas en el sótano. Por la mañana, como sabía que vendría la señora Marius, fue a buscar la maleta. Se la encontró con la cerradura forzada y con que los dos vestidos que había ya no estaban.

Antes de venir a anunciar este nuevo saqueo, los Marius casi se ponen malos. Pero no era buen momento para protestar. Había que poner al mal tiempo buena cara. Como era su costumbre, el señor Marius echaba pestes:

—¡Lo pagarán todos, cuando acabe la guerra, como que me llamo Marius!

Las señoras Lucienne y Radendorf me ofrecieron ropa que ponerme.

Esos gestos conmovedores de entrega y de bondad me eran de una ayuda incalculable.

Sin noticias de mi madre ni los míos, me deprimía en una inquietud desgarradora por ellos. Enclaustrada, sin posibilidad de salir, sin moverme, sin aire, padecía de un insomnio que aumentaba mi tensión nerviosa hasta lo insoportable.

Como único recreo tenía Radio París y el periódico francés de mi anfitriona. Tanto una como otro me agobiaban con el anuncio frecuente de las derrotas de los Aliados y la apoteosis de la colaboración. Por este lado, ninguna luz, ninguna esperanza.

El peligro seguía acechando. Cada día se llevaban a cabo arrestos. La policía pillaba en plena calle a un desgraciado que se había aventurado por una insuperable necesidad de movimiento y de espacio o para hacer algún trámite importante y urgente.

Algunos arriesgaban su libertad con tal de empaparse otra vez de la atmósfera de la ciudad.

En varias ocasiones, los arrestos se produjeron delante de los consulados suizo y americano, adonde los refugiados se dirigían para ver si había llegado a su nombre un visado o un aviso, dado que ninguno de ellos tenía una dirección fija donde enviárselos.

Cada vez que se descubría un nuevo escondite, los periódicos lo mencionaban, y aprovechaban la ocasión para advertir a la población del peligro que se corría si se seguía ayudando a los refugiados.

Examiné una y mil veces las posibilidades de desplazarme hacia la frontera, desde donde quería intentar huir a Suiza. Preparaba concienzudamente los detalles de una evasión, con la complicidad de algunos amigos de Suiza y de Niza.

Me habría mantenido en mi escondite en casa de la señora Lucienne hasta poder marcharme si no hubiera sido porque dos incidentes comprometieron nuestra seguridad.

El piso daba a unos jardines y a una pradera. Como nunca me acercaba a las ventanas, nadie podía verme. Un día que estaba sentada a la mesa, leyendo en mitad de la habitación, me dio la impresión de que alguien me observaba. Frente a mí estaba el portero, encaramado a un árbol y cogiendo unos higos. Al ver que me había percatado de ello, me dio los buenos días. Mi presencia no debería causarle ninguna sorpresa porque la señora Lucienne recibía frecuentes visitas. Sin embargo, ese hecho nos causó serias preocupaciones.

Unos pocos días más tarde, una torpeza estuvo a punto de perderme.

Como me hallaba aislada del mundo exterior, los amigos venían a traerme una comunicación urgente, una carta, o a darme un aviso o un consejo, las noticias políticas que daban en las radios extranjeras, o, sencillamente, a contarme las nimiedades de la vida corriente.

Me expresaban su simpatía y me prodigaban sus ánimos. Para no atraer la atención, estas visitas debían ser esporádicas. Cada una tenía que avisar con antelación a los Marius y aprovechar el momento propicio.

Fue así como un domingo, una vez apagadas las luces, esperé que un antiguo vecino viniera a visitarme. Este regresaba de un viaje tentativo organizado por unos amigos suyos. Había recorrido el Isère y Saboya y venía a darme indicaciones útiles de cara a la ejecución de mi plan.

Cuando llegó delante de la puerta de mi edificio, vio a una mujer entre las sombras. Se acercó y le preguntó si estaba esperándolo para llevarlo hasta la casa de la dama polaca. La mujer, que precisamente era la todopoderosa portera, contestó que no había «extranjeros en la casa, solo buenos franceses».

Consciente de la metedura de pata que acababa de cometer, mi visitante se excusó y se fue con intención de volver un poco más tarde.

La portera subió sin tardanza por todos los pisos para avisar a los vecinos de que se estaba buscando a una extranjera que, al parecer, se ocultaba en el edificio. Obviamente, llamó también a nuestra puerta.

No olvidaré la cara inquieta a la vez que desolada de la pobre señora Lucienne. Entró en mi habitación como una ventolera y, dando zancadas por el cuarto muy agitada, no dejaba de repetir: «¡Esto va mal..., esto va mal..., esto va mal!», y se retorció las manos.

Me contó que todo el edificio estaba alerta. Había, por tanto, que marcharse antes de que el rumor llegara hasta la comisaría.

Como siempre, los Marius fueron avisados y, por tercera vez, me hallé de vuelta con mis benefactores habituales.

Me recibieron con su bondad acostumbrada y una valentía desconocida. Aunque mis escondites sucesivos en su casa habían acabado siempre de manera desastrosa, cada vez que volvía allí me sentía feliz de cruzar aquel umbral. Su inagotable solicitud me daba la sensación absoluta de hallarme fuera de peligro.

Las vías férreas, las carreteras nacionales, toda la circulación, en suma, estaba bajo el control de las autoridades alemanas y de la policía francesa a sus órdenes. A la entrada y a la salida de las estaciones, delante de las ventanillas de venta de billetes, en los andenes, en las paradas principales de los autocares, en los fielatos de la periferia, en todas partes los viajeros eran interpelados por gendarmes que examinaban minuciosamente su documentación. Dentro de los trenes, la policía alemana, de civil, actuaba de improvisado, en ocasiones varias veces en un mismo trayecto. En las carreteras se paraba cualquier vehículo, desde automóviles de lujo hasta carretas tiradas por asnos. Estaba prohibido que los extranjeros salieran de los límites de su

área de residencia, a menos que llevaran consigo un salvoconducto. Este no se entregaba nunca a extranjeros de raza judía. Y sin embargo, tenían que arriesgarse a huir a toda costa; ¡no había para ellos otro medio de salvación! ¡Irresoluble dilema!

Todo refugiado, en esa época, pensaba huir a Suiza, a España o a Inglaterra. Se recurría a medios imaginativos, tan arriesgados como peligrosos. Los sistemas se multiplicaban y se perfeccionaban con el tiempo.

Los más avezados se ponían sencillamente en marcha, caminaban de noche, se escondían durante el día entre los matorrales, en los bosques o donde les dieran cobijo por caridad. Numerosas familias francesas se ofrecían a proporcionarles asilo. Se creó una auténtica organización con ramificaciones de ciudad en ciudad, con sus comunicaciones secretas, sus mensajeros, sus agentes de transmisión, ¡hasta transportes para equipajes! A veces, ante la imposibilidad de proseguir su camino, los fugitivos permanecían durante días, semanas, incluso meses, en las casas de los franceses que los encubrían. Estos no solo los ocultaban, sino que también buscaban la manera de alimentarlos. Y eso era toda una proeza, porque esos pobres desgraciados carecían de cartillas de racionamiento.

Se podría escribir un volumen entero sobre el valor, la generosidad y la intrepidez de esas familias que, con peligro de su vida, daban ayuda a los fugitivos en todos los departamentos, incluidos los de la Francia ocupada. No era extraño que se utilizaran documentos de identidad franceses, lo que permitía viajar sin una autorización especial.¹ Por toda Francia había gente de buena voluntad que no dudaba en prestar su documentación.²

En noviembre de 1942, una nueva resolución estipuló que todo viajero debía ser portador, además de su carné de identidad, también de sus cartillas de racionamiento. Esto era más grave, porque si un francés podía pasar una temporada sin sus papeles legales, lo que no podía era vivir demasiado tiempo sin sus cupones de alimentación.

Nació, entonces, una nueva industria que pronto tuvo mucho auge: la fabricación de cartillas de racionamiento para uso de los fugitivos; industria que vino a juntarse a la ya existente de los carnés de identidad.

Se escogían los nombres de franceses que residían lejos, en zonas prohibidas, en las colonias o en el extranjero, allá donde no fuera posible establecer un control. Los carnés de identidad falsos servían también para aquellos que tenían que renunciar a la huida. Durante la ocupación, numerosos extranjeros, judíos o sencillamente nacionales de países en guerra con Alemania —ingleses, belgas, holandeses, noruegos, polacos y rusos—, sorprendidos en Francia por el conflicto bélico, se escondieron bajo esos nombres supuestos. En cuanto a la cartilla de racionamiento, no tenían necesidad de procurarse una falsa, la nacionalidad auténtica que habían tomado prestada les daba derecho a una perfectamente en regla.

Hábiles dibujantes y grabadores entregaban esos documentos que, en ocasiones, alcanzaban una gran perfección en la imitación, ¡y también en su elevadísimo precio! Estos precios variaban según la coyuntura, es decir, según el recrudecimiento o la relajación de las persecuciones. Algunos, para tenerlos en su poder, vendieron parte de su ropa con tal de adquirir tan indispensables documentos.

Unas organizaciones francesas clandestinas se encargaban de entregar esos papeles gratuitamente, daban consejos e informaciones útiles, proveían del dinero necesario para los desplazamientos y de algo de ropa adecuada a quienes llegaban desprovistos de todo.

Estos trabajos contaban con subvenciones secretas y nadie sabía que al frente de todo ello había personalidades francesas, tanto laicas como religiosas.

En diciembre de 1942, el gobierno de Vichy redobló su aparato policial, multiplicó las medidas de control y estrechó aún más la vigilancia. Se pusieron alambradas por todas partes. Se empezaron a utilizar perros policías.

Llegó un momento en que nadie se atrevía ya a aventurarse solo por las carreteras. Se recurrió, entonces, a guías que conocían cuáles eran los caminos, las rutas y los senderos secretos, qué riachuelos eran fáciles de atravesar o el camino de montaña con mejor desfiladero.

Esos guías tenían muchos «soplos» y contaban con la ayuda de la población, incluso en algunos casos con la complicidad de gendarmes y de guardias de aduanas. Eran los dueños de un nuevo tipo de tráfico, el tráfico humano. Acababa de nacer la profesión de «pasador».

Cuando una expedición fracasaba, los fugitivos eran conducidos a la cárcel más próxima, donde, después de purgar su pena por intentar cruzar la frontera clandestinamente, eran ordenados por edad y nacionalidad y llevados a unos campos de concentración franceses o a unas fortificaciones. Desde allí, una nueva clasificación los conducía a la deportación definitiva.

Entre los campos franceses estaban los de Noë para viejos, enfermos o lisiados; Récébédou, cerca de Toulouse; Maseube (Gers); Rivesaltes (Pirineos Orientales); el centro de Rabès (Corrèze) y el de Gurs (Bajos Pirineos), asignado a los judíos de Alemania, de Holanda, del Gran Ducado de Baden y del Palatinado.

Este último campo recibió, a partir de 1941, a todos los refugiados judíos extranjeros, sin distinción de nacionalidad.

De todos los campos, era el más terrible, un auténtico infierno. En el invierno de 1940 a 1941, murieron allí de agotamiento, de enfermedad, de frío y de epidemias entre quince y veinticinco personas al día. Finalmente, el campo de Drancy (Le Bourget) aglutinaba a los extranjeros de raza judía que vivían en Francia desde hacía largo tiempo, así como a los refugiados recién llegados, destinados a la deportación.

Era relativamente frecuente que los prisioneros de los campos franceses fueran liberados, gracias a las más variopintas intervenciones. Pero del campo de Drancy, que estaba bajo la dirección exclusiva de las autoridades alemanas, nadie regresó jamás.

Los accidentes, robos, chantajes, arrestos, deportaciones e intentos frustrados se propagaron rápidamente por todo el país.

Asimismo, el número de fugas disminuyó drásticamente. Agotados por las adversidades, debilitados por las largas reclusiones y la inercia consiguiente, los refugiados perdieron su energía. La evasión se presentaba ahora como una empresa de envergadura cuyos resultados eran demasiado imprevisibles. Resignados, acabaron por aguardar su destino pasivamente, renunciando a sus planes de fuga y, con ello, a toda esperanza.

Solo algunos intrépidos, sobre todo entre los jóvenes, preferían afrontar el peligro. Partían llevando consigo algún veneno mortal, armas o, en su defecto, una cantidad de somníferos suficiente para quitarse la vida si fracasaban.

Si alguno disponía de un visado de entrada en otro país, lo intentaba sin la menor duda.

Yo esperaba precisamente un visado de esos para ir a Suiza, pero, para no comprometer aún esa posibilidad de salvación, tenía que esconderme todavía una temporada en Niza.

Había en Cimiez una preciosa casa, toda nueva, en cuyo quinto piso vivían dos damas. Guardaban entre ellas un asombroso parecido: altas y delgadas, tenían antipatías y gustos comunes. Eran madre e hija y ambas se dedicaban a coser por culpa de los reveses de la fortuna. Por desgracia, en esos tiempos de guerra, el precio del alquiler excedía sus posibilidades y buscaban un realquilado. Por mi parte, me hallaba otra vez en el trance de encontrar un nuevo refugio seguro. Estábamos llamadas a entendernos.

En realidad, ellas no estaban del todo dispuestas a ceder una habitación, ya que cada una prefería conservar la suya.

Finalmente, se llegó al acuerdo de que yo me acostaría en el sofá del salón y me levantaría temprano en prevención de cualquier visita eventual.

Me es grato reconocer que aquellas dos mujeres eran trabajadoras, ahorradoras y excelentes amas de casa; pero, patriotas hasta el chovinismo, estaban afectadas por dos defectos insoportables: uno, el reverso de su patriotismo excesivo, la xenofobia; otro, la envidia.

Se mostraban envidiosas de todo y por todo: de una carta o un giro enviado indirectamente desde Suiza con la ayuda de algún amigo, de una visita, de una señal de afecto, de bondad o de entrega. Envidiaban mi cartilla de racionamiento, envidiaban mis atisbos de esperanza o de alegría, tan escasas en esa época tan sombría de mi vida. Preferían verme en mi estado normal, es decir, acosada, abatida y desesperada.

No había ocasión en que no me hicieran sentir agriamente sus inclinaciones. A falta de una habitación propia, no tenía ni un rincón donde poder aislarme. Esa situación, lejos de ser ocasional, se volvió permanente.

La llegada de los italianos a los Alpes Marítimos pareció responder a una decisión improvisada. Durante horas, convoyes enteros de artillería, infantería, tropas alpinas con centenares de mulos, seguidos de camiones y de ambulancias, desfilaron por el paseo. El Estado Mayor italiano se instaló en un palacio del centro.

Enseguida se extendió una noticia inesperada: gracias a la intervención de la Santa Sede, los ocupantes acababan de decretar la suspensión inmediata de las persecuciones.

Se adecentó, reparó y abrió al culto la sinagoga de Niza, mancillada por pintadas groseras y con las vidrieras rotas.

Se invitó a los refugiados de raza judía a pasar por las comisarías de policía para inscribirse y por la prefectura para renovar sus carnés de identidad y sus permisos de residencia; se ordenó a los caseros que devolvieran todo lo que habían retenido. Se notificó a la comunidad israelita la protección de los judíos, que en adelante estaría a cargo del ocupante italiano. Entonces volvió a verse delante de la prefectura a refugiados que habían escapado de las redadas. No eran más que un pequeño grupo.

Descendientes de una larga estirpe en la que nunca dejó de haber gente perseguida, maltratada y despojada durante generaciones, es innegable que los judíos poseen el instinto del peligro. Por eso, a pesar de la mayor liberalidad de las autoridades italianas, desconfiaban de lo que pudiera venir en el futuro. Así que cada uno aprovechó esa tregua para preparar su huida hacia las regiones de la Creuse, del Isère y sobre todo de Saboya, con el fin de acercarse a la frontera helvética.

Durante el respiro que la ocupación italiana nos ofreció a todos, me dediqué a poner mis asuntos en orden. Fui, como todo el mundo, a renovar mi permiso de residencia, así como mi carné de identidad y mi cartilla de racionamiento. En

la comisaría de policía y en la prefectura, tuve la prudencia de no dar mi verdadera dirección: di la del hotel en el que estuve alojada al principio.

Como podía circular a mis anchas otra vez, aceleré los preparativos de mi partida. Ya no tenía ninguna necesidad de continuar viviendo en casa de las dos costureras de Cimiez. Me instalé, por tanto, en una villa, al fondo de un jardín abandonado, cuya propietaria era una parisina septuagenaria a la que conocía desde hacía un par de años.

En previsión de persecuciones futuras, que yo consideraba inevitables, rodeé de mil precauciones mis idas y venidas, procurando no ser vista ni despertar ninguna atención.

Lo primero que tenía que hacer era convertir todos mis bienes en dinero líquido. Como el hotel me había devuelto mis tres maletas, empecé a vender mis pertenencias, mi máquina de escribir, mi sortija. Fui sacando así, pieza a pieza, todo lo que pude, ya que sería un estorbo en la huida que yo planeaba.

Llené una maleta con tres vestidos, algo de ropa interior y algún objeto indispensable de recuerdo, como las fotografías. Ese equipaje era con el que debería encontrarme al llegar a Suiza.

Una vez más, me separé de mis tres maletas vagabundas, cuyas aventuras extraordinarias ya he tenido ocasión de contar anteriormente.

El 15 de diciembre de 1942 me dirigí al consulado de Suiza para preguntar si ya había llegado mi visado. Después de cotejar algunos despachos, el secretario sacó uno que me concernía.

Me sentí invadida por una compleja emoción en la que se mezclaban la alegría y la inquietud. Sabía pertinentemente que ese viaje a la frontera suponía una disyuntiva: era la salvación o la perdición.

El secretario del consulado, muy amable, estampó un sello en mi pasaporte advirtiéndome de que «naturalmente, por el momento, la frontera estaba cerrada». Él sabía, como yo, que esa circunstancia, en mi caso, carecía de significado: no podía abandonar Francia de una manera regular.

Lo que tenía que hacer ahora era procurarme el carné de identidad y la cartilla de racionamiento de una francesa. Mi anfitriona estaba al corriente de todas mis dificultades y, espontáneamente, se declaró dispuesta a ayudarme. Me contó que ya había prestado su documentación en otras dos ocasiones,

pero que la policía tan solo le había puesto una ligera amonestación, debido, sin duda, a su avanzada edad. Su carné y su cartilla le habían sido renovados contra el pago de la multa correspondiente.

Esta vez mi anfitriona, tal como dijo literalmente, «iba a perder sus papeles por una buena causa». Al igual que tantos otros franceses, se rebelaba con vehemencia contra los métodos del gobierno y los horrores que tenían lugar en su país. ¡Fui, entonces, de un gesto de generosidad a otro!

Debía, ante todo, emprender la complicada tarea de poner mis características personales en los documentos de mi benefactora. Cuánto esfuerzo, paciencia, concentración y habilidad se invirtieron en retirar las indicaciones sobre la edad, la altura, el color de los ojos, la forma de la cara, de la nariz, etcétera, para sustituirlas por las que me correspondían a mí.

Por desgracia, mi benefactora tenía una verruga en la barbilla. Este signo particular era muy notorio en su rostro y, lo que era más grave, figuraba especialmente en la indicación de sus rasgos. A veces, en los dramas de la vida se cuele un elemento cómico, incluso chistoso, como lo era que mis amigos y yo nos pasáramos ocho días preocupados por cómo abordar el detalle decorativo de aquella verruga.

¿Tenía, entonces, que pegarme en la cara una verruga postiza? Como no había artistas expertos en ese campo, la única solución era borrar de los papeles ese molesto dato, corriendo el riesgo de dejar algunas marcas de raspadura en el documento. En medio de un estado de extrema tensión, pero con una destreza infinita y tomadas mil precauciones, conseguimos quitar esa particular marca.

A continuación, lo que había que hacer era despegar la foto, tarea no menos delicada, pues estaba fuertemente encolada sobre la cartulina, y cambiarla por la mía. Una vez más, se precisó de tiempo y de paciencia.

En cuanto al asunto del nombre, apellidos y lugar de nacimiento, adopté los que había, claro está. En adelante, tuve que llamarme Blanche Héraudeau, nacida en la rue de Clichy, de París. El sello de la prefectura daba autenticidad legal a aquel documento. ¡Y se dibujó con un pincel! Los mejores especialistas conservaban en su poder, de por sí, varias imitaciones de sellos, algunos incluso podían acceder a la imprenta oficial, pero todo eso era a precios que no estaban a mi alcance.

Una vez terminado el proceso, los documentos presentaban un aspecto bastante digno, siempre y cuando no los examinaran muy de cerca...

Tenía, pues, todos mis papeles franceses en orden, más el visado suizo estampado en mi carné auténtico, el cual estaba cosido en el forro de mi abrigo. Me aprendí de memoria mi nombre y su ortografía, y hacía ejercicios para imitar la firma de mi benefactora. Con los nervios a flor de piel, pero con la fuerza que me daba contar con un visado suizo, me sentía una privilegiada, lista para el viaje.

Los Marius, para quienes yo me había convertido a la larga en una especie de jarrón muy frágil que ya estaban acostumbrados a llevar de un sitio a otro con exquisito cuidado, convinieron que no podían dejarme partir sola. ¡Eso nunca! Así que se pusieron a discutir entre ellos la posibilidad de acompañarme. La señora Marius, de un candor angelical, parecía poco cualificada para eventuales embrollos policiales. Por otra parte, la ausencia prolongada del señor Marius habría desatado los rumores por el barrio.

Una vez más, la Providencia vino en mi ayuda. Decididamente, parecía querer conducirme hacia la salvación.

Un habitual de los Marius contó en una conversación que pensaba ir a pasar las fiestas de Navidad a su hacienda del Isère. Enseguida, a Marius se le ocurrió la idea de ponerme en contacto con él. Conocía los sentimientos de francés honesto de su cliente y le explicó abiertamente mi caso.

Jean Letellier, arquitecto de profesión, antiguo combatiente y, además, republicano, se mostró dispuesto a tomarme bajo su protección y vino a verme. Analizamos los detalles del viaje y decidimos algunas cosas. Yo iría al cuidado de mi nuevo protector hasta Grenoble, donde él se quedaría conmigo el tiempo que hiciera falta.

Era antes de Navidad y los trenes iban hasta los topes. Había que ocupar los asientos al asalto, pero finalmente conseguimos instalarnos. Habíamos convenido que mi acompañante se ocuparía de los equipajes, entregaría los billetes al revisor y contestaría las más veces posibles a cualquier pregunta que nos hicieran.

El tren no tenía calefacción y Letellier extendió una manta de viaje sobre mis rodillas, mientras me decía, riendo:

—Podemos pasar por una pareja que está de vacaciones. Parecemos dos enamorados.

El viaje empezó así con auspicios favorables.

Mi compañero de ruta estaba plenamente metido en su papel: de vieja raigambre francesa, tenía todo el aspecto del galo, pero sin mostachos, claro está. Llevaba una chaqueta de piel de cordero y una gorra a juego. Daba la impresión de un terrateniente que volvía a sus propiedades.

El trayecto se efectuó sin incidentes hasta Marsella. Cada uno estuvo sumido en su lectura. Yo interrumpía la mía de vez en cuando para repasar mentalmente mi nombre y mi apellido.

El control de billetes tuvo lugar sin complicaciones. Pero en Marsella aparecieron tres individuos barbilampiños, de rostro sombrío, que nos pidieron la documentación para la verificación de identidad. Sin precipitarme, les tendí la mía cuando me llegó el turno. Mostrando indiferencia, le sonreía a una chica encantadora que estaba sentada frente a mí, la cual se afanaba en buscar sus documentos hasta que por fin los halló... en su bolso de mano.

Letellier me dijo más tarde que, en ese preciso momento, mi sonrisa le había parecido tan encantadora y tan tonta al mismo tiempo que tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Le agradecí desde lo más profundo de mí misma que distendiera así mi tensión con una broma y me demostrase una aparente despreocupación, pese a su propia inquietud.

Veinte minutos antes de llegar a Grenoble, segundo control. En esta ocasión, se produjo un incidente. A una señora, la cual supe después que era belga, que llevaba sus papeles en regla, los agentes de la Gestapo le pidieron su certificado de bautismo.

—Tengo cuarenta y dos años, he necesitado mi certificado de bautismo cuatro o cinco veces en mi vida, pero jamás se me ha ocurrido llevarlo de viaje.

—Usted es extranjera y sus documentos no mencionan en ningún sitio su religión —replicó uno de los policías.

A lo que la señora respondió:

—¡Pero porque llevo un salvoconducto! No creerá, a estas alturas, que se dan salvoconductos a los judíos, ¿no?

Entonces, uno de los viajeros intermedió:

—Conozco a esta señora desde hace años, es vecina mía. Aquí tiene mi carné de director de una fábrica en C... Su marido es el dueño de una fábrica en Charleroi.

Los agentes no insistieron. Desaparecieron para proseguir en otra parte la caza de las piezas que acechaban.

Es fácil imaginar lo que sentí yo en aquella parada.

IX

GRENOBLE

Llegamos a Grenoble en plena noche. Los hoteles, en aquellos días previos a las fiestas, estaban llenos. Solo encontramos albergue en el gran hotel donde precisamente se alojaba la delegación italiana.

Letellier inspiró al portero tal confianza que él mismo relleno nuestras fichas sin necesitar nuestra documentación.

Estuvimos allí hospedados varios días. Sin la menor complicación. Me cruzaba fríamente por la escalera, por el vestíbulo, por el comedor, con los representantes de la autoridad de ocupación.

Me habían indicado en esta ciudad una asociación secreta que funcionaba de manera bastante segura en los departamentos del Isère y de Saboya. Tenía que dirigirme a ella provista de la contraseña adecuada y encontrar un guía experimentado.

Una tarde, a las seis, fui hasta la sede de la organización, que me costó Dios y ayuda encontrar en una vieja escuela medio derruida.

Un hombre mayor anotó mi nombre y apellidos auténticos, así como la dirección de mis amigos en Suiza y en Francia, «para avisarlos en caso de desgracia», y me recomendó que me proveyera, a ser posible, de calzado de montaña, de medias tupidas y de una linterna. Luego me indicó una dirección en un barrio de las afueras. Debía dirigirme allí esa misma noche, a las ocho, para recibir las instrucciones pertinentes.

A la hora señalada me presenté en una villa donde me recibió un hombre de unos cuarenta y tantos años, de aspecto decidido y enérgico. Examinó mis papeles, los verdaderos y los falsos, así como mi visado suizo. Le di la cantidad estipulada para el pasador. Me dio las últimas indicaciones.

Yo debía estar a las ocho de la mañana en la puerta de la estación. Tenía que seguir a un joven vestido con un mono de obrero, quien llevaría, como signo distintivo, un pan. Nosotros acudimos a la cita a la hora establecida y, en efecto, apoyado despreocupadamente en la verja de la entrada, vimos a un obrero con un extravagante pan bajo el brazo. Digo «nosotros» porque Letellier me siguió acompañando hasta el último momento.

El obrero subió al tren en dirección a Annemasse. Nosotros nos ubicamos en el mismo vagón, pero en un compartimento cercano.

En cada parada vigilábamos el andén por si nuestro cicerone hubiera bajado, lo que terminó haciendo varias estaciones después.

Abandonamos el tren. El obrero salió de la estación y nosotros hicimos lo mismo. Al cabo de un cuarto de hora de camino, vimos a nuestro hombre pasar al lado derecho de la carretera. Dos chicas y un chico, ataviados con los bártulos propios de los alpinistas, se pusieron en el mismo lado. Avanzábamos todos así, a relativa distancia unos de otros. Finalmente, nuestro guía se detuvo frente a un albergue, encendió un cigarrillo y entró. Los jóvenes dejaron atrás la casa, la rodearon y desaparecieron por una puerta que daba a un patio.

Nosotros continuamos un trecho más del camino, como si dudáramos entre el restaurante que estaba un poco más lejos y el albergue. Después, entramos también.

La dueña del albergue nos llevó discretamente hacia una salita con la mesa puesta. El joven disfrazado de obrero dejó el pan que llevaba, se acercó a nosotros y se presentó como un asistente de la asociación de ayuda a los fugitivos. Mientras esperábamos al pasador, nos propuso sentarnos a la mesa y nos aconsejó que comiéramos algo en previsión de la larga marcha que nos aguardaba.

Nos acomodamos. Pocos minutos después, una mujer, acompañada de dos niños, entró en la sala. Mientras el chaval de diez años se sentaba a nuestra mesa, la madre llevaba de la mano a su hija, de unos catorce, como si fuera una niña pequeña, y la colocó suavemente al lado de su hermano. La muchacha tenía unos rasgos israelitas muy pronunciados, en su más pura esencia: la piel de una carnación alabastrada, grandes ojos negros, profundos y

aterciopelados, cabellos de un negro azabache y rizados en torno a su fino rostro. Pero la expresión de la cara de esa criatura estaba muy alejada de allí, casi ausente.

Les sirvieron con rapidez, pues su pasador debía de estar a punto de llegar. El chaval comía con apetito, con la despreocupación propia de su edad. La muchacha permanecía inmóvil, y su madre tuvo que llevarle la cuchara a la boca repetidas veces. Le contó a la enternecida hospedera que la chica se había sumido en ese estado desde la noche que, despertada por el jaleo, había asistido a la detención de su padre.

—He ido a ver a un médico en Grenoble. Me ha asegurado que su estado volverá a ser normal. En Suiza hay grandes especialistas que seguro que podrán curar a mi querida Rachel —dijo emitiendo un suspiro.

Letellier me comentó con voz temblorosa:

—¡Dios santo, y que sea en Francia donde sucedan estas cosas!

Entretanto, entró en la sala un aldeano. La madre se levantó, seguida del chico, recogió un pequeño paquete, tomó la mano de la hija demente y nos hizo un gesto de despedida.

El trágico grupo desapareció en pos del hombre camino de la salvación... o de la deportación.

Nos quedamos callados, inmerso cada uno en sus pensamientos.

Nuestro pasador tardaba en venir. A las dos, el joven guía se empezó a poner nervioso. Fue a consultar a la patrona y volvió más bien intranquilo.

Finalmente, la dueña del albergue fue en busca de información y, cuando regresó, nos anunció que no había podido encontrar al señor Charles en todo el pueblo.

—Ojalá no le haya ocurrido nada. Es un hombre de palabra y puntual al minuto —suspiró la mujer—. Bueno, queda Julot, y está por aquí. ¿Quieren hablar con él?

—¿Julot? ¿Julot? —preguntó el joven guía—. ¡Vaya lío! Me han ordenado que me ponga en contacto con Charles. No sé qué hacer. Es imposible llamar por teléfono. Volver a llevarlos con mi gente en Grenoble es aún más peligroso. ¡No podemos dar marcha atrás! Tráigame a Julot, venga. Seguro que lo conozco, aunque, claro, no es Charles. ¡Este es todo un as! ¡Menudo atolladero, joder!

Estaba hundido. Nuestra inquietud iba en aumento, como es fácil imaginar.

Un cuarto de hora más tarde entró un hombre en la sala. Ya solo su aspecto me inspiró la más violenta antipatía. Desaliñado, con la cara y las manos sucias, hablaba muy alto y se expresaba groseramente.

—Si no me quieren a mí, apáñenselas solos. ¡Siempre Charles! ¡Claro, como lo hace por cuatro perras! ¡Pues que se la cargue Charles! ¡Ya estoy harto de este condenado trabajo! A mí lo que me gusta es ir de fiesta al pueblo.

Nuestro guía se lo llevó a la habitación de al lado. Hablaron un momento. Cuando volvieron, Julot nos soltó este discurso:

—Hay que ponerse en marcha enseguida. Estamos en invierno, el sol se oculta pronto. Escúchenme bien: yo iré delante, unas veces a pie y otras en bici. Ustedes me seguirán, a cierta distancia, por supuesto. Si yo me paro, ustedes se acercan. Si yo me siento en la pendiente, o me pongo en cuclillas, es que hay peligro. En ese caso, métanse en el bosque sin llamar la atención. ¿Entendido? Si los pilla la pasma y les pide la documentación, enséñensela, naturalmente, sin titubeos, con educación. Si cuelea, sigan su camino y me encontrarán unos centenares de metros más allá, detrás de un árbol. Pero si su documentación no es del agrado de esos cabrones y los detienen, ¡yo ni los he visto ni los conozco! Ustedes no digan que los han llevado hasta allí, ni quién ni adónde. ¡Ustedes no me conocen! Que me arresten a mí no les servirá a ustedes de nada y sería una pérdida para sus compañeros que llegan a diario y que nosotros salvamos. ¡Para un pasador solo cuenta el día de hoy! ¿Están de acuerdo, señoras y señores?

—De acuerdo —dijimos todos.

Yo no era la menos convencida del éxito de esa expedición, ante tal actitud. Cosa rara, pese a tener una clara conciencia del grave error que estábamos a punto de cometer al fiarnos de ese hombre, ¡me dejé llevar! Oí a Letellier decirle a Julot que yo le devolvería los documentos de identidad, que luego tendría que restituírselos a él, para lo cual estaría en el albergue esperando el resultado de la empresa.

Muchas veces me he preguntado después *por qué* acepté seguir a ese pasador que me inspiraba tanta aversión y desconfianza. Hoy creo que fue debido al deseo, más fuerte que cualquier otra cosa, de acabar de una vez, de

no pensar más, de dejar de buscar y de que sucediera ya lo que tenía que suceder. Me sentía como la ahogada que renuncia a seguir luchando y se abandona a las fuerzas de la naturaleza.

Los jóvenes cargaron su mochila tirolesa, su morral y su manta. Yo cogí automáticamente mi hatillo.

—¡Vámonos ya, vámonos ya! —nos presionaba Julot.

Agradecí muy calurosamente a mi compañero de Niza todo lo que había hecho por mí. Me despedí de él sintiéndome de verdad sumida en un estado de semiinconsciencia, ausente.

—¡Vámonos ya! —insistía Julot.

Cuando pasé por delante de él, me impresionó mucho el fuerte olor a alcohol que desprendía su aliento. Debía de haber bebido copiosamente. Constatar esto también me dejó indiferente. Era demasiado tarde, todo era demasiado tarde. Lo que sucediera en adelante sería el destino ciego quien lo habría de decidir.

Nos pusimos en marcha. El sol palidecía, el paisaje se había vuelto blanco, la nieve se endurecía bajo nuestras pisadas. Durante cinco kilómetros, los tres jóvenes y yo fuimos detrás de Julot a una distancia de unos cien metros. Cuando llegó a la altura de un grupo de casas, se detuvo y nos esperó.

—¿Les importa que humedezca un poco estos cinco kilómetros? —dijo con un tono zalamero.

Le pasé un billete y penetró en un cafetín. Nosotros seguimos avanzando, pero a menor velocidad. Julot no tardó en alcanzarnos.

Aumentamos el ritmo. Al cabo de una hora, mis compañeros me llevaban una considerable ventaja. Me reuní con ellos en el cruce de una carretera. Julot me esperaba para darnos a todos nuevas instrucciones. Les rogué que no se alejaran demasiado para no perderlos de vista. Una de las chicas me replicó:

—Cada uno camina a su marcha. Esto no es un paseo.

La otra la corrigió:

—Venga, Suzy, ten compasión con la señora, que no tiene nuestra edad.

Durante un buen rato, todos caminaron más lentamente. Pero media hora más tarde, mis jóvenes compañeros estaban ya muy lejos, fuera de mi vista. Yo seguí por la carretera y, al salir de una nueva curva, vi a Julot apoyado en su bici y rodeado por los jóvenes. Nos anunció:

—Ahora vamos a llegar a un túnel. Lo atravesaremos. Luego hay un viaducto. Iremos por él y luego volveremos de nuevo a la carretera. —Y dirigiéndose a mí, añadió—: Cuando dejemos el viaducto, antes de entrar en el pueblo, yo me detendré. Ese será el momento en que tendrá que darme su documentación para que yo se la entregue al señor del albergue... Luego atraviesen el pueblo directamente. Ustedes son unos turistas como tantos otros que hay por aquí. Pasado el pueblo, llegarán a una vía férrea. Hagan allí un alto junto al paso a nivel, ¡y en un santiamén casi habrán llegado! Les indicaré el lugar exacto por el que tienen que pasar volando a Suiza. ¿Lo han entendido todos?

—Entendido —respondieron nuestras cuatro voces.

Quinientos metros más allá, entramos en el túnel. Enseguida nos envolvió una completa oscuridad. Por fortuna, habíamos seguido el consejo de la organización de proveernos de unas linternas.

¡Es difícil imaginar cómo fue aquel camino entre tinieblas!

Las piedras del balasto se hundían a nuestro paso. Julot iba delante, con su bici al hombro, haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio. Los jóvenes me aventajaban ahora por muy pocos metros. Tropezábamos continuamente. Una chica perdió un tacón del zapato y se detuvo a arrancarse el otro a la fuerza. Yo avanzaba cada vez con mayor dificultad. Me caí en más de una ocasión.

A lo lejos, surgió un débil resplandor. Estábamos llegando a la salida. Nos paramos para recuperar el aliento y echamos un vistazo a nuestro alrededor.

Abajo, en el valle, había una ciudad.

—Ginebra —resopló Julot.

Y se dirigió hacia el viaducto empujando su bicicleta.

Lo seguimos. Por aquí y por allá faltaban algunas traviesas. Era obvio que el viaducto no estaba preparado para peatones. Por debajo corría el lecho de un río seco lleno de piedras y de rocas. Presa del vértigo, evitaba a toda

costa mirar hacia el abismo. Me puse a contar las traviesas para concentrar mi atención. A base de voluntad, logré no fijarme en nada más.

Nuevamente, pusimos pie en tierra firme. Como si se hubieran quitado un peso de encima, los jóvenes caminaban por la carretera con renovadas energías. Yo, en cambio, estaba totalmente extenuada y al límite de mis fuerzas.

El cielo empezaba a oscurecerse. El día declinaba.

Julot se detuvo.

—Su documentación —dijo.

Se la di. La metió dentro del hueco de un tronco que parecía usar habitualmente como escondrijo, pues sacó de allí un paquete de cigarrillos y un sobre.

Reanudamos la marcha.

Tenía mis pies tan hinchados que apenas si podía seguir a mis compañeros. Me senté en el talud para quitarme los zapatos, que me apretaban dolorosamente. Como vi que todos se alejaban rápidamente, me levanté y me puse a caminar solo con las medias por un suelo duro y con escarcha. Afortunadamente, en Grenoble había comprado unas medias de lana muy gruesas, pero estoy convencida de que, si hubiera hecho falta, habría caminado con los pies desnudos. Descalza, mi ritmo de marcha mejoró.

Bajó una ligera bruma cubriendo los campos.

Innumerables luces relucían por la parte de Ginebra, que parecía estar más cerca cada vez. Pero a mi alrededor todo era negrura. Al fulgor de una linterna, iba como en un sueño, melancólica, agotada, ausente. Caminé siguiendo las indicaciones de Julot: llegué al pueblo, rodeé la fuente y me hallé delante del paso a nivel.

Silencio. ¡Nadie!

Mis compañeros habían desaparecido. Era como si se hubieran desvanecido...

Yo estaba allí parada, sin saber qué dirección tomar. Tiritaba. Aproveché ese nuevo descanso para volver a ponerme los zapatos. Estaba segura de hallarme en el lugar donde Julot tendría que mostrarnos el paso para cruzar las vías. Pero no podía distinguir nada de nada, de lo densa que era aquella bruma.

Por un segundo, me vino la idea de volver sobre mis pasos, coger los dos carnés y regresar al albergue; pero, al mismo tiempo, sentía que no lo lograría jamás.

Mi cansancio físico era tal que experimentaba una indolencia cercana al abatimiento. De repente, me entró mucho sueño.

Me desperté por un esfuerzo inconsciente. Este breve respiro me permitió recuperar un poco las fuerzas. Habituada ya a la oscuridad, distinguí vagamente una carretera que torcía a la izquierda. A tres pasos, delante de mí, había un barranco a lo largo del cual se alzaban las sombras de unos árboles. No podía ir más lejos sin antes inspeccionar un poco la zona. Se me ocurrió explorar aquel barranco para ver hasta dónde conducía.

En cuanto decidí hacerlo, el lugar ejerció en mí un extraño atractivo, una misteriosa fascinación. Avanzaba a tientas... cuando, súbitamente, una luz cegadora me dio en plena cara y me deslumbró. Con los ojos instintivamente cerrados, oí que una voz me interpelaba con tono guasón:

—¡Mira por dónde! ¿Qué hace usted aquí, en plena noche?

Era un guardia de aduanas.

—¿Está buscando a sus compañeros que la han precedido? —prosiguió aquel hombre—. Pues venga, que la están esperando.

Me cogió del brazo.

Caminamos no más de cincuenta pasos hasta llegar a la oficina de la aduana. Iluminada por las linternas, vi la barrera móvil. Al otro lado, a escasos metros... Suiza.

X

EN LA FRONTERA

Entramos en una habitación enorme llena de gente en la que también había dos agentes de aduanas, varios gendarmes y un soldado alemán. El aduanero que me había detenido anunció, jovial:

—¡Os traigo una más del último lote! Es parte del equipo del pasador que se ha largado.

Se frotaba alegremente las manos junto a la estufa y parecía muy satisfecho por su «deber cumplido».

Me metieron en un cuarto contiguo en el que dos gendarmes estaban sentados a una mesa repleta de papeles. En medio, muy notoria, había una máquina de escribir con una hoja blanca puesta en el rodillo. En unos bancos pegados a la pared, volví a ver a mis compañeros, abatidos.

Lo que pasó desde entonces, durante varias horas, me parece hoy un mal sueño. En aquellos bancos, dos chicas llorando a lágrima viva, un muchacho con cara de pasmado y una mujer muerta de agotamiento y de frío, con los zapatos desgarrados, la ropa y el pelo desordenados y la expresión despavorida, forman un grupo lamentable. Dos mocetones fornidos, con uniformes franceses, llevan a cabo un interminable interrogatorio: «¿Apellido? ¿Nombre? ¿Origen? ¿Raza? ¿Religión? ¿Nacionalidad? ¿Condenas anteriores? ¿Documentación? ¿Motivos del desplazamiento?».

Los hombres hacen las preguntas con tono severo, autosuficiente, esperando una respuesta que en realidad conocen de sobra por haberla oído hasta la saciedad desde hace meses.

—Huida ante el peligro de encarcelamiento en Alemania —contesta una de las chicas, cuyos cabellos rizados enmarcan una preciosa carita surcada por las lágrimas.

—Huida ante el campo de concentración —explica la otra joven, menos guapa pero con mirada inteligente.

—Huida para reunirme con mamá, que ya está en Suiza —dice sencillamente el muchacho.

—Huida ante el peligro de deportación —digo yo a mi vez.

Aplicados y afanados, los dos gendarmes teclean nuestras declaraciones. Tableteo de las máquinas de escribir. Preguntas complementarias, respuestas interminables.

Esto duró dos horas eternas, luego los hombres se cansaron. Uno de ellos abrió una puerta y gritó:

—Regístrenlos y acabemos de una vez, que ya ha pasado la hora del papeo. ¡La cena de hoy han sido estas historias!

Entró una mujer de unos treinta años con rostro alegre. Los gendarmes se retiraron, llevándose consigo al muchacho.

Después de ordenarnos que nos desvistiéramos, la mujer empezó por examinar nuestra ropa. Palpó meticulosamente las costuras y las partes más gruesas de nuestros vestidos y abrigos, y vació los bolsillos; luego, nos metió la mano entre los cabellos y nos pidió que levantáramos los brazos.

—¡Venga, confesad! ¡Sé que tenéis joyas, oro, piedras preciosas y divisas! —A continuación, me susurró amablemente al oído—: La tía Marie no es mala. Os lo devolverá todo cuando volváis.

Yo pensé: «¿Volver de dónde?».

—Os daremos una sopa caliente. Seguro que estáis deseándola. ¡Hale, daos prisa! Declarad lo que lleváis encima de valor, las joyas, todo. ¡Venga, confesad!

Acabó quitándole un medallón a una y una sortija, unos pendientes y un reloj de pulsera de veinticinco francos a la otra. A mí me quitó dos sortijas. Se lo pasó todo a los dos gendarmes que entraban en ese momento. Eran el relevo.

—Solo tenéis que seguir la pista de las joyas encontradas y ver qué hay en los paquetes. El atestado del arresto ya está hecho: han querido pirárselas a Suiza sin autorización. Hay una que tiene un visado suizo. El equipaje parece ligero. No creo que haya mucho que hacer.

Los nuevos gendarmes se pusieron a registrar nuestro «equipaje»; colocaban el contenido, de manera muy visible, encima de la mesa.

Vaciaron nuestros petates y nuestros monederos al lado de las humildes joyas que nos habían quitado. Cuanto allí había era una sucesión de objetos sin apenas valor: unos billetes de banco, monedas, algo de ropa interior, unos vestidos, unos peines, cepillos a los que les faltaban la mitad de las cerdas, un libro, un espejo roto, unos pañuelos y unas fotos de amigos y familiares, que habíamos decidido llevar con nosotros después de muchas dudas, por el temor de comprometer a alguien.

De vez en cuando, uno de los gendarmes se paraba y preguntaba el significado de tal documento, de tal carta, o para qué servía tal o cual objeto. Uno de los dos dictaba, mientras el otro escribía a máquina: «Un cepillo... – Un cepillo. – Sesenta francos con treinta. – Sesenta francos con treinta. – Un par de tijeras. – Un par de tijeras. – Diez sellos de cincuenta céntimos. – Diez sellos de cincuenta céntimos. – Unos pendientes y un peine de plata. – Unos pendientes y un peine de plata. – Trescientos francos, dos sortijas, unas bragas, un vestido...».

Monótona y lamentable letanía. Sentada en el banco, con la cabeza apoyada en la pared, empecé a adormilarme.

—¡Eh! ¡Tú! —me llamaron de repente.

Me desperté sobresaltada.

—¿Qué se puede hacer con esto?

Se trataba de una vieja moneda que la señora Lucienne me había regalado cuando nos despedimos, diciéndome que me traería suerte. Así se lo expliqué al gendarme.

—Una moneda, especie de talismán —dictó él entonces.

—Una moneda, especie de talismán —repitió el otro.

Y la máquina de escribir tecleó: tap..., tap..., tap...

El segundo equipo de gendarmes, a fuerza de celo, empezó también a perder la paciencia. Uno de ellos telefoneó al cuartel cercano para pedir instrucciones acerca de lo que debían hacer con nosotros. Hablaron mucho rato, pero alcancé a oír que decían: «¡¡¡Siempre es igual, así que venga Marcel con el sargento Camus y que se los lleven!!!».

Prendieron unos cigarrillos y dejaron su actividad. La habitación se llenó de humo. Una vez acabado con su «deber cívico», cambió su actitud hacia nosotros.

Entretanto, llegó en una cesta la cena prometida por la «tía Marie»: un poco de sopa, unas verduras y algo de pan.

Apareció un oficial, seguido de dos guardias, Marcel y el sargento Camus. Puede que tuviera unos cincuenta años. Su cara tenía nobleza e inteligencia. Estuve observándolo mientras los dos gendarmes, que ya habían terminado el atestado y confeccionado la lista de nuestros bienes, le explicaban nuestro caso.

El oficial escuchaba el informe con un visible malestar.

—Muy bien, muy bien —dijo—. ¿Han comido? Ventilen el cuarto, apesta a tabaco. Ya es demasiado tarde para trasladarlas. Estas mujeres no se tienen en pie. Traigan unos leños para la noche.

Salió sin darse la vuelta, con la espalda encorvada y porte muy poco marcial.

Así pues, se aplazó nuestro traslado. Un gendarme echó unos leños en la estufa y dejó otros tantos en previsión para el resto de la noche. Trajo también una jarra de agua.

Las chicas pidieron permiso para salir a tomar el aire, lo que les fue concedido. Un guardia las acompañó.

—Sin tonterías, ¿eh? —dijo—, si no...

Y, riendo, mostró el revólver que llevaba en el cinto.

Su colega me dejó ponerme en el umbral de la puerta y se quedó a mi lado a fumar un cigarrillo.

Delante de mí, muy próximas, unas alambradas, y un poco más allá, trágicamente cerca, con sus luces centelleantes, Ginebra, la salvación. Volví a sentir la misma pena de cuando era niña: ¡no tener alas!

Entramos de nuevo para acomodarnos sobre los bancos.

Con frases entrecortadas, las chicas me contaron que, después de haber seguido al guía hasta el paso a nivel, su grupo se encontró de golpe cara a cara con dos gendarmes y apenas tuvieron el tiempo justo de ver a Julot huir a toda velocidad.

Tratamos de concentrarnos en nuestra situación. Pero todo cuando podíamos decirnos era tan inútil y lúgubre que terminamos por callarnos. El muchacho que habían traído con nosotras después del registro se durmió nada más cenar.

El cansancio no tardó en dar cuenta de las otras dos jóvenes: se durmieron enseguida. Su sueño se vio interrumpido a veces por algún sollozo. El chico exclamó: «¡Mamá!», y al poco rato su respiración volvió a ser regular, pausada por el paso del centinela alemán que hacía guardia delante de la aduana.

Por mi parte, traté de poner en orden mis pensamientos y de analizar por enésima vez qué última tentativa podría salvarme. No veía ningún futuro.

Con la mirada fija en los barrotes de la ventana, oía el murmullo sordo del viento.

Aún estaba despierta e inmersa en mis tristes meditaciones, cuando el día, avaro de luz, empezó a despuntar.

Los dos gendarmes del primer turno aparecieron otra vez a las ocho de la mañana. Era domingo y estaban de excelente humor. Parecía que venían a decirnos: «Ahora que ya hemos acabado con los contratiempos que nos habéis causado, no tenemos nada más contra vosotros».

No parecían ser conscientes del agotamiento ni de la angustia que nos habían infligido con sus interminables interrogatorios, sin la menor consideración por nuestra desgracia.

Cualquiera diría que no tenían una noción precisa de la tragedia que ese arresto significaba para nosotros. Uno de ellos le dijo alegremente a una de las chicas:

—¡Venga, señorita, que no es ninguna catástrofe ir a trabajar a Alemania! Pagan bien y se come mejor que aquí.

Al verme tan deprimida, el otro me dijo:

—Seguro que no la obligarán a hacer ningún trabajo pesado. ¡Ya no tiene usted veinte años! Vamos, no ponga esa cara de entierro. ¡Ánimo, ánimo!

—¡Menudo miedo le tiene a trabajar toda esta gente que venimos deteniendo en las últimas semanas! —añadió el primero—. Pero ¿es que se creen que en Suiza van a comer sin currar?

La chica que parecía más inteligente trató de explicarle que, en nuestro caso, el angustioso problema no era trabajar, sino sobrevivir: el canciller, lisa y llanamente, había jurado exterminar a todos los judíos.

Pregunté si alguno de ellos había estado en un campo de concentración reservado a refugiados judíos. Uno de los gendarmes contó que, en efecto, él había acompañado a un convoy de cien refugiados y que en aquella ocasión tuvo que quedarse unas cuantas horas en Gurs.

—¿Y qué vio usted? —preguntó la joven.

—Vi demasiado —replicó él—. ¡Es lamentable lo que está pasando allí! La gente cae como moscas; viejos, mujeres y niños. ¡Sí, es demasiado! Y terrible. Pero será porque deben de haber cometido muchos crímenes o delitos contra Alemania. Dicen que pusieron el país patas arriba antes de la guerra del 14 y que después del 18 arruinaron Alemania, llevándose todas las riquezas, el oro, las divisas, todo, a su Palestina, a las dos Américas y no poco a Suiza. ¡Es lógico, entonces, lo que les pasa! Ahora lo están pagando. Esto me lo *explicó* —él hablaba así— un *Gauleiter*. Y los boches que vienen por aquí también lo *explican* de esa manera. No nos gustan los alemanes, por supuesto, porque vienen a jodernos, pero, en fin, lo que es a los judíos, les están dando de su propia medicina. No sé si me entienden... Nosotros hacemos nuestro servicio, es lo que manda Vichy, nuestro gobierno, son órdenes y punto —concluyó con convicción.

Uno de los guardias, que había escuchado esta pertinente explicación, añadió:

—Yo nunca había visto judíos antes. Es gente como los demás. ¡Pero los que pasan por aquí quieren cruzar la frontera sin haber pedido al menos un visado! Es normal que los devuelvan. E insisten otra vez, obstinados como borricos. Entonces los detenemos y los encarcelamos. Desde hace meses esto nos da bastantes problemas. Nunca ha habido tanto trabajo por aquí como ahora. Ya saben, a los judíos se los ficha... pero se quedan donde están. Con su manía de venir hasta la frontera, tienen a la gendarmería movilizada día y noche. No lo digo por ustedes, señoras, pero es así.

Tanta ignorancia frisaba en la inconsciencia. Ni siquiera intenté exponerles los hechos. Habría sido perder el tiempo. «Estos hombres seguirán capturando a centenares de fugitivos —pensé— sin llegar a comprender jamás a qué operación se están prestando, a no ser que ellos mismos quieran darse una coartada moral para tranquilizar sus conciencias.»

Un gendarme que hasta el momento no había intervenido en la conversación parecía conocer mejor el problema, cuando dijo sentenciosamente:

—¡Callaos! ¿Es que no sabéis que corremos el riesgo de que nos despidan en el acto, o algo peor, si nos oyen discutir sus decisiones?

E hizo con la cabeza una señal en dirección al centinela alemán, que, allí fuera, también él estaba cumpliendo «una orden», la de pisotear suelo francés.

A las diez de la mañana, sacaron al muchacho para devolverlo a la Creuse, de donde había venido. Un poco más tarde, un coche se detuvo delante de la aduana. Unos gendarmes nos «invitaron» a coger nuestros equipajes y a montar en él. Rehicimos en coche, así, el trayecto que la víspera habíamos hecho a pie conducidos desastrosamente por Julot.

Al pasar cerca del barranco que había ejercido sobre mí aquella singular atracción el día anterior y por el que ya estaba dispuesta a descender segundos antes de mi arresto, vi a la luz del día que las alambradas estaban cortadas en ese preciso lugar. Una de ellas estaba totalmente abierta, quizá debido a una reciente evasión. ¡Y pensar que había estado a solo dos pasos de franquearlas! Podría haberme deslizado sin demasiada dificultad entre esos alambres de hierro, de lo separados que estaban. Darme cuenta de ello me sumió en una lúgubre desesperación...

Llegamos a la gendarmería de Saint-Julien, donde los policías, después de haber pasado nuestros nombres y remitido nuestras fichas a sus colegas, nos dejaron custodiados.

Fuimos conducidos a un calabozo provisional cuya puerta tenía una pequeña lucerna. Era un antiguo garaje dividido en dos partes. La primera, junto a la entrada, hacía las veces de una especie de antecámara. La segunda se compartimentaba en dos celdas de similares dimensiones, cerrada cada una

de manera independiente desde fuera. Aquel día, las dos celdas se encontraban vacías. En el pasillo, un recipiente metálico despedía un olor appestoso. Al lado, sobre una piedra, un cántaro con agua.

Cada celda contenía un camastro, un colchón relleno de paja reducida a polvo, más unas mantas militares enrolladas a guisa de almohada.

A mediodía, una joven acompañada de un gendarme nos trajo la comida, que comimos las tres de pie, sin atrevernos a sentarnos en el camastro de lo asqueroso que estaba. Mientras tanto, la joven esperó a que acabáramos para llevarse la cesta con los platos.

Una vez hubimos terminado de comer, pedimos permiso para ventilar las mantas en el patio y barrer los calabozos.

El hombre nos respondió que era domingo. Pero la joven, que nos había estado mirando durante la comida, intervino en nuestro favor.

De todos modos, aprovechamos que el gendarme charlaba con ella para hacerlo a toda prisa.

También bajo vigilancia, se nos permitió lavarnos en una fuente que había al final del largo pasillo. De nuevo dentro de la celda, nos atrevimos por primera vez a sentarnos en aquellas literas.

Supliqué a nuestro guardián que me concediera la gracia de andar unos pasos por el exterior. Dolorida y febril, allí no podía ni respirar. Las chicas me acompañaron al patio. Después de dar varias vueltas observados, con compasión o con indiferencia, por los vecinos desde sus ventanas, nos llevaron nuevamente al calabozo y el gendarme lo cerró con llave.

Nos quedamos a oscuras, muy cansadas; el frío nos invadía. Acabamos por acostarnos en el inmundo camastro. Un poco más tarde se abrió la puerta y el gendarme reapareció entre el fulgor de una linterna. Se acercó a nosotras y me tendió un paquete envuelto en papel de periódico.

—Es un ladrillo caliente —dijo.

El paquete quemaba. Le dimos las gracias, emocionadas por ese gesto, y nos juntamos las tres para darnos un poco de calor.

Agotada y conmovida, caí en un sueño profundo. Cuando me desperté, una luz cenicienta penetraba por la lucerna. A mis pies estaba el ladrillo bienhechor, que ya se había enfriado.

Abrieron la puerta con estruendo y dijeron nuestros nombres. Nos llevaron a un camión al que nos obligaron a subir. Nos dieron una ración de pan para el camino.

El vehículo estaba lleno de fugitivos arrestados en distintas localidades de la frontera y transferidos, como nosotras, a Annecy.

XI

ANNECY

Después de varias horas viajando a través de las montañas grandiosas en su decorado invernal, el autocar llegó a una ciudad, se metió por algunas calles y se paró delante de unas altas murallas. Un gendarme llamó a un gran portón de hierro; rechinó una cerradura, se abrió una verja y entramos en el patio de una cárcel.

Estábamos en una prisión.

Nos pusieron en fila a lo largo de un pasillo que iba desde el pórtico hasta unos despachos. Al estar las puertas abiertas, el viento gélido se colaba por todas partes. Fueron metiéndonos allí, unos tras otros, delante de un funcionario que redactaba nuestras órdenes de detención y nos hacía rellenar y firmar un cuestionario. Otro funcionario nos tomó las huellas y procedió a tomarnos las medidas habituales, tallaje, etcétera. Nos quedamos allí, apáticos, alzando ridículamente el dedo ennegrecido por la tinta y esperando indolentes que acabaran aquellas formalidades.

Los hombres fueron conducidos de inmediato al fondo de un patio grande donde estaba la sección que les correspondía: eran veintiocho. Nosotras éramos once mujeres, una de las cuales tenía dos niños muy pequeños. A esta no tardaron en enviarla a la enfermería. Otra iba con un niño de seis años al que mandaron a un orfanato. El pequeño se fue sin rechistar. Estaba tan agotado como los adultos.

Según nos ordenó el funcionario, seguimos a una carcelera que nos llevó a otra sala, igualmente gélida. Allí, nos registró detenidamente, nos quitó tijeras, agujas, cordones y cosas por el estilo, y me confiscó una botella de jarabe contra la tos. Ella dijo que no sabía si ese era exactamente su contenido. Una vez depositados los equipajes en el almacén, la guardiana se

dirigió a una puerta cerrada que tenía una mirilla y un letrero en el que ponía: TALLER, detrás de la cual parecía oírse un murmullo de voces. La abrió y nos indicó que entráramos. Las voces se callaron y lo primero que vi, como en una pesadilla, fue un montón de caras pálidas de mujeres vueltas hacia nosotras.

Me quedé un momento cerca de la entrada, pegada a la pared. Mi cabeza estaba tan embotada como vacía. Escruté la sala. Dos ventanas enrejadas daban luz a la estancia de paredes blancas. Unos bancos y tres grandes mesas eran todo el mobiliario de la habitación. Enfrente de la puerta había otra más pequeña, con el letrero escrito a lápiz: BAÑOS.

En cuanto la carcelera desapareció, todas las prisioneras se levantaron, nos rodearon y nos asaltaron a preguntas. ¿Qué noticias había de la guerra? ¿Había aumentado o disminuido la intensidad de las persecuciones? ¿De dónde procedíamos? ¿En qué circunstancias nos habían arrestado? ¿En qué localidad había sido? Y así continuamente...

Hacía mucho rato que había pasado la hora de comer; debido a nuestros viajes y a las formalidades del ingreso, sencillamente nos la habíamos «saltado»; las prisioneras juntaron algunas provisiones para darnoslas a nosotras.

Me senté en un banco a escuchar lo que contaban acerca de huidas y arrestos mientras, a duras penas, contestaban a las mil preguntas que la angustia inspiraba a mis compañeras. En aquella sala, todos los pensamientos giraban alrededor de estos cuatro problemas: guerra, huida, arresto, deportación. Esta última palabra se pronunciaba de una manera especial, bajando un poco la voz con un escalofrío contenido y una expresión de horror.

A las seis, la puerta se abrió y pusieron sobre las mesas los recipientes que contenían una sopa de verduras, patatas y fideos.

—¡Las nuevas! —nos llamó la carcelera.

Nos presentamos ante ella y nos dio a cada una un cacillo y una cuchara. Los cuchillos y los tenedores, al ser instrumentos de posibles suicidios, estaban prohibidos.

Una media hora más tarde se distribuyeron cartas y postales censuradas y paquetes previamente registrados.

Los allegados de la mayoría de las cautivas ya habían sido deportados, por lo que los paquetes constituían una ganga de unas pocas privilegiadas. Las beneficiarias lo sabían y compartían aquellos envíos con todas las demás.

A las siete, la carcelera apareció otra vez para gritar:

—¡Todo el mundo al dormitorio! —Y luego—: ¡Las nuevas!

Recibimos una sábana y una toalla de color gris oscuro. Como lavarlas era imposible, debido a la falta de jabón, la prisión se limitaba a hervir la ropa blanca.

Fui detrás del tropel de mis compañeras de infortunio.

—Ven y mira —me dijo una de ellas—, para que estés al corriente cuando te suceda a ti.

En el pasillo había unos recipientes de chapa esmaltada que teníamos que llevarnos al dormitorio. Los cogimos al mismo tiempo que unos cacillos con agua para la noche. Tardé varios días en acostumbrarme a manejar con destreza aquel complicado tráfico de recipientes.

Los dormitorios grandes contaban con entre veinte y treinta jergones; los pequeños, con tres o cuatro... A mí me instalaron en uno de estos últimos, compartido con dos presas. Las tres nos presentamos.

Una de mis vecinas era la madre de un cantante célebre en América. Su marido se hallaba encarcelado en la sección de los hombres. Los cónyuges tenían derecho a intercambiarse dos cartas por semana, y esta pobre mujer no vivía más que de esos trozos de papel, calificados de cartas, que debía redactar en francés y que recibía en el mismo idioma. No era fácil para ellos, pues la pareja era holandesa y apenas si tenía nociones de francés. Nosotras la ayudábamos como podíamos con su correspondencia.

La otra mujer, una alemana enérgica y muy guapa, era esposa de un fabricante, otrora millonario, que en 1935 había conseguido sacar de Alemania una parte de su fortuna. El matrimonio se había establecido en los alrededores de Lyon. Los contactos profesionales del marido le habían granjeado a su negocio una pequeña pero muy fiel clientela francesa. En 1940, la ley concerniente a los judíos alemanes, acusados de ser miembros de una quinta columna nazi en Francia, los llevó, junto con sus dos hijas, a un campo de concentración. Después de meses de esfuerzos, y gracias a la intervención en Vichy de un abogado lionés muy reputado, toda la familia fue liberada.

Con la llegada de los alemanes a Lyon y ante el peligro inminente de deportación, tuvieron que huir hacia la frontera helvética, en la que fueron rechazados y conducidos a la prisión de Annecy.

Aunque esos dos matrimonios habían contado con pasadores «de primera clase», su suerte fue similar a la mía.

Las dos mujeres se habían lanzado a aquella aventura con abrigos de pieles y vestidos elegantes, más algunas joyas y unos minúsculos maletines para su lencería. No querían llegar a Suiza vestidas con harapos, ya que estaban muy seguras de que el éxito coronaría su tentativa de huida.

Yo había empleado el procedimiento inverso con el mismo resultado.

¡Qué extraño espectáculo era ver a aquellas dos mujeres, tan pulcras y elegantes, sentadas sobre el miserable jergón de aquella celda desnuda y fría!

Mis dos compañeras me informaron de que estábamos en prisión preventiva. Deberíamos pasar ahora por un proceso en toda regla. De su desenlace dependía nuestra liberación o el traslado a uno de los campos de Francia, donde nos esperaba probablemente la deportación. En principio, se internaba allí directamente a las personas de menos de sesenta años que hubieran cometido el delito de desplazarse sin autorización y usando documentación falsa. Por tanto, yo necesitaba urgentemente hacerme con los servicios de un buen abogado. Ellas ya contaban con uno.

Pasé la noche con mucha inquietud y atormentada, reflexionando acerca de todas esas necesidades. Además, en medio de ese caos interior, tosía sin parar. El dormitorio común, como era de esperar, no tenía ninguna calefacción, y yo había cogido frío cuando fui en dirección a Suiza caminando sin zapatos.

A las seis de la mañana hicimos nuestra «cama»; a las seis y media la carcelera abrió las puertas para llevarnos al susodicho «taller».

Allí, de dos en dos, nos lavábamos en un fregadero sobre el que manaba el agua de dos grifos. El frío fustigaba, pero una vez aseadas, nos podíamos poner nuestros abrigos y nuestros guantes y a duras penas conseguíamos así calentarnos un poco. Con este objetivo, las mujeres de origen alemán hacían, además, gimnasia.

Seguida de dos prisioneras condenadas a penas de dos y tres años, la carcelera reaparecía proclamando:

—¡Toca la hora del café!

Nos poníamos en fila con los cacillos en la mano y, mientras una de las presas nos distribuía la ración diaria de pan, la otra nos servía aquel brebaje. Luego, permanecíamos en esa misma sala, donde escribíamos, leíamos y arrostrábamos el futuro, muy juntas unas con otras. Un cristal roto nos hacía las veces de un tragaluz abierto.

Una vez a la semana, a eso de las diez, la carcelera anunciaba:

—¡Señoras, toca ir de compras!

A partir de ese momento, podíamos inscribirnos en una lista e indicar qué cosas, de entre los pequeños objetos que estaban autorizados, queríamos que nos hicieran llegar: papel de carta, tinta, portaplumas y plumines (que tenían la particularidad de perder su punta al primer uso); jabón hecho de arena y arcilla y unas «sacarinas», caramelos negros de uvas pasas azucaradas, permitidos probablemente para endulzar la amargura de nuestros días. De todo aquello hacíamos un gran gasto.

Nadie allí disponía de cupones. Las cartillas de racionamiento que se hallaban en poder de los fugitivos eran todas confiscadas, unas porque pertenecían a algunos franceses, otras porque eran falsas. Los amigos, avisados del arresto, las enviaban a menudo a los detenidos. La población y la caridad pública francesas también las mandaban a nuestra atención a la dirección de la cárcel.

El «taller» solo tenía de taller el nombre. Era imposible trabajar en él por la sencilla razón de que las agujas y las tijeras estaban prohibidas. Perdíamos el tiempo allí en una ociosidad que a veces se veía interrumpida por discusiones violentas, ya que, además de las treinta y cinco malhechoras de nuestra especie que habíamos querido «pirárnoslas sin autorización», nos acompañaban también dos ladronas profesionales, con tres condenas cada una, una perista, una cómplice de un fabricante de falsos cupones de racionamiento y una chica ligera de cascos que se había aprovechado de su «visita» en un hotel para robar unos vestidos.

La armonía estaba lejos de reinar entre esas mujeres, que se arrojaban a la cara los insultos más pintorescos. Eran «el hampa» por excelencia. Y a mí me parecía estar viviendo en una novela de Carco...*

Entre las fugitivas había una doctora alsaciana, una pianista polaca, dos estudiantes belgas, la mujer de un rabino de Amberes, la de un diamantista de esa misma ciudad, cinco polacas con sus hijos, una rusa de Bakú, una holandesa y varias alemanas y austriacas.

Jóvenes o mayores, guapas o feas, frescas o marchitas, chicas o amas de casa, todas habían escapado de la deportación.

Una joven francesa, pasadora compasiva, que había guiado a fugitivos hasta la frontera, había sido detenida y encarcelada con ellos. Buena y paciente, era el consuelo de las débiles. Su beneficiosa influencia llegaba a todas las presas que le pedían consejos para cualquier cosa y solicitaban todo tipo de información.

Era la señorita Adrienne, la única de nosotras que se mostraba siempre inalterablemente apacible.

Una mañana en que nuestra carcelera, a quien teníamos que llamar *la patrona*, vino para llevarse a varias presas al locutorio, me acerqué a ella y le pedí que me devolviera mi botella de jarabe contra la tos.

Ella gritó:

—¡Ya se le ha dicho que nada de jarabe!

Intenté convencerla:

—Es que toso y no dejo dormir a mis compañeras.

Entonces, ella estalló:

—¿Es usted o soy yo quien ha de velar aquí por el orden? ¿Quién me dice a mí que hay jarabe en esa botella? ¡A lo mejor se quiere usted envenenar! ¡Ya hemos visto de todo por aquí! Si vuelve a pedírmelo, pasará la noche en el «taller». Y escuche bien: si me cabrea, esta tarde no hay cartas ni paquetes para ninguna de ustedes —gruñó mientras salía.

Me intimidó tanto aquella bronca que corrí a ocultarme detrás de mis compañeras.

Para consolarme, escribí a los Marius, que probablemente ya debían de estar al corriente de mi desventura por el señor Jean Letellier.

Pronto pude comprobar que nuestra carcelera no era tan feroz. Acostumbrada a mantener una disciplina absoluta entre sus internas habituales, nuestra presencia la descolocaba. Desorientada, disimulaba su malestar por nuestra causa amparándose en una rudeza huraña y gritona.

Cuando, para dirigirnos a ella, empezábamos con:

—¿Puedo pedirle...?

Ella nos interrumpía enseguida:

—No hay nada que pedir aquí. Yo doy las órdenes. ¡Obedezca!

Por lo que no nos atrevíamos a proseguir con:

—¿... pedirle autorización para cerrar la ventana que hay arriba de la cama? La lluvia nos está inundando.

Lo que no impedía que ella vociferase al día siguiente:

—¡Serán holgazanas, mira que dejar una ventana abierta y que la lluvia las mee encima!

En cambio, si se percataba de que habíamos cerrado una ventana sin su autorización, exclamaba, con una voz que te ponía la piel de gallina:

—¿Quién ha cerrado esa ventana? ¿Soy yo la que manda aquí o qué pasa? Entonces nos sumíamos en un ansioso silencio.

—La patrona es una bocazas —decía la perista—. Os grita para que os duela la barriga.

Estas escenas deberían habernos divertido, pero estábamos demasiado estremecidas por las sacudidas anteriores. Por otra parte, todos los días nos llegaba la noticia de que algunas de nuestras compañeras eran sacadas de la cárcel en dirección a Gurs. Atormentadas por la perspectiva de la deportación, estábamos extremadamente nerviosas y nos tomábamos muy en serio cada pequeño incidente cotidiano.

Un sábado por la tarde, Adrienne nos dijo que al día siguiente dirían misa en la capilla de la cárcel.

—¿Y si vamos todas a rezar? Dios está allí para todo el mundo, sin distinción de religiones —propuso una de las presas.

La mayoría aceptó.

Antes de llevarnos a los dormitorios, la patrona anunció:

—¡Mañana toca ir a misa! ¿Quiénes son las que irán?

Alzaron la mano unas veinte de nosotras.

Profundamente disgustada, la patrona protestó:

—Si en los tiempos que corren se apuntan todas las judías para ir a la capilla, no habrá sitio para las cristianas de verdad.

Con amabilidad, Adrienne contestó:

—A ver, señora, no irá usted a impedir que estas desgraciadas vayan hacia Dios, ¿no? ¿No es eso lo que manda Nuestro Señor?

El argumento la confundió. No supo qué decir. Ni tampoco recurrió, quizá porque no tocaba, a su método habitual, el de vociferar hasta desgañitarse. Aquel fue, creo yo, un hito en su vida.

Pero al día siguiente se vengó. Cuando las presas quisieron entrar en la pequeña capilla, ubicada en un desván de la cárcel, ella gritó de repente:

—¡Las cristianas primero!

Tal vez hizo esa discriminación más por convicción que por necesidad de demostrar su autoridad. Era su peculiar manera de manifestar sus sentimientos cristianos. Nuestra patrona, en realidad, no tenía el alma negra, sino que sencillamente estaba infatuada por la importancia de su papel de carcelera principal de la prisión.

Bromeo hoy sobre aquella carcelera (a quien nosotras llamábamos, en la intimidad, *la señora Ya Toca*) sin ningún resentimiento e incluso con un atisbo de simpatía. Habida cuenta del poder ilimitado que disponía sobre nosotras, hay que reconocer que podría haberse mostrado mucho más totalitaria todavía.

Nuestra existencia de reclusas atormentadas tenía también sus momentos de recreo. Un domingo, una encantadora vienesa, rubia con ojos verdes, a quien su avanzado estado de gestación no había quitado su prestancia, madre del muchacho enviado al orfanato, recibió la visita de su hijo, acompañado por una monja.

La religiosa contó que el gendarme, cuando llevaba al nene, le había preguntado su nombre sobre la marcha con el fin de entregarlo debidamente en la institución.

—¿Cómo te llamas?

—François Besson —había respondido el niño, tal como sus padres le habían enseñado (pues toda la familia llevaba, como era costumbre, una documentación falsa).

—Vale. Pero ¿tu nombre de verdad?

—Me llamo François Besson —había vuelto a decir el chico con firmeza. Cuando el gendarme volvió a insistir, el niño, en absoluto desmoralizado, había acabado por reafirmar:

—Oiga, si no me cree, pregúntele a mi mamá. Yo sé muy bien que me llamo François Besson.

El gendarme se quedó boquiabierto. Desconocía que decenas de siglos habían forjado la resistencia moral de ese joven hijo de Israel.

La religiosa nos dijo también que la monja que vigilaba a los pequeños del orfanato le había preguntado al niño:

—¿Y tu papá y tu mamá se han muerto?

—Todavía tengo papá y mamá, están en la cárcel, pero usted sabe, señora, que no han robado nada. ¡Es porque son judíos!

Y las monjas se habían quedado estupefactas y enternecidas.

Elocuente por el éxito que despertaba, el niño nos dijo, con su encantador parloteo, que le habían dado juguetes y que se divertía con los demás niños.

—¿Sabes, mamá?, ellos no son judíos, pero también son buenos. No me pegan.

La madre, orgullosa como una reina, contó a las mujeres que la rodeaban cómo su pequeño se había encarado con los gendarmes cuando fueron a arrestarlos. El chaval la interrumpió:

—Les dije todo lo que me habías enseñado, mamá.

Era un niño rubio y rosado, con hoyuelos en la cara, muy parecido a su madre. Sus palabras y su actitud eran especialmente maduras y reflexivas. «Un día —pensé yo al observarlo—, será uno de esos judíos que no despertarán simpatías. Lo criticarán por ser demasiado espabilado, astuto e insoportablemente capaz. ¡No me extraña, después de pasar por esta escuela de la vida! ¡Seis años! ¡Pobre crío!»

La puerta del «taller» se abrió y la patrona proclamó:

—¡Toca la hora de la sopa!

Por ser domingo, encima de las mesas estaban ya puestos los recipientes llenos de una sopa con escasos guisantes y unos cuantos fideos.

La hora de la visita había acabado...

La apacible religiosa del orfanato y el niño rosado se marcharon.

XII

SAINT-JULIEN

Al cabo de una semana, un grupo de presos debía ser conducido al palacio de justicia de Saint-Julien. Unos para ser interrogados allí por el juez de instrucción, y otros para pasar al tribunal penal. Yo estaba entre los primeros.

A las seis de la mañana, fuimos sacudidas por el habitual: «¡Toca levantarse!», seguido esta vez por un: «¡Andando al tribunal!». Luego la patrona pasó lista, que, como siempre, destrozaba sin querer; y a cada intento de rectificación, replicaba:

—No, si yo quiero pronunciarlos bien, pero es que todos estos nombres son turcos... Y yo, además, no sé latín.

Entonces nos reíamos todas, incluida la patrona, orgullosa y satisfecha del efecto de sus propias palabras.

Nos metieron en un «coche celular» improvisado.

Aquel viaje hasta el tribunal fue para nosotras un auténtico recreo. Nos ofrecía la oportunidad de abandonar la prisión por unas horas, de contemplar el sol, el bosque, los campos, los Alpes con sus cumbres nevadas, el invierno en todo su esplendor.

El traslado nos puso en contacto con fugitivos más recientes que traían noticias nuevas.

Viajábamos con detenidos de todo tipo: ladrones, vagabundos, borrachos, atracadores y peristas. El personaje principal era un asesino con las manos esposadas y flanqueado por dos gendarmes. Estaba sentado al lado de una encantadora rubia, acusada de haber bailado en un lugar público. Nos tomaba por testigos de la injusticia de la que era objeto:

—¡Bailar! Pero ¿es que ahora es un crimen bailar?

Los hombres que estaban presentes le dieron la razón para complacerla.

Nadie le reprochó que la mayoría de los criminales del autocar no tenía sobre su conciencia más que el delito de haber querido huir de la deportación.

Una vez que llegamos a Saint-Julien, las «nuevas» tuvieron que quedarse en una pequeña sala que había delante del juez de instrucción. Este hizo las consabidas preguntas y nosotras nombramos el único motivo por el que nos habíamos arriesgado a evadirnos. Como aún no habíamos contactado con ningún abogado, «nuestro proceso» fue aplazado una semana.

A continuación, fuimos conducidas a la gran sala del tribunal; nos autorizaron a asistir a los juicios.

En primer lugar, se juzgó a algunos delincuentes.

En el caso de un ladrón de diez pollos, el juez preguntó:

—De acuerdo, usted quería coger un pollo para celebrar la Nochebuena, pero ¿por qué degolló también a los nueve restantes?

—Es que parecía que ellos mismos lo estaban pidiendo. Por eso pensé en mis colegas. ¡Quién rechaza un pequeño pollo por Navidad!

Lo decía muy serio. Los testigos declararon que, en efecto, él había repartido aquellos pollos. El exterminador del gallinero fue condenado a un mes de cárcel con remisión de condena.

Inmediatamente después vino el proceso de mayor importancia de la jornada: el asesinato. Los peritos hicieron largas declaraciones y luego se llamó a los testigos. Por último, el acusado, un hombre alto y extremadamente pálido, se levantó.

Originario de Bremen, de nacionalidad alemana, judío, el asesino había venido con su mujer a refugiarse en Francia. Al principio, los dos vivían en París tranquilamente gracias a la ayuda que les enviaba un pariente suizo. Luego sobrevino la orden de arresto de los judíos alemanes, acusados colectivamente de ser quintacolumnistas. La pareja fue separada: ella fue a Gurs y él a una fortaleza. Después de seis meses, la mujer, desfallecida, al borde de la extenuación y con el sistema nervioso destrozado, fue liberada. A su vez, un mes más tarde, la ley de revisión relativa a los judíos alemanes y austriacos permitió liberar al marido. Recibieron la autorización de residencia obligatoria en una pequeña localidad de los Alpes Marítimos, donde volvieron a su vida normal.

Sin embargo, la mujer no conseguía espantar el recuerdo de los meses pasados en el campo de Gurs, durante los cuales creyó que su esposo había sido deportado al este. Le exigió que jurara que la mataría si semejante circunstancia volvía a darse. Durante mucho tiempo, el marido se negó a hacerlo.

La mujer padecía de insomnio; una noche, se tragó un tubo entero de somníferos. Lograron reanimarla y devolverla a la vida. Pero inmediatamente anunció que volvería a intentarlo a la primera ocasión. Le era imposible, decía ella, continuar viviendo bajo la amenaza constante de una deportación. Para tranquilizarla, y no creyendo en absoluto que se reanudaran las persecuciones, el hombre le había jurado finalmente que le daría muerte a ella y luego se mataría él mismo. A partir de ese momento, ella se calmó, casi hasta la serenidad. Enfermera de profesión, empezó a cuidar a los niños y a los ancianos del pueblo con tanta alegría y entrega que todo el mundo rodeó a aquel matrimonio de simpatía y de reconocimiento, tal como contó uno de los testigos.

Las leyes racistas, promulgadas en Francia en 1942, supusieron el reinicio de unas persecuciones cada vez más violentas. El matrimonio, como tanto otros, optó por el intento supremo de huir a Suiza.

Ligeros de equipaje, entre el que escondieron una gran navaja barbera de acero, se pusieron en camino hacia la frontera con otros fugitivos, guiados por un pasador.

Los pillaron justo en el momento de cruzar las alambradas. En un descuido, mientras los gendarmes se ocupaban de sus compañeros, la mujer sacó la navaja de su maleta y, dándosela a su marido, le ordenó:

—¡Hans, lo has jurado!

Enloquecido él mismo por aquel arresto repentino, el marido cogió el arma asesina y, como hipnotizado por la voluntad de su esposa, le cortó el cuello. Los gendarmes corrieron de inmediato. Entonces, él se hizo dos cortes profundos y cayó ensangrentado junto al cuerpo de su compañera. Su último movimiento, según dijo uno de los aduaneros testigo de la escena, fue abrazarse a la moribunda. Otro confirmó el relato, diciendo:

—Yo estaba presente. ¡Fue exactamente así!

El médico que llegó hasta el lugar certificó la muerte de la mujer y el estado de desesperación del hombre. Vendó provisionalmente las heridas del moribundo y ordenó que lo trasladaran al hospital más cercano. El matrimonio fue llevado a Z.: ella directamente a la morgue, él a un quirófano.

—Es incomprendible para mí cómo el asesino pudo hacerse aquella herida —relató el médico en el estrado—. Lo que puedo afirmar en conciencia es que se trata de uno de esos hechos que entran en la categoría del azar y que se pueden calificar de milagrosos si creemos en la voluntad divina. Además, no hay más que ver las dos horribles cicatrices del asesino para constatar lo extraordinario de este suceso.

El médico pericial mandó al detenido girar la cabeza, y un escalofrío recorrió la sala. Se podían ver desde lejos las dos grandes heridas, apenas aún cicatrizadas, que cruzaban la garganta por la mitad.

El médico concluyó:

—Vuelto en sí, el desgraciado aprovechó la ausencia momentánea de uno de los guardias para quitarse las vendas; lo hallaron en medio de un charco de sangre. El hospital lo había trastornado. Llegados a este punto, se puede decir que solo la constitución excepcionalmente robusta de este hombre explica que se haya salvado contra su voluntad; después de este segundo intento, hemos tenido que atarlo.

El tribunal estaba profundamente impresionado.

Llegó luego el turno de palabra del fiscal general:

—Cualquiera que haya sido la tragedia, el hecho es este: la mujer ha muerto asesinada; el hombre está delante de ustedes y con vida. Pido la pena correspondiente con circunstancias atenuantes.

Volvió a sentarse y todos tuvimos la impresión de que acababa de cumplir con su deber profesional muy a su pesar.

El abogado del acusado explicó entonces la vida de los dos perseguidos, con frases cada vez menos esperanzadas debido a los acontecimientos. Hizo su alegato y terminó con estas palabras:

—Señores del jurado, cuando el médico, aquí presente, ordenó el traslado del moribundo para que fuese operado de urgencia, el coche fue hasta el hospital de la población más cercana, la de Z. El alcalde, avisado por teléfono de la llegada del trágico transporte, tomó una decisión que quedará

grabada como una vergüenza: «Es un judío. No quiero tener problemas con los alemanes en mi comunidad. ¡Que se lo lleven a Saint-Julien!». El vehículo tuvo que recorrer todavía varios kilómetros antes de poder dejar al que se moría y a la que ya había muerto.

Hubo un momento de indignación en el jurado, que se amplificó como un murmullo de reprobación general.

—¡Esto es, señores del jurado, lo que ha ocurrido en la Francia de 1942! Para reparar esta abominable acción, pido que se libere inmediatamente a un hombre que ni puede ni debe ser culpado de asesinato, sino del crimen de haber cumplido una promesa sagrada que él mismo quiso, a su vez, pagar con su vida.

Una hora más tarde, el acusado abandonaba la sala. Agotado por la emoción y la fatiga, se apoyaba en dos personas caritativas. Estaba absuelto.

El tribunal debía aún continuar por la tarde y, como los detenidos no podían ser devueltos a la cárcel más que todos juntos, hasta que acabaran las sesiones nos encerraron en el «talego», un sitio que yo ya conocía por haber pasado allí la noche previa a nuestra encarcelación.

Esta vez, entre sentados y echados en los dos catres o de pie en el corredor, conté un total de veintiuno. Dos guapas saboyanas nos trajeron la comida desde un albergue cercano. Allí, apretujados pero hambrientos, la devoramos.

La odisea de los cautivos, relatada durante aquellas horas de espera, era desgarradora: padres a quienes les habían quitado a sus hijos; madres de familia sin marido; un padre con dos niñas de seis y ocho años a quienes los habían separado de esposa y madre en una redada en un mercado de Marsella. Fue a hacer la compra y no volvió. Un abogado de Bruselas, un industrial de Mulhouse, un cura de Praga vestido de paisano; dos escritores alemanes, una doctora psicoanalista, también alemana, una cantante austriaca, un rabino de Amberes cuyos siete miembros de su familia habían sido deportados cuando él estaba celebrando su oficio, un pastor, una mujer con su bebé, etcétera, etcétera. Cada nuevo «caso» parecía más trágico que el anterior. ¡Un crescendo de sufrimientos, de deportaciones y de desapariciones!

La cara del exterminador de aves de corral, comparada con la nuestra, era la de un hombre favorecido por el destino. Estaba, además, muy satisfecho de la sentencia de su proceso y le encantaba seguir en nuestra compañía. Compartíamos con él cigarrillos y comida; el pobre tipo no parecía haber comido desde el famoso festín de los pollos.

Charlando con los nuevos presos, supimos que las autoridades alemanas habían reemplazado a las tropas italianas de ocupación por soldados del Reich en casi todos los sitios de Francia donde estaban; los alemanes habían vencido en todos los lados, la situación política los favorecía, sus gestiones diplomáticas eran coronadas por el éxito, y los países invadidos gemían bajo un yugo cada vez más pesado.

Aquella tarde oí decir mi nombre a la hora de la distribución del correo: era una carta de mi querido profesor, quien había planeado pasar unos días en Niza pero, por razones familiares, se había visto obligado a quedarse en Lyon. Yo le había avisado de mi arresto. Me decía ahora en su carta que, en mi caso (desplazamiento sin autorización, intento de fuga), por desgracia, debía ir haciéndome a la idea de que me llevarían al campo de Gurs; sin embargo, añadía, no habría un peligro inminente de deportación. Me prometía que, en cuanto me trasladaran a ese campo, iría a visitarme para examinar conmigo las posibilidades de una liberación.

Toda la bondad y toda la abnegación que su carta expresaba hacia mi persona no podían consolarme de la perspectiva de verme condenada a Gurs. Pasé una noche agitada, buscando una salida y meditando por qué medios podía llevar a cabo una nueva tentativa de huida. No veía ninguno. Afloró en mí, entonces, el pensamiento del último medio. Tres días antes, justo cuando iba a ser trasladada, una mujer se había abierto las venas rompiendo un cristal en la sala donde estaba encerrada esperando a los gendarmes. Sentí con toda nitidez que, llegado el momento, me faltaría un valor como ese. Demasiado numerosos eran los vínculos que me ataban todavía a la existencia; yo amaba la vida, y la idea de volver a ver a mi madre y a los míos me daba la energía para buscar la salvación.

Al día siguiente, a la hora del correo, volvieron a decir mi nombre. Esta vez era una carta de los Marius. Me transmitían su dolor por mi situación, me expresaban la inquietud en la que habían pasado las fiestas navideñas y me hablaban de algunos amigos que querían saber de mí. Me preguntaban con tristeza cuál había sido mi suerte: ¿encarcelamiento o campo? Y también cómo podían llegar hasta mí. La cantidad que yo les había pedido había sido enviada a mi abogado por giro telegráfico.

Me anunciaban, además, el envío por correo de unos cupones de racionamiento a la dirección de la cárcel. Su carta me animó y me consoló; en adelante podía contar con la ayuda de un abogado, última esperanza de cada preso.

Dos días más tarde llegó un paquete, el cual contenía tantas maravillas y rarezas que causó sensación: dos muslos de conejo, fruta en almíbar, jabón, dos toallas, una sábana.

La detenida cómplice del falsificador de cupones de racionamiento dijo: —¡Pero si es un trozo de jabón de verdad!

Descubrí también tres agujas escondidas en una caja, debajo de un camembert bien curado. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentí un placer palaciego, ya que el hecho de comer se había convertido para mí en una especie de monótona obligación.

Aquella noche, Cenicienta durmió en sábanas blancas, sobre una almohada envuelta en una toalla limpia.

Una mañana, la patrona me llamó con voz estentórea. La seguí al locutorio, donde me esperaba mi abogado, y nos presentamos.

Además del giro telegráfico, le habían mandado mi pasaporte y diversos documentos. ¡La famosa carta de recomendación de la Presidencia del Consejo de 1939 reaparecía una vez más! El volumen de Jules Chancel figuraba también en el dossier.

El letrado era muy amable y enseguida nos pusimos a charlar. Me dijo, sonriente, que en mi dossier había suficiente documentación capaz de exonerarme de crímenes tan graves como el intento de escapada a Suiza. Por otra parte, dijo él, los rigores judiciales se habían distendido desde hacía

poco, al haber concentrado las autoridades alemanas la atención en otras cosas. Se había liberado a algunos refugiados que ya habían purgado su condena, y a otros se los había enviado a sus antiguas residencias o dirigido a los departamentos menos vigilados por los nazis. Los procesos en curso, me explicó para que yo me orientara, no tenían otro sentido que una mera formalidad obligatoria, mientras los alemanes no tomaran medidas ellos mismos con el menor pretexto, metiéndose en los tribunales y acabando por paralizar toda la administración policial y judicial del país. Había, pues, que guardar las apariencias de una estricta severidad con los refugiados para no dar pie a un mayor control de las instituciones francesas.

La semana que empezaba se me presentaba bajo felices auspicios y permitía algunas esperanzas a las que yo me aferraba como por encantamiento.

También vino marcada por la liberación de la señorita Adrienne, quien, al irse, nos dedicó a cada una de nosotras una frase de ánimo y nos dio algunas recomendaciones. Me pasó la dirección de varias personas a las que podría pedir ayuda y consejo, una vez hubiera recobrado la libertad.

Otras presas, cuando salieron de la cárcel, prometieron enviarnos noticias suyas para tenernos al corriente de lo que les iba ocurriendo y de ese modo poder orientarnos acerca de lo que nos esperaba a nosotras.

La semana terminó con un hecho destacado: la constatación de que haber estado todos juntos en el «talego» nos había acarreado a varias de nosotras unos cuantos piojos. ¡Menudo alboroto! Procedimos a un despiojamiento recíproco, febril y concienzudo, que nos ocupó la jornada entera. Mi impresión era la de hallarme en una de esas grandes jaulas de monos en las que el espectáculo de esa misma ocupación simiesca tanto me había divertido cuando era adolescente.

De nuevo, entró la patrona y, con un tono especialmente grave, de timbre severo, anunció:

—¡Toca el tribunal!

A continuación venían los nombres de las detenidas (convertidas con el tiempo en «veteranas»), que ella pronunciaba ya con una precisión absoluta y un acento impecable, y luego los de las «nuevas», quienes, por su parte,

debían comparecer ante el juez instructor.

Todos los presos, hombres y mujeres, subimos al autocar con un estremecimiento de alegría interior.

De camino, nuestro vehículo colisionó con un camión. Después del choque, el motor se negó a volver a ponerse en marcha; parecía el corazón de un coloso que había dejado de latir por la emoción de su propio crimen. Su víctima, el camión, literalmente aplastado, yacía junto a una hondonada en la cuneta. En vano el conductor, ayudado por los gendarmes, intentó denodadamente reanimar a la bestia. ¡Nada que hacer! Los detenidos tuvimos que terminar el viaje a pie durante varios kilómetros. Éramos numerosos y hubo que ponerle las esposas al grupo que iba más lento, porque «se quedaba rezagado *adrede*», como se empeñaba en afirmar uno de los guardias.

Cárcel, huellas digitales, comparecencia en los juzgados, esposas, nada faltaba en el cuadro. Cuando, bien flanqueados por nuestra escolta de gendarmes, entramos en la sala del tribunal, me acordé de la ilustración de una edición de Courteline. Esa similitud me hizo reír.

El primer asunto de la audiencia concernía a un pasador que llevaba muchos meses dirigiendo numerosas huidas a un precio cercano a los cien mil francos por cabeza. Debido a esas sumas tan desorbitadas, fue condenado a tres años de trabajos forzados.

Luego le llegó el turno a una mujer con un bebé en brazos. Por haber querido huir, le fue infligida una pena de un mes de detención. La misma mujer estaba citada como testigo de cargo contra su pasador.

Después de haber cobrado la cantidad convenida, el pasador, ya en el transcurso de la caminata, le había exigido otros cinco billetes de mil francos.

—Sé que todavía lleva dinero encima —le había dicho él.

—No lo niego —había dicho la mujer—, pero no conozco a nadie en Suiza y, como puede ver, voy con un bebé enfermo.

—Como guste —replicó el hombre—, pero entonces yo la dejo plantada aquí mismo.

La mujer obedeció. Dos kilómetros más lejos, el niño empezó a llorar, apareció un gendarme y el pasador se dio a la fuga. Conducida hasta la aduana, se encontró allí, para su resarcimiento, con el estafador, a quien habían detenido después que a ella.

El fiscal y los jueces reprendieron severamente al inculpado, quien fue condenado por estafa y chantaje.

A continuación comparecieron cuatro jóvenes de entre veintidós y veinticinco años. En el momento de la declaración de guerra se habían integrado, como voluntarios, en un grupo de cincuenta jóvenes judíos polacos. Con el armisticio, habían sido enviados a Marruecos y enrolados, en calidad de «subsidiarios», en la Legión Extranjera. En cambio, quince de ellos, que tenían familia en Francia, fueron autorizados a permanecer en algunos campos de la metrópoli antes de ser liberados. Se produjeron las persecuciones y ocho «subsidiarios» fueron deportados a Alemania. Otros lograron llegar a Inglaterra de milagro. Los cuatro últimos habían cruzado a pie la distancia que separa los Alpes Marítimos de la frontera suiza, para finalmente venir a dar de narices... en un tribunal. Acababan de purgar su pena preventiva. Los jueces consultaron entre sí y consideraron que los cuatro antiguos voluntarios estaban menos expuestos en un campo de trabajo francés que en la supuesta libertad.

Un diamantista de Amberes, cuya esposa había muerto en un campo belga y sus cinco hijos habían sido dispersados, comparecía, como la mayoría de nosotros, bajo la acusación de desplazamiento con documentación falsa y tentativa de huida sin autorización. Pero, por su parte, había puesto él una denuncia contra los milicianos que lo habían detenido.

—Durante el cacheo —expuso su abogado—, le encontraron dos bolsitas de seda, cosidas en el forro de su gabán, que contenían diamantes. En cada una de las bolsitas había también una nomenclatura detallada, indicando el peso, el color y el tamaño de cada piedra. El diamantista había cosido una copia de esa lista en su sombrero y había depositado una tercera copia en casa de unos amigos franceses de Grenoble. En caso de desgracia, sus amigos habían prometido reclamar los diamantes; les había encomendado la misión de devolver las piedras preciosas a sus hijos, cuando estos finalmente aparecieran. En cuanto descubrieron las dos bolsitas, los milicianos se quedaron con ellas y se marcharon. Cuando regresaron, faltaban algunas piedras y la nomenclatura había desaparecido. El diamantista se negó a firmar el acta de incautación. Sabiéndose perdido y ya sin nada que temer, quería al menos salvar esa parte de su fortuna, a beneficio de sus herederos.

Los policías acabaron por confesar que se habían llevado a otra habitación las dos bolsitas.

—Había tanto barullo que no se podía trabajar tranquilamente con objetos tan pequeños. El detenido quiere perjudicarnos por venganza — declaró uno de ellos.

Al ser contrario a la ley el hecho de que los policías se hubieran quedado en su poder con el bien del arrestado, el abogado exigió que se fijara una compensación para su cliente. El proceso fue aplazado dos semanas, hasta que se hicieran las investigaciones pertinentes.

Tres ancianas con cabellos de una blancura brillante comparecieron también en ese momento, defendidas por el mismo abogado. La más joven tenía sesenta y dos años; la mayor, setenta y dos. La más alta estaba en medio de las otras dos, menudas y casi frágiles. Subieron juntas al estrado, al ser las tres acusadas del mismo delito: desplazamiento sin autorización, documentación falsa y tentativa de huida.

Una de ellas tenía una hija casada en Zúrich; otra, privada de su hijo, deportado por los alemanes, no quería separarse de su amiga. La tercera se había visto obligada a abandonar el asilo de la comunidad israelita de Toulouse, cerrado por orden de Vichy, y se hallaba lisa y llanamente sin techo. Decidió encaminarse hacia Suiza, país que, tal como le habían asegurado, era el refugio de los infelices.

Mirando a aquellas tres ancianas, me preguntaba cómo se habrían figurado que sería pasar entre las alambradas. ¿Habían pensado en las dificultades de la empresa que iban a acometer? ¿Acaso sencillamente las ignoraban o es que creían que, ya que el mar Rojo había separado sus aguas para dejar pasar a los hijos de Israel, las alambradas se separarían también para hacer sitio a unas pobres viejas en busca de la libertad? ¿Creían todavía en los milagros, tan numerosos en la historia de sus antepasados? ¿Habían olvidado que, desde aquellos lejanos tiempos, su Dios, el Eterno, el Dios del rayo y de la venganza, parecía haber abandonado por completo a su elegido pueblo?

Después de aquella conmovedora escena, las tres fueron absueltas con orden de regresar a sus residencias anteriores.³

Como en un sueño, oí que decían mi nombre. Me levanté; sentía, más que veía, clavarse sobre mí las miradas del tribunal. Permanecí de pie cuando mi abogado expuso mi delito: tentativa de evasión, pero con visado suizo. Mientras que, por lo general, en la mayoría de los casos se trataba de extranjeros venidos a Francia recientemente para huir de las persecuciones, yo, por mi parte, llevaba mucho tiempo viviendo en el país, incluso había hecho aquí mis estudios. Contó cómo, al verme acosada, tuve que esconderme durante meses. Reiteró que unos amigos suizos, informados de mi desgracia, me habían enviado un visado de entrada. Obligada por el peligro y muy a mi pesar, había buscado por fin el medio de dejar esta Francia que consideraba como mi segunda patria. El intento de huida con una documentación falsa, la cual, por consideración a la mujer francesa que me la había prestado, yo había devuelto prematuramente, había fracasado.

—Si mi cliente hubiera conservado esos papeles, podría haber pasado fácilmente por una francesa y haber dado media vuelta.

Elevando la voz, el abogado leyó a continuación la carta de recomendación de 1939. En el párrafo «Es nuestro deseo que pueda disfrutar en nuestro país, por el que tanto y tan bien ha trabajado, de todos los derechos y de todas las libertades», un murmullo se elevó entre los jueces.

Aquella recomendación rechazada, desdeñada, ignorada incluso, en tantas ocasiones, permitía ahora a mi abogado pedir una autorización excepcional para residir en la Alta Saboya, en cualquiera de sus pueblos, caseríos, subprefecturas, incluida la misma Annecy, así como el derecho a desplazarme libremente dentro de los límites departamentales.

La petición de mi defensor fue plenamente satisfecha. Me condenaron a la pena mínima con sobreseimiento y me dejaron libre.

Me llevaron otra vez a la prisión de Annecy, donde tuve que esperar hasta el día siguiente para cumplir las formalidades de la excarcelación.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, dormí aquella noche sin pesadillas ni preocupaciones, con un sueño reparador.

A las seis de la mañana, como de costumbre, bajamos al «taller». Esta vez yo llevaba conmigo mi petate, mi sábana, mi toalla, porque esperaba no tener que volver a subir nunca más a aquel dormitorio.

Lo esperaba, pero sin demasiado convencimiento...

XIII

ANNECY

En la oficina judicial me hicieron entrega de mis joyas y de mi dinero. La guardiana me devolvió mis pertenencias, que estaban en un almacén. Ahora, cuando se dirigía a mí, era casi amable, manteniendo, por supuesto, las distancias preceptivas. Se empeñó en su hostilidad hacia mi jarabe hasta el momento en que me fui. Cuando me lo devolvió, visiblemente contrariada, se me ocurrió hacer una broma. Destapé el frasco y eché varios tragos. Ella hizo un gesto de espanto. ¡No había duda de que la patrona estaba realmente convencida de que se trataba de una especie de veneno!

—¡Venga, venga! No querría que la palmara dentro de los muros de esta cárcel —me dijo severamente.

Nunca entendí por qué ese jarabe rosa pálido le inspiraba semejante recelo.

A eso de las diez, un miliciano vino a buscarnos para conducirnos a la gendarmería, donde nuestros abogados nos entregarían las órdenes de puesta en libertad. Éramos un grupo de ocho los que teníamos que abandonar la cárcel: cinco mujeres y tres hombres.

Finalmente, un pesado portalón se abrió para dejarnos salir. Estábamos felices y caminábamos alegremente. El guardia nos decía: «¡Dense prisa! ¡Más rápido!», como si quisiera ejercer su poder sobre nosotros por última vez.

Antes de doblar la esquina de la memorable calle, miré una vez más el alto caserón con elevados muros, del que sobresalía un triste árbol con la copa desnuda. A menudo me había parado a contemplarlo: había crecido hacia las alturas, en su búsqueda nostálgica de espacio y de libertad.

—¡Todavía nos quedan cuatro horas hasta llegar a Gurs! —dijo de repente el miliciano.

—¿A Gurs? ¿A Gurs? —exclamaron ocho voces a la vez—. ¡Pero si nuestros abogados nos han confirmado que se nos ha liberado!

—No —respondió secamente el hombre—, un nuevo fallo que data de ayer mismo ordena que todo el mundo sea trasladado a Gurs.

Sin duda, eso era más que posible. Una tristeza de plomo se abatió sobre nosotros. Desesperados, entramos en la gendarmería.

Una hora más tarde aparecieron tres abogados, presentaron las órdenes de puesta en libertad y salieron con sus clientes.

Mi abogado no había llegado aún y me encontré súbitamente sola. Me encontraba en tal estado de nervios que creí que iba a volverme loca.

El miliciano me lanzaba sarcásticas miradas. Superé el rechazo que me inspiraba y le pedí que me dejara telefonar al abogado para notificarle mi situación. Se negó en redondo, alegando que no había que agobiar a los gendarmes con órdenes de puesta en libertad, más bien al contrario.

—¡Lo que tienen que hacer los abogados es venir aquí, se les paga para eso, joder!

Por suerte para mí, se marchó.

Entró luego un gendarme y me tranquilizó de inmediato. Sabía de buena tinta, me dijo, que yo figuraba en la lista de los liberados.

—No tenga en cuenta los comentarios del *otro* —añadió—; le gusta bromear. Todo irá bien. Tenga paciencia.

Pero yo ya no podía más. Al límite de la extenuación y del abatimiento, me eché a llorar a lágrima viva.

Al verme hipar por el llanto, el guardia corrió en busca de un vaso de agua y me lo ofreció repitiendo paternalmente:

—¡Venga, venga!

Pasado el mediodía, mi abogado, retenido aquella mañana en los juzgados, telefoneó a la gendarmería para decir que por la tarde llevaría mi orden de liberación. El gendarme se mostró muy contento. Me pasó algunos papeles para firmar y me dijo:

—Está usted libre. Se lo puedo asegurar. Y ahora vaya a darse un atracón y a beber un buen vaso de vino.

Emocionada, le tendí la mano:

—¡Gracias, señor, es usted un verdadero francés!

Asió mis dedos, los estrechó con vigor y, con súbita gravedad, dijo:

—¡Ánimo, señora! ¡Nos las pagarán todas juntas, a fe de saboyano!

Acababa de hacer el mismo juramento solemne que el meridional Marius.

Con paso tambaleante, atravesé el ancho patio. No podía evitar darme la vuelta a cada instante para estar segura de que ningún gendarme me seguía. Como vi que realmente no había nadie detrás de mí, salí con naturalidad. Se apoderó de mí tal vértigo que tuve que sentarme en uno de los bolardos de la entrada. Cerré los ojos, dejé mi petate a los pies e hice un esfuerzo para recobrar el aliento.

La plaza que había delante de mí me parecía inmensa. No me sentía capaz de cruzar aquel espacio. Entonces, cuando vi a una señora mayor que se dirigía hacia donde yo me encontraba, la abordé con estas palabras:

—Permítame, señora, que me apoye en usted para ir hasta el restaurante más próximo.

Ella me ayudó a levantarme, cogió mi petate y, agarrándome por el brazo, me llevó como a una enferma. Jamás olvidaré la delicadeza de su cariñoso apoyo. No me hizo ninguna pregunta. ¡Qué agradecida le estaba!

Lentamente, me condujo hasta la mesa, en una terraza acristalada. Se lo agradecí de todo corazón.

Después de haber saludado a la dueña, con la que parecía estar en muy buenos términos, me hizo un amable gesto de despedida cuando se fue.

Una morena encantadora, la chica de la casa, como supe más tarde, vino a atenderme. Le pregunté si tendría la amabilidad de avisar por teléfono a los Marius.

Ella me hizo observar que a los extranjeros nos estaban prohibidas las comunicaciones al exterior, pero me ofreció hacer las formalidades correspondientes con su nombre.

Me puse a comer mientras contemplaba el lago, el sol, el cielo, los árboles y los transeúntes.

Una hora más tarde, obtuve la comunicación: los Marius estaban al otro extremo de la línea. Me expresaron su alegría por saberme en libertad y prometieron venir a verme a Saboya. Nuestra conversación acabó con un arrebatado de alegría, pese a que un extraño fenómeno acústico replicaba nuestras palabras. ¿Se debía, acaso, a un receptor especial de control de llamadas? Lo ignoro, pero poco importaba: ¡yo estaba libre!

Me quedé luego mucho rato al sol, leyendo y escribiendo cartas, sin perder de vista lo que me rodeaba: el paisaje, los paseantes, el ir y venir de la calle. Volvía a tomar contacto con la vida... Cuando fui a abonar mi llamada telefónica y mi comida, supe, para mi mayor sorpresa, que todo había sido pagado por la amable anciana que me había acompañado y que incluso podía tomar un café y un trozo de tarta suplementarios, también incluidos en el precio. Esa prueba de simpatía, la amabilidad de la joven saboyana y las palabras animosas de los Marius me devolvieron buena parte de mi entereza.

Mientras caminaba por la calle, volví a sentir esa especie de vértigo que me habría de durar aún más de una semana y que me sobrevenía cada vez que salía al exterior.

En la esquina de la rue Royale encontré a la guapa vienesa embarazada y a su niño prodigio. Visto su avanzado estado de gestación, la habían liberado y, a la espera del proceso de su marido y de su padre, la habían autorizado a instalarse en un hotel de la localidad bajo vigilancia, es decir, con la obligación de presentarse dos veces al día en la comisaría «para hacer acto de presencia».

Nos pusimos a charlar. Ella me aconsejó que pasara la noche en su hotel; los propietarios, me dijo, buenos saboyanos, estaban de parte de los fugitivos. Consideré que la recomendación era de fiar y no tardé en ir allí.

Serían las seis de la tarde, pero el cansancio y sobre todo el atractivo de una cama con sábanas limpias, con un cabecero de verdad, un edredón de verdad, y hasta con dos mantas, fue irresistible y me acosté enseguida. La doncella me trajo dos bolsas de agua caliente y, al cabo de un cuarto de hora,

en una bandeja, un poco de té con leche, pan y queso. Saboreé todas esas «exquisiteces» y luego, como un animalillo exhausto, me abandoné a la voluptuosidad del sueño.

Transcurrieron unos días. No llegaba a recuperar del todo mi tranquilidad. Cualquier paso que oía en la escalera, un timbre sonando en la noche o unas voces en el rellano bastaban para incorporarme de golpe en la cama, sudando y con la respiración entrecortada.

Una noche, tres golpes violentos sonaron en la puerta de al lado.

—¿Quién está ahí? —gritó una voz masculina.

—¡Policía! —se oyó severamente.

La puerta se abrió al cabo de unos minutos y oí a mi vecino exclamar:

—¡Imbécil! ¿Acaso te has vuelto loco? ¿A quién se le ocurre despertarme de esta manera?

A lo cual el visitante respondió con una carcajada:

—Te has cagado de miedo. ¡Pero si es una broma!

—¡Menuda broma! —masculló el otro—. ¡Y en una época en que la policía hace y deshace lo que le da la gana por todas partes!

Luego se pusieron a hablar de otra cosa.

Pero yo, del susto, ya me había vestido y estaba con la autorización de residencia en Annecy en una mano y mi pequeña maleta en la otra. ¿Cómo conseguí estar totalmente lista en tan pocos minutos? Pues porque, cuando las redadas de Niza, me había ejercitado en prepararme para salir pitando y había desarrollado una gran habilidad para ello.

Al día siguiente, todos los huéspedes del hotel comentaban la «broma nocturna». A los liberados, y sobre todo a los escondidos que estaban a punto de huir, les había dado un ataque de pánico. El inoportuno bromista, sin crueldad ni malicia, sencillamente ignoraba el ambiente de aquellos momentos.

Hoy sonrío al recordar mi terror y el aspecto que debía de tener yo entonces...

En Annecy volví a ver a la mayoría de los presos liberados. Todos esperaban su permiso para viajar y volver a sus antiguos domicilios.

Pero otra vez unas postales y unas cartas, recibidas de otros departamentos, nos pusieron de nuevo en alerta.

Una austriaca nos hizo saber que, apenas liberada y de vuelta a los Alpes Marítimos, se había encontrado «gravemente enferma» (es decir, en lenguaje cifrado, en peligro de deportación) y que Sophie (ella misma) se había «puesto en marcha» hacia Grenoble para acercarse otra vez a la frontera, evidentemente.

Otra nos hablaba de un fuerte «ataque de reuma» (obligación de huir).

Una alemana, que había salido de la cárcel con su marido en dirección a su domicilio en Nîmes, supo al llegar que «los François» (milicianos) habían ido a «invitarlos»; la pareja vivía en una enorme granja donde «los cuidaban» (ocultaban) a la espera de «la vendimia» (nuevo intento de huida). En la Alta Saboya, «una epidemia de escarlatina» (deportaciones) estaba causando estragos.

Dos mujeres nos anunciaron desde Gurs que «su padre» (su abogado) no abandonaba la esperanza de volver a verlas en breve, «ya que en ese momento las condiciones atmosféricas eran favorables para el alpinismo». Muchos nos informaban también de que sus familias habían sido deportadas.

Pero en el Isère, «el tiempo era magnífico, casi primaveral», y muchos infelices volvían a recuperar allí el deseo de vivir.

Los detenidos que habían obtenido autorización para residir provisionalmente en diversos pueblecitos de Saboya seguían teniendo fe en el futuro. Este respiro, como si se tratara de una época de vacaciones, les había sosegado el ánimo y reforzado el valor.

En Niza, en Grenoble y en mis encuentros con otros fugitivos, a menudo había oído pronunciar el nombre del padre F., de Annecy.

Como un gran número de refugiados desamparados que buscaban ayuda y consuelo, fui a verlo en cuanto recuperé mi libertad. La casa estaba desierta. Llamé a una puerta que había al final de un pasillo.

Me abrió el propio cura. Como estaba a contraluz, solo distinguí su alta silueta. Me introdujo en una gran habitación llena de libros y me rogó que me sentara delante de una mesa rebosante de papeles y de paquetes de todos los

tamaños. Algunos aún no estaban terminados de atar, y comprobé que contenían café, arroz, azúcar, té, etcétera. Había paquetes más grandes encima de todas las sillas y, para poder sentarse, el padre tuvo que quitar uno. Se sentó a su escritorio, frente a mí, y solo entonces pude verlo con toda claridad.

Su mirada y su rostro conservaban una expresión de infinita dulzura. Nunca había visto una mirada tan recta como esa. De pronto sentías que podías confiar en él. Irradiaba bondad y su presencia tranquilizaba como una bella mañana de sol en tiempo de paz.

El padre comprendió enseguida el mal trance en que me hallaba, pues al día siguiente sin más tardanza vino a decirme que la superiora de un convento me ofrecía asilo para recobrar fuerzas y sosegar mi alma.

Acepté de buena gana la invitación y fui a ese convento, todo él blanco y con las montañas al fondo.

Cuando toqué la campana, una mano invisible pareció empujar la puerta, que se abrió dando paso a un hermoso jardín con árboles frutales.

Caminé hacia la entrada.

Sor Ange llevaba treinta y cinco años desempeñando las funciones de portera. ¡Cuántos seres humanos debían de haber entrado en el convento bajo su benévola mirada durante todo ese tiempo!

A base de recibir a la gente tantas veces, su cara había adquirido ya un rictus de bienvenida. Parecía estar al corriente de mi caso y me rogó que pasara a una sala junto a la entrada hasta que «nuestra madre» me hiciera llamar.

Estábamos sentadas cerca de la ventana. Sor Ange me hablaba de los árboles, que eran el gran regocijo terrenal de las buenas hermanas que se dedicaban a la jardinería. Me ofreció una manzana de invierno de su cosecha, especie, según me dijo, típica de Saboya y que ellas habían conseguido obtener particularmente sabrosa aquel año.

Oíamos los cánticos y las risas de los niños provenientes del orfanato de al lado.

La madre superiora me recibió con gentileza. Me contó que el convento albergaba a varios niños huérfanos de padres deportados. Precisamente uno de estos días había que trasladarlos a Suiza mediante una hermana carmelita.

—No ríen nunca —suspiró la monja.

¡Después de tantos y tantos meses, muchos de esos pobres seres acosados habían tenido un poco de reposo en el convento!

La madre superiora alzó la mirada hacia el Cristo de marfil y se calló. Se puso a rezar.

Me conmovió tan maternal recibimiento y, cuando ya me dirigía al interior del aquel lugar, me sentí aliviada.

Nada turbaba el silencio del convento. El jardín, todo él de blanco, me protegía contra el exterior. Las montañas formaban un segundo círculo protector en torno a mí. Allí reinaba la paz.

Empecé a recuperar lentamente el ritmo normal de la existencia.

A las seis de la mañana nos despertaba una campana vigorosa.

Apenas eran audibles los pasos amortiguados de las hermanas al salir de sus dormitorios luminosos.

A continuación, la campana invitaba a la capilla, seguida un poco después por el timbre cristalino de la campanilla de la misa.

El sol salía con toda su gloria e inundaba el silencioso convento y las montañas y la tierra entera.

Al acabar la misa, las hermanas se dedicaban a sus humildes obligaciones y a sus deberes diarios con una visible serenidad.

Sor Célestine contaba a los niños la historia de los paganos, de los infieles, de los seres corruptos y diabólicos a quienes la gracia había venido a socorrer. Comunicaba así su profunda fe en el poder del milagro. El auditorio la escuchaba con avidez y encantamiento.

La naturaleza que me rodeaba me apaciguaba, sin que, sin embargo, pudiera reencontrar en ella la alegría de antaño. Era consciente de que no disfrutaba más que de una pequeña tregua. Me aprovechaba de esos días de paz pasajera como de uno de esos preciosos remedios que se beben a sorbitos para reparar las fuerzas en previsión de las luchas venideras.

Una guerra cada vez más sangrienta seguía asolando Europa, y también aumentaban las persecuciones.

Mi familia se hallaba en una parte inaccesible de nuestro planeta.

El pasado era aún muy reciente, y el futuro seguía presentándose lleno de amenazas.

Cada día me encontraba con el cura. A veces, él bajaba en bicicleta por el camino de una colina y su sotana lucía rastros de penosas caminatas.

Iba a visitar enfermos y lisiados por toda la región, consolaba a los desesperados y llegaba hasta el maquis para llevar a los del bando contrario cartas, víveres, cigarrillos y ánimos.

Alguna vez fui a verlo cuando se disponía precisamente a salir. Le veía meterse en los bolsillos de la sotana los más diversos objetos: un frasco de medicina, paquetes de cigarrillos, un cuarto de café, dos pares de calcetines, una camisa, ¡un día, hasta un litro de vino tinto!

Ante mi sorpresa, dijo como de broma:

—Es increíble lo que puede caber en el bolsillo de un cura, ¿verdad? ¡Vaya! Ya me olvidaba...

Y añadió un par de zapatillas, que, efectivamente, también cupo.

Se echó a reír con ganas.

También se acercaba a preguntarme con regularidad cómo llevaba en el convento ese retiro ideal al que él me había conducido justo cuando mi resistencia más se tambaleaba.

En alguna ocasión me habló de sus enfermos, de sus feligreses, de un bautismo, de un moribundo, siempre con la misma afectuosa solicitud.

No olvidaba a nadie, recibía abiertamente a los fugitivos, los llevaba él mismo hasta la frontera o los confiaba a los campesinos, quienes se sumaban sin dudarlo a esa peligrosa tarea. Siempre y por todas partes hallaba a franceses dispuestos a ayudar a los perseguidos y casas donde esconderlos.

No tenía ninguna prudencia, no tomaba ninguna medida en el ejercicio de su obra de caridad y se lanzaba intrépidamente, con la frente bien alta, a un peligro que sin duda no desconocía.

¿Creía acaso, en lo profundo de su fe, que la Providencia no lo abandonaría en su misión cristiana? ¿O es que iba al encuentro de su destino, entregándose a la voluntad divina y aceptando de antemano sus decisiones sumisamente?

Una mañana no pude levantarme. La enfermedad que, desde hacía tiempo, venía incubando se manifestó de manera violenta. Poseída por la fiebre, permanecí durante seis días en un estado de semiinconsciencia.

Como en una visión lejana, sor Ange se inclinaba sobre mí desplegando las alas blancas de su toca. Me daba a beber una mezcla de infusiones aromáticas y refrescantes que me quitaban la sed y me parecían bebidas celestiales.

Una imperiosa necesidad de sueño se había apoderado de mí. Dormí. Soñé que estaba en una sima que exhalaba vapores con reflejos opalinos y contra cuya acción somnífera me era imposible luchar, lo que hacía que me abandonase a su poder.

Otras veces, el sueño consistía en que me quedaba dormida en el último sueño. Me invadía un gran alivio. Tan solo me atormentaba una pena, la de no volver a ver nunca más a mi querida anciana madre. Entonces lloraba y la llamaba en medio de mi delirio.

Cuando volví en mí, abril sonreía débilmente al otro lado de las ventanas del dormitorio.

Los árboles empezaban a echar brotes.

El cielo era de un azul pálido.

La primavera se abría paso.

La señora Marius vino a visitarme y fue alojada en el convento. Me trajo la renovación de mi visado tramitada por el consulado suizo en Niza, y me contó que la mayoría de nuestros conocidos habían sido deportados; los que quedaban estaban escondidos. Desde hacía mucho tiempo, los italianos ya no tenían poder. En los Alpes Marítimos, los alemanes los habían reemplazado en todas partes...

Me transmitió sus temores a este respecto. No había que esperar más.

Cuando la señora Marius partió de nuevo para Niza, nos despedimos la una de la otra hasta el final de la guerra.

XIV

EN LA FRONTERA

Un maravilloso día primaveral de abril me encaminé por segunda vez a la frontera.

Me habían explicado con mucha precisión el lugar donde las alambradas estaban un poco alzadas, al haber debajo el obstáculo natural de una zanja con agua. Era fácilmente franqueable, con el único riesgo de pillar un reuma, ¡pero totalmente curable, en comparación con la deportación a Alemania!

En esa época, la eventualidad de coger frío era, ciertamente, un peligro irrisorio...

Así que aquel día fui directa hasta la zanja con decisión, siguiendo la línea de las alambradas, que casi podía tocar, detrás de la cual estaba... ¡Suiza!

Muchas veces estuve tentada de tratar de abrirme paso entre los alambres de espino sin perder más tiempo y saltar al otro lado. Pero eso no era nada fácil y las instrucciones eran muy claras: ¡llegar hasta la zanja!

Finalmente, la encontré.

Me recogí el vestido y me dispuse a cruzar.

—¿Qué está haciendo ahí?

Mi gesto había sido sorprendido por un soldado oculto detrás de un árbol y que surgió de repente.

Comprendí que era inútil contestarle y, además, me habría sido imposible pronunciar ni una palabra.

Sabía que esta segunda huida, al ser reincidente, me conduciría directamente y sin juicio a Gurs. Sabía todo lo que me esperaba y, sin embargo, no sentía otra cosa que vacío y enajenación. Todo estaba lejano. Me parecía que el tiempo se había detenido allí mismo.

Transcurrió una eternidad.

—Volvamos a Saint-Julien —oí que pronunciaba una cantarina voz italiana.

Nos pusimos en marcha. Yo había dejado de pensar.

Al cabo de unos kilómetros, aparecieron por la carretera dos guardias en bicicleta.

Experimenté una terrible sacudida. Al mismo tiempo, el soldado me sujetó por el brazo.

Los guardias se acercaban.

De pronto, el soldado empezó a hablar conmigo:

—*Bel tempo! ¡Sol! ¡Bueno para la tierra! Yo, campesino, allá. Terra napolitana. Bella, bellissima terra!*

Los guardias pasaron de largo.

En Saint-Julien, el soldado italiano se paró delante de los autocares. Me hizo subir en el que iba a Annecy, me ubicó en un asiento y puso sobre mis rodillas mi petate, que él había llevado al hombro durante todo el camino.

Se bajó. El autocar arrancó.

Un campesino de la tierra napolitana acababa de hacerme el regalo de la vida: no me había entregado.

Y mientras admiraba el espectáculo grandioso de los Alpes que tenía ante mí, de nuevo la dulce melodía del agradecimiento sonaba en mi interior...

Regresé a Annecy y volví al hotel, donde fui recibida muy cálidamente por la dueña. Me entregó una citación que había llegado a mi nombre en mi ausencia: la prefectura me informaba de que tenía que ir a retirar mi permiso de residencia prolongada.

La vienesa seguía viviendo allí con sus «dos hombres», como ella llamaba a su padre y a su marido. Me puso al corriente de cómo estaban las cosas: la situación se había agravado sensiblemente.

Me contó que todos los refugiados sin excepción, por una orden reciente de Vichy, debían presentarse ante la policía dos veces al día; mucha gente afluía de los departamentos donde las deportaciones estaban siendo brutales, y las huidas hacia Suiza volvían a ser tan frecuentes como en diciembre.

En la prefectura me puse a una cola de extranjeros a quienes el funcionario hacía preguntas sobre la identidad, pero esta vez sin demasiada insistencia en el asunto de la raza. Los que aún no tenían ninguna mención racial inscrita en sus documentos recibieron su permiso de residencia sin que figurase esa indicación, ¡omisión muy importante de cara a los días venideros!

Por unas semanas más, me sentía a cubierto, si bien la amenaza acechaba en la sombra.

Circulaba un número cada vez mayor de vehículos repletos de alemanes. Se apeaban de los coches en la entrada de un gran hotel de la ciudad; decían que eran de la Gestapo. Habían instalado en plena rue Royale una oficina de reclutamiento de mano de obra francesa, donde llegaban autobuses llenos de jóvenes. A veces se pasaba lista alrededor de esos vehículos, momento en que algunos obreros, más bien prisioneros, aprovechaban para escapar con la ayuda de los transeúntes.

En el escaparate de esa oficina se exponían diversas y llamativas caricaturas de propaganda antisemita.

Pero en apariencia, el departamento seguía tranquilo bajo el régimen de ocupación italiana.

En esta ocasión, de nuevo de vuelta, tuve mucho tiempo para vagar por Annecy e hice muy curiosos hallazgos.

Un chorro de agua en medio de una plaza. Al lado, un pequeño puente de época ancestral, con su fina balaustrada, como de juguete.

Una pasarela que parece sacada del decorado de un teatro; solo la viva corriente del riachuelo y el penetrante olor de la vegetación acuática dan fe de la realidad. En la esquina de esa calle, una vieja iglesia se arroja entre edificios vetustos.

En la otra, se alza una torre carcomida por las humedades, con ventanas muy estrechas: se trata de una antigua cárcel. Todavía encerraban allí a prisioneros hace pocos años. Ahora está abandonada. ¡Qué alegría!

Me pierdo por las callejuelas, atravieso un pasaje muy largo y oscuro bajo antiguas viviendas; siento un escalofrío en la espalda. De repente, desemboco en el atrio soleado de otra iglesia. En otro pasaje, una farola eléctrica parece un anacronismo en plena Edad Media. Su luz parece temblar bajo una bóveda milenaria. Hay una vieja escalinata con forma de caracol.

Subo por ella. Huele a moho. Pero no lleva a ninguna morada siniestra; acaba ante una puerta finamente tallada en roble, golpeo su aldaba de bronce. Entro... El lugar parece un museo.

El tiempo ha respetado los colores claros del techo; el suelo es un auténtico mosaico de marquetería. En las paredes hay cuadros; en las vitrinas, antiguas porcelanas y encajes más antiguos aún.

Reemprendo mi paseo por Annecy: veo una reja vetusta cuyo hierro forjado está cubierto de flores entrelazadas. Un antiguo pórtico está enmarcado por bajorrelieves que representan personajes de las Escrituras.

Muchas tiendas, en los viejos barrios, tienen rótulos tallados en madera o pintados de colores.

La pureza del estilo de algunos palacetes de antaño llama poderosamente la atención.

La casa de Francisco de Sales todavía rezuma el pasado glorioso de este santo, que fue un gran señor y un espíritu altamente brillante.

Ahora llego al jardín del antiguo obispado, con su hermoso césped. Me paro a contemplar una acacia milenaria plantada entre flores blancas. Enfrente se yergue su vecina, la acacia rosa. Son dos viejas amigas de la misma edad; el tapiz tornasolado de sus hojas mezcladas recubre el suelo y el agua durmiente de un pequeño riachuelo que no desemboca en ninguna parte.

Me siento en un banco musgoso, a la sombra de un fornido roble, y miro a los niños de Francia, que juegan al corro cantando graciosamente:

*Ya no iremos más al bosque,
los laureles se han cortado...*

Durante ese tiempo, los acontecimientos seguían su curso.

Mi segundo visado ya había caducado.

Marius, enterado del fracaso de mi segundo intento de huida, se dirigió al consulado de Niza y averiguó que mi salvoconducto, renovado por tercera vez, debía ser recogido en el consulado de Annemasse.

Al mismo tiempo, mis amigos de Suiza me informaron de que ellos habían llegado a la última prórroga y, en adelante, les sería imposible solicitar una nueva petición.

Por tanto, de un día para otro, me encontré ante esta disyuntiva poco halagüeña: correr el riesgo de no contar con más visados o emprender una tercera tentativa de fuga.

Estando en esta tesitura, de golpe y porrazo apareció Marius. Se había tomado cuarenta y ocho horas de permiso para hacer un viaje de treinta y cuatro horas; lo consideraba su misión para conmigo.

Me narró el horror de los acontecimientos que habían sucedido en los Alpes Marítimos desde mi salida de Niza y me dijo:

—Soy un hombre sin educación ni conocimientos... Disculpe mi arrogancia, pero le digo claramente que es inútil y peligroso esperar más. ¡Es preferible intentar una nueva huida que quedarse bajo una opresión como esta! ¡Qué cúmulo de desgracias! ¡Lo que he tenido que ver! Solo le digo una cosa: ¡váyase, por favor!

Le hice los honores de Annecy.

A él le pareció una pequeña ciudad con un hermoso lago, «pero ni punto de comparación con una con mar».

Envió media docena de postales a parientes y amigos de Niza. Se reía para sus adentros por la sorpresa que les causaría la noticia de su extravagante escapada: ¡era el primer viaje en toda su vida laboral!

Enseguida sintió una violenta nostalgia por su mujer, por su ruidoso negocio y sobre todo por su sol nizardo.

—Usted dirá lo que quiera —repetía—, pero este sol no es el mismo que el de casa.

De vuelta en Niza, me envió una postal para decirme «que el mundo era muy hermoso, pero no tan hermoso como su pequeña morada».

En la historia de Francia durante los años de la Ocupación, las páginas dedicadas a Saboya se contaron entre las más soberbias y más gloriosas.

Porque lo más bello de esa región tan bella era la actitud de los saboyanos.

Toda la región conservaba su espíritu de independencia y no dejaba de prodigar ayuda y hospitalidad a los que afluían, cada vez en mayor número, a refugiarse allí.

El maquis incrementó sus filas con rebeldes llegados de todos los rincones de Francia, y las casas particulares escondían a los perseguidos.

Al mismo tiempo, también llegaron la Gestapo y la milicia y se instalaron por todas partes.

Lo que ocurría en otros departamentos dejaba intuir que la ocupación italiana sería reemplazada en Saboya de un día para otro por las autoridades alemanas.

El control de Vichy iba en aumento...

En mayo de 1943, un grupo de refugiados fue a hacer acto de presencia, como de costumbre, en la policía. Se los detuvo de improviso y se los encarceló en los sótanos del Ayuntamiento, en espera de las instrucciones de Vichy.

Se avisó a la vienesa de que su marido y su padre estaban entre los arrestados. Como loca, corrió al Ayuntamiento, a la prefectura, a la gendarmería y otra vez de nuevo al Ayuntamiento hecha un mar de lágrimas... Un funcionario francés, al no ver modo de ayudarla, le aconsejó que utilizara el último recurso: solicitar la protección de los ocupantes italianos.

Se dirigió, entonces, al hotel donde estaba la sede de la comisión. Después de haberla hecho esperar, el comandante subió en su coche, fue hasta la prefectura y ordenó que se pusiera en libertad inmediatamente a todos los detenidos, lo cual se hizo con diligencia. Después de semejante éxito, la vienesa fue apodada *la embajadora*. Y en más de una ocasión presentó ella misma en persona los requerimientos a favor de prisioneros, liberados y fugitivos.

No cabe duda de que era una mujer con recursos.

Recuerdo que una de esas tardes, sentada junto al lago, vi de pronto a una joven cuyos rasgos me eran familiares. Cuando llegó hasta mí, la reconocí: ¡era la vienesa! ¡Pero cuánto había cambiado! Esbelta, caminando con zapatos de tacón, no tenía el menor signo de embarazo...

—¡Felicidades! ¿Ha sido niño o niña? —le pregunté cuando se sentó a mi lado.

—Si hubiera tenido que parir, lo habría hecho hace mucho tiempo —me respondió riendo—. No, no, la verdad es que no estaba embarazada en absoluto. El médico del campo, un buen francés (¡a cuántos desgraciados no habrá salvado él, en los tiempos que corren!), me dio un certificado de embarazo para evitar que me deportaran. El resto se lo debo a una buena faja, armatoste que ya me es del todo superfluo.

Yo estaba alucinada.

Ese subterfugio era un ejemplo más de las mil y una maneras que se intentaron para escapar de las persecuciones.

En mayo, la policía local fue obligada por Vichy a poner en la documentación, tanto de los franceses como de los extranjeros de religión o de origen judíos, la mención de «Judío».

Había que huir, costara lo que costase, antes de que esa señal hiciera imposible cualquier desplazamiento.

La solución del sálvese quien pueda se había convertido en la única salida.

En el consulado suizo de Annemasse me informaron de que el visado previsto no me había llegado aún.

Empecé a esconderme otra vez.

XV

HACIA SUIZA

Ocho días más tarde, el visado prorrogado llegó... Tenía, en realidad, validez para un mes como mucho.

Una vez más me dieron las instrucciones indispensables. Por encima de todo, debía retirarme al convento y no salir de allí, ya que la milicia iba a comenzar de nuevo con las redadas.

Como todavía disponía de papeles de identidad sin indicación de raza, podía circular sin un peligro inminente.

Del convento me dirigí a las siete de la tarde al albergue designado. Allí pregunté por el aduanero H.

Aldeano originario de E., se sospechaba que había facilitado la fuga de rebeldes, aunque no había pruebas en su contra, sin embargo, pese a su comprometida situación, no dejaba de arriesgarse.

Ya estaba avisado de mi llegada.

Hombre alegre y afable, me recibió de buen humor.

Me presentó a la dueña del albergue como una amiga de su mujer que había venido a pasar un mes de vacaciones con ellos.

—¡Ya, lo que tú digas! —dijo la dueña con un tono que me pareció convincente.

El aduanero me ofreció algo de comer y de beber. Me percaté de que gozaba de cierta popularidad por esos pagos. Por la manera como me sirvieron, comprendí que en ese lugar, al igual que en la mayoría de las casas saboyanas, conocían perfectamente «la situación» y que simpatizaban con el señor H. y sus protegidos.

Sin embargo, cuando dos gendarmes entraron y se sentaron no muy lejos de nosotros, perdí todo mi aplomo. No tardé en constatar que aquellos dos individuos me ignoraban ostensiblemente: se acercaban a nuestra mesa para intercambiar algunas palabras con los parroquianos, y casi me rozaban sin reparar en mí.

Le susurré al aduanero que me encontraba muy incómoda; él me respondió que todavía teníamos que esperar a su hijo.

—¡Un futuro bachiller! —añadió con orgullo.

Este llegó unos minutos más tarde.

Era un muchacho de dieciséis o diecisiete años, sombrío, con una gorra de colegial ceñida hasta los ojos y unos libros bajo el brazo. Se mostraba altanero y parecía despreciar a cuantos lo rodeaban. Hizo una señal y nos levantamos.

Salimos.

De camino, oía al escolar cuchichear con su padre. Este parecía defenderse. El hijo gruñía:

—Ya verás la cara de mamá.

—Lo hecho, hecho está —replicaba el padre, categórico.

Teníamos aún siete kilómetros por delante y caminábamos a lo largo de las alambradas. El aduanero me enseñó el emplazamiento de unas portillas en las cercas, creadas a propósito en algunas zonas concretas y por las que los habitantes de la frontera saboyana y suiza se comunicaban regularmente. De noche las cerraban con candado pero estaban abiertas de día y habían servido para varias fugas; eran los puntos más vigilados por los soldados alemanes e italianos y por la milicia francesa.

El aduanero pronunció la palabra *milicia* de una manera muy especial, con un matiz de profundo desprecio.

Me había dado cuenta varias veces de que ese término tenía para muchos franceses, ya en aquella época, un sentido muy peyorativo.

El gendarme que intervino en nuestro traslado a la cárcel había dicho: «¡Nosotros no somos la milicia, ¿eh?!». Y otro puntualizó: «Espero que aquí nadie nos tome por los de la milicia».

Yo no había captado entonces toda la profundidad de esa diferenciación.

La mujer del aduanero me recibió sin demasiado calor, pero yo no podía reprochárselo, habida cuenta de lo comprometido que estaba su marido y del peligro que corría.

El futuro bachiller estaba visiblemente enfadado. Se metió de lleno en una discusión que él mismo había provocado. Le echaba en cara a su padre sus opiniones antialemanas y su falta de prudencia y de oportunismo.

Pasé toda la noche insomne en aquella casa, inquieta por el día siguiente. Para animarme, me decía que el paso a Suiza, además de mi salvación, supondría restablecer las relaciones con mi madre y con toda mi familia.

Hacía hermosos planes...

El día empezaba a despuntar: sería una hermosa jornada de junio radiante.

La mujer del aduanero no veía el momento de verme partir y me acompañó al final del camino.

Andábamos por lo alto de un pretil y podía ver abajo la carretera nacional, a lo largo de la cual las alambradas, particularmente densas en esa zona, se extendían hasta el infinito.

A la luz del día, distinguía mejor ahora los emplazamientos de las portillas de las cercas, y también a los centinelas apostados cada doscientos o trescientos metros, vestidos de verde, sombrero con pluma y fusil en bandolera. ¡Italianos! Estaban de pie, apoyados en un árbol, sentados en el talud o paseando de arriba abajo.

Cerca de un viaducto, me separé de la señora H. En adelante, debía ir por la carretera nacional y hallar un paso entreabierto.

Pese a encaminarme por tercera vez por un tránsito peligroso, saboreaba, sin embargo, la tranquilidad de aquella hora matutina.

Sentía una dolorosa opresión al tener que decir adiós a las montañas, a las praderas y a los campos, al pacífico pueblo, a ese vasto horizonte, a todo aquello que era Francia.

Me invadía la tristeza de tener que cruzar sus fronteras a escondidas, como una malhechora.

Para darme valor, recordé todos los sufrimientos, casi sobrehumanos, que había tenido que soportar, pero también fui consciente de la terrible desgracia de Francia y de su avasallamiento sin límite.

Súbitamente nació y creció en mi interior un sentimiento desgarrador, la nostalgia por este país que muy pronto iba a abandonar.

Un campesino estaba segando la hierba en la cuneta.

—Buen tiempo —le dije yo depositando el petate a mis pies y secándome la frente.

—Sí que hace bueno —dijo él.

—Dígame, amigo, ¿la portilla de la cerca está abierta? —le musité a quemarropa.

Sin interrumpir su trabajo, se alejó un poco y luego volvió tranquilamente.

—Está abierta, pero últimamente ha llovido y puede que esté atascada —dijo sin levantar la cabeza.

«¿Qué hacer?», pensé, y sentí crecer en mí el pánico.

—¿He de ir? —le pregunté al campesino, sacando fuerzas de flaqueza.

—¡Vaya! Pero hágalo rápido... ¡Ánimo!

Y, prosiguiendo su labor, se apartó otra vez unos pasos.

«¡Ahora o nunca!», me gritó una voz, la de toda mi voluntad tensionada al máximo, y me lancé a ello.

La portilla de la cerca estaba atascada.

La sacudí con todas mi fuerzas.

Instintivamente, eché un vistazo furtivo hacia el centinela...

¡Un soldado italiano corría hacia donde yo me encontraba!

Entonces, sin pensarlo dos veces, en un estado febril, pasé torpemente la pierna por encima del obstáculo y me abalancé hacia el otro lado.

En mi caída, los alambres de espino me causaron varios desgarrones. Rodé por el suelo...

Casi de inmediato sonó un disparo.

Igual que hacía apenas unos instantes, ahora otro soldado corría hacia mí con un fusil en la mano.

En el suelo, aturdida, esperaba su llegada con resignación.

—Levántese, señora, que no está usted herida. He visto que el italiano disparaba al aire —dijo en francés el soldado al mismo tiempo que me ayudaba a ponerme en pie.

—¿Dónde estoy?

—¡Pero, hombre! Yo diría que está usted en Suiza.

Solo entonces comprendí y me embargó una emoción desbordante: alegría, esperanza, inmenso alivio...

¡Estaba en Suiza, me encontraba a salvo!

Caminaba dando rienda suelta a la sangre que fluía abundantemente por piernas y manos. Intentaba también arreglar un poco mi ropa hecha jirones.

De pronto, mi tensión cedió.

Lloraba... Suavemente, mis lágrimas, durante tanto tiempo contenidas, empezaron a brotar... Fue como un manantial cálido que iba inundando mi rostro. Saboreé ese líquido amargo y aquellas lágrimas me aligeraron de un peso aplastante.

Muy discretamente, el soldado suizo se puso en marcha delante de mí portando mi miserable petate, querido compañero de mis sucesivas fugas que contenía todo cuanto había podido traer de Francia, todo, excepto un corazón desolado y exhausto...

CRONOLOGÍA

14 de julio de 1889 – Nacimiento de Frymeta Idesa Frenkel, llamada Françoise Frenkel, en Piotrków, en la región de Łódź, Polonia.

Antes de 1914 – París. Estudios de Letras en la Sorbona.

1919 – Prácticas en una librería de la rue Gay-Lussac.

1921 – Françoise Frenkel funda, con su marido Simon Raichenstein, la primera librería francesa de Berlín: La Maison du Livre.⁴

1933 – En noviembre, Simon Raichenstein se exilia en Francia. Desde ese momento, Françoise Frenkel asume en solitario la responsabilidad de la librería.

Julio de 1939 – Françoise Frenkel abandona Berlín unos días antes de la declaración de guerra y se instala en París, donde permanece nueve meses.⁵

28 de mayo de 1940 – Huye de París hacia el sur y confía su viejo baúl al guardamuebles del Colisée y Champs-Élysées.

Diciembre de 1940 – Llegada a Niza. Febrero de 1941, se hospeda en el hotel La Roseaie.

Julio de 1942 – Simon Raichenstein es detenido en una redada en París. Es deportado el 24 de julio, en los primeros tiempos de Drancy, y muere el 19 de agosto en Auschwitz-Birkenau, Polonia.⁶

26 de agosto de 1942 – Redada en Niza y en la zona sur. Françoise Frenkel encuentra refugio en Marius, una peluquería (rue Saint-Philippe, 12, entre la rue de France y el paseo de los Ingleses).

14 de noviembre de 1942 – La Gestapo confisca su baúl, depositado desde hace dos años en el guardamuebles del Colisée.

Diciembre de 1942 – Françoise Frenkel deja Niza y trata de pasar a Suiza. Es detenida y encarcelada en Annecy. Es juzgada y absuelta.

Junio de 1943 – Françoise Frenkel cruza clandestinamente la frontera francosuiiza. Ese mismo año empieza la redacción de *Una librería en Berlín*.

Septiembre de 1945 – *Una librería en Berlín* se publica en Éditions Jeheber (Ginebra).

Finales de 1945 – Probable regreso de Françoise Frenkel a Niza.

1958 – Françoise Frenkel solicita una indemnización por el embargo de su baúl por la Gestapo.

18 de enero de 1975 – Fallecimiento de Françoise Frenkel en Niza.

DOSIER

LA MAISON DU LIVRE



«La afluencia creciente de la clientela me obligó a plantearme una ampliación e instalé la librería en un barrio de la capital más mundano.» (véase capítulo I)

Corine Defrance

El número 39a de la Passauerstrasse donde se encontraba La Maison du Livre ya no existe. Esta estaba situada a la izquierda del edificio art nouveau blanco. En su lugar se ubican hoy los grandes almacenes KaDeWe, bombardeados en 1943 y reconstruidos y ampliados en 1950.

La Maison du Livre es la primera librería francesa de Berlín. Abierta en 1921, estuvo dirigida por Françoise Frenkel y su marido, Simon Raichenstein. Al igual que ella, él había estudiado en París antes de la Primera Guerra Mundial, primero en la Escuela Superior de Aeronáutica, en 1913, y luego en la Escuela Especial de Mecánica y Electricidad.

Inicialmente instalada en el número 13 de la Kleiststrasse, la librería se muda enseguida al 27 de la Passauerstrasse, y al poco tiempo al 39a, debido a la ampliación de los distritos de Charlottenburg, Schöneberg y Wilmersdorf, y se convierte en lugar de paso casi obligado para los escritores franceses de entreguerras. Jules Chancel cuenta que «la señora Raichenstein [...] quiso crear en su librería un centro de pensamiento francés».⁷

En 1933, en un documento proveniente del Servicio de Obras Francesas en el Extranjero, puede leerse que, ese mismo año, la embajada de Francia deniega «una solicitud de subvención extraordinaria» por parte de La Maison du Livre, amenazada de quiebra «debido a los acontecimientos».⁸ Una carta de Henri Jourdan, del Instituto Francés, cuenta, por otra parte, que si «la dama» de la librería ha sido «boicoteada» no es debido a que sea «judía», sino porque «se le reprocha que difunda el pensamiento francés».⁹ El 10 de mayo de 1933, Simon Raichenstein obtiene un pasaporte Nansen.¹⁰ Abandona definitivamente Berlín por París el 9 de noviembre.

Françoise Frenkel dirige ella sola La Maison du Livre durante cinco años. En el verano de 1939, de un día para otro, deja su librería y su piso «tal cual están»¹¹ y se exilia en París.

PARÍS, GUARDAMUEBLES DEL COLISÉE

**GARDEMEUBLE DU COLISÉE
ET DES CHAMPS-ÉLYSÉES**

5030 50
27. Mai 1940

Bureaux : 45, Rue du Colisée, PARIS-8^e
TELEPH. : ÉLYS. 16-41

Magasins { 37, Rue Duplex, PARIS-15^e
20, Boul. Victor-Hugo, CLICHY
TELEPH. : FENEIRE 11-60

REÇU de Madame Frenkel.
14, rue Lauriston, Paris XVI^e arr.
Une malle jaune F. R. n.° garde 5030
Droits de garde du 27 Mai au 27 No-
vembre à 10^{fr} par mois
ass. 3000. 2. 40

Duplicata - h. Pook
Veran 13/11/40
BESCHLAGNAHMT!

Dienststelle Feldpostnummer 43 071



7528 333

«Aquel baúl, que sobrevivió tan milagrosamente, había sido confiscado por los alemanes en París mismo, bajo un pretexto racial. Precisamente el guardamuebles acababa de recordármelo por carta postal a mi regreso a Aviñón.» (véase capítulo IV)

Landesarchiv, Berlin

Recibo del guardamuebles del Colisée y Champs-Élysées por el baúl de François Frenkel, con fecha del 27 de mayo de 1940. Tampón posterior de embargo del ejército alemán estampado en 1942.

Este recibo figura como pieza del dossier de indemnización aportada por Françoise Frenkel después de la guerra.

NIZA, LA ROSERAIE



«El hotel La Roseraie debería haberse llamado El Arca de Noé. Hospedaba a supervivientes de las más diversas nacionalidades y clases sociales. Era gente muy dispar unida por la espera común de la paz.» (véase capítulo VI)

Éditions Gallimard

La Roseraie, avenida Depoilly, 10, en Niza, hoy. Una calle sin salida rodeada de villas belle époque. Françoise Frenkel vivió allí desde febrero de 1941 al 26 de agosto de 1942.

MARIUS, SALÓN DE PELUQUERÍA

*Maugliet et Cantel, Sté méridionale d'affichage et de régie et vente d'immeubles, 11, r. St-François-de-Paule.....	852.11	Marquinerie de l'Opéra, 12, av. de la Victoire.....	878.88
Mamini (E.), bouch., charcut. fine, 70, boul. Carnot.....	66.88	Marrouani (D.), 10, r. Verdi.....	891.28
Mamini fils cadet, entrepr. plomb., zing., 44, bd Ste-Agathe.....	61.41	Marquis, herboristerie, 40, r. Bonaparte.....	60.96
Mamoli (G.), doct. méd., ch. des Serres.....	755.51	Marquise de Sérigné (A la), 16, av. de Verdun.....	826.91
Manset (H.), villa Manset, av. Paul-Arène.....	826.27	Marquise de Sérigné (A la), 8, av. de la Victoire.....	855.01
Mautica (J.), 8, r. Georges-Ville.....	820.14	Marre (G.), pédic. chiropod., 20, r. Maréchal-Pétain.....	870.87
Manuel (H.), ing., villa St-Léger, cité Villermont.....	818.08	Marrot, pharmacien, 9 bis, r. François-Guizot.....	67.63
Manufacture Belfor, 7, av. Gloria.....	753.65	Mars (E.), couronnes mort., 4, r. Alex.-Mari.....	837.03
Manufacture française d'armes et cycles de Saint-Dienne, 21, boul. Gambetta.....	854.10	Mars (F.), 10, r. Neville-Chamberlain.....	867.03
Manufacture italo-française, confections, 22 ter, r. de France.....	866.14	Mars, vins en gros, 6, r. Desly.....	823.29
Emanus, bijoutier, 68, av. de la Victoire.....	833.39	Mars frères et Coita, constr. mécan., 17, r. Bavastro.....	61.18
Manutention militaire.....	825.56	Marsigliotti frères, entr. trav. publ., villa Les Roscos, av. Isnard.....	756.89
Manzoni-Fluats, antiquités, 2, r. Maccarani.....	814.03	Marsollet (Raoul), 15, r. Alex.-Mari.....	836.22
— succurs., prom. des Anglais prolongée, rd-point Champ-de-Courses.....	754.78	Martel, mach. à écrire, 8, r. Rancher.....	842.83
Maquet, grav.-maroqu., 16, av. de Verdun.....	832.01	Martelly (G.), représ., 15, r. Gustave-Deloye.....	853.38
Marassi, docteur médecin, 33, av. Maréchal-Foch.....	870.09	Marthe, coiffeur, 20, r. de la Buffa.....	802.48
Marbre (Tout en), 176, rte de Turin.....	826.82	Martia, villa les Oliviers, av. du Mesnil, Fabron.....	754.93
Marcel Méria, peintre en lettres, 28, r. Lamartine.....	870.72	Martin, notaire, 51, av. de la Victoire.....	809.01
Marcelet (Henri), chimiste, 4, r. Lépante.....	834.38	Martin, café, thé, 26, qu. Saint-Jean-Baptiste.....	827.37
Marcellesi, représ., 23, rte de Levens.....	896.01	Martin (A.), 4, r. de Paris (nov. à avril inclus).....	814.62
Marcelini frères, confiseurs, 5, r. de Dijon.....	834.48	Martin (A.), corsetière, 5, r. Bardou.....	856.93
Marcolini (H.), 1, r. Lamartine.....	824.03	Martin-Cauquill (S.), 53, rte de Marseille.....	751.74
Marcolini (G.) et Cie, huiles d'olive, 18 bis, r. Em.-Philibert.....	61.91	Martin (Charles), entrepreneur, 34, boul. de Cambrai.....	756.35
March (G.), doct. méd., 12, boul. Raimbaldi.....	801.35	Martin (Claude) fils, représ. comm., 15, r. Barla.....	66.33
Marchand (M. et Mme), Lauradour (Mme de).....	67.98	Martin (C.), court. huiles, 14, qu. Saint-Jean-Baptiste.....	898.96
Marchand (Jules), villa Lolette, boul. de Cambrai.....	752.40	Martin (E.), fleuriste, 14, r. du Congrès.....	837.78
Marché de la Bonneterie, 26, r. Pertinax.....	852.35	Martin (G.), agent comm., villa Calendal, Parc Ferber.....	758.85
Marcheteau, fotogr., 6, r. J.-Serraire.....	847.37	Martin (Gaston), fleuriste, 28, r. Hôtel-des-Postes.....	813.63
Marchi (Mme M.), 9, r. de Paris.....	802.08	Martin (G.), élect., 32, r. Assalut.....	820.16
Marchio (A.), chevillard, 5, av. de Savoie.....	851.68	Martin (H.), bijout., 2, av. de Verdun.....	848.65
Marchio (Mme M.), 19, r. St-François-de-Paule.....	844.67	Martin (H.), mécanique, élect., 4, r. Xavier-de-Maistre.....	850.80
Marchio frères, fleurs en gros, 11, r. Saint-François-de-Paule.....	848.55	Martin (J.), architecte, 16, r. Dante.....	816.44
Marchio frères, fleuristes, 9, r. Saint-François-de-Paule.....	848.40	Martin (L.), joaillier, 57, boul. Victor-Hugo.....	805.98
Marchisio et Morra, entr. de menuis., 90, r. Roquebillière.....	831.50	Martin (Mme H.), 2, r. Rossini.....	835.09
Marchiselli (M.), cycles, 12, r. Dalpizzo.....	861.81	Martin (Mlle), huiles, 28, r. Gioffredo.....	816.15
Maceou (V.), homme de lettres, pavillon Marie-Louise, av. Gustavin.....	63.83	Martin (Mlle M.), sage-femme, 30, r. Reine-Jeanne.....	854.54
Maréchaux (E.), villa Mondragon, av. Primerose.....	815.78	Martin (Pierre), villa Turquoise, av. Caravadossi.....	826.77
Marengo, pap. peints, 4, r. Lépante.....	842.92	Martin (P.), mécanicien, 162, av. Califorme.....	756.33
Maret (J.), avocat, 52, r. Gioffredo.....	816.26	*MARTIN ET CIE (Entrepr. Charles), bureaux, 139 bis, rte de Marseille.....	757.20
Margaria (F.), fruits et prim., 4, boul. Armée-des-Alpes.....	60.24	Martin (Urbain), ingénieur, 29, av. de Montclair.....	890.47
Margolis (Mme), doctoresse en médéc., 33, r. Rossini.....	837.11	Martin (Victor), archit. expert, 27, av. Villermont.....	854.74
Marguerite, 2, r. du Congrès.....	887.14	Martin-Bermond, expédit. fleurs, 5, boul. Magnan.....	752.09
Marguerite Landelle, corsets, lingerie, 7, r. Maréchal-Pétain.....	844.69	Martin-Gout, art. voyages, maroqu., 55, r. Gioffredo.....	884.81
Mari (A.), représentant, 7, pl. Cassini.....	860.06	Martin-Milon, 16, r. Préfecture.....	807.55
Mari (G.), 59, av. de la Lanterne.....	754.30	Martin Pyns, villa Henriette, av. La Madelon.....	808.65
Mari (V.), transp. intern., 27, r. Paganini.....	874.87	Martina, entrepr. serrurerie, 20, r. Ferber.....	755.87
Mari fils et Dalbera, vins en gros, 60, boul. Risso.....	826.65	Martina et Iotta, plomb. sanit., 32, r. Escarène.....	848.85
Maria (A.), couronnes mortuaires, 10, r. Hôtel-des-Postes.....	849.68	Martinelli (Ch.), entrepr. maçonn., 39, boul. Carlone.....	754.79
Maria (F.), représ. comm., 30, r. Vernier.....	823.47	Martinelli (J.), 20, r. Berlios.....	801.92
Maria (G.), villa Nelly, r. Jacques-Bouin.....	805.72	Martinetti (A.), représ., 13, boul. de Cimiez.....	877.22
Maria (P.), épicerie, 57, av. Cyrille-Besset.....	890.73	Martinetti (F.), Palais du Jardin, pl. Cais-de-Gilette.....	63.13
Maria frères, boulang.-pâtiss., 48, r. de la République.....	868.01	Martinetti (Jean) fils, tailleur, 17, r. de la Préfecture.....	881.30
Maria et Doita, bobinage, moteur, 1, r. Châteauneuf.....	896.62	Martinetti et fils, drapiers, tailleurs, 11, r. de la Préfecture.....	843.76
Mariage (J.-L.), adm. dél. Cie T.N.L., villa les Violettes, ch. des Crêtes.....	61.64	Martini (Ch.), avocat, 5, r. Galléan.....	876.62
Mariani (A.), tailleur p. dames, 4, r. de Russie.....	815.39	Martini (P.), chirurg. dent., 6, r. Desly.....	854.21
Mariani (A.), fabr. gâteaux, 34, r. Escarène.....	833.36	MARTINI ET CIE (Sté anon.), transp. *déménagements*, 17, av. Thiers.....	829.63
Mariano, élect., 109, r. de France.....	851.93	— dépôt transp., r. du Docteur-Pierre-Richielmi.....	64.40
Mariano, coff., parfum., 9, r. Massena.....	853.22	— agent en douanes, 4, qu. Papacino.....	60.56
Mariau (Albert), doct. chirurg., 18, av. Auber.....	841.96	*Service du camionnage et lacage P. L. M.....	820.29
Mariau (Philippe), doct. chirurg., 18, av. Auber.....	853.15	*Service postal Cie Fraissinet.....	62.21
Mariastrosa, 21, r. Verdi.....	810.29	*Antibes, boul. Albert-1 ^{er} , demander le 412.63 Antibes.....	
Marie-Dyl (Sté An.), 42, boul. Joseph-Garnier.....	861.18	*Antibes, gare 410.31 Juan-les-Pins.....	
Mario-Thérèse, couture, Jardin-du-Roi-Albert-1 ^{er}	875.56	*Breil (agence en douanes), demander le 16 Breil.....	
Mariane Nationale, inscript. marit., 92, qu. Lunel.....	60.45	Martini et Rossi, vermouth, 40, boul. Gambetta.....	898.74
Mariane Nationale, 16, boul. Dubouchage.....	861.80	Martini et Russo, aliment. gén., 26, av. Malousséna.....	880.76
Marinelli (G.), 9, boul. Armée-des-Alpes.....	62.05	Martino (Mlle M.), 30, r. des Pouchettes.....	893.34
Marinette, coiffure p. dames, 3, av. Auber.....	862.13	Martino (B.), villa Les Palmiers, Parc Chambrun.....	876.46
Mariotti (M.), 26, av. Maréchal-Foch.....	891.25	Martino (J.), 10, r. de la République.....	830.84
Mario (P.), doct. en méd., 34, r. Verdi.....	828.42	Martino, change, bourse, 25, av. de la Victoire.....	899.34
Mario (Mme), infirmière, 10, r. de Paris.....	817.74	Marty, négoc., 4, r. du Pont-Vieux.....	848.72
Marius, salon de coiffure, 12, r. Saint-Philippe.....	856.76	Marty, représent. comm., 45, av. Borriglione.....	802.60
Marijollat, villa Agnès-Paulette, av. René-Maurice.....	881.37	Marverti (G.), 14, imp. St-Laurent.....	755.35
Marijollat (Mme la Générale), 11, r. du Congrès.....	854.23	Marvie (L.-F.), mat. prem. arom., 51, av. Domaine-du-Piol.....	808.96
Mariot (J.), industr., 28, boul. Carabacel.....	887.96	Mary (Louis), 34, r. Masséna.....	894.11
Mariy's, cristaux, cadeaux, 25, prom. des Anglais.....	872.11	Mary (P.), fourn. pour tailleur, 32, r. Hôtel-des-Postes.....	825.80
Mariolles (H.), 6, r. Meyerber.....	813.93	Maryland, 177, promenade des Anglais.....	756.78
		Marzat (M.), avoué, 23, av. de la Victoire.....	835.60
		Marzi (F.), plombier, 155, r. de France.....	855.90

MAISON MARS

Travaux sur commande — Spécialité Plantes perles, garnitures tombeaux

Téléphone :
837.03

COURONNES MORTUAIRES, 4, rue Alexandre-Mari (Anc. r. du Palais) NICE

«Inspeccioné la avenida, las callejuelas, las casas, las tiendas, las villas, buscando instintivamente un refugio. Mi mirada se detuvo ante un escaparate: MARIUS - SALÓN DE PELUQUERÍA.» (véase capítulo VI)

Bibliothèque historique des postes et des télécommunications, Paris

Anuario oficial de abonados al teléfono, correspondiente al departamento de los Alpes Marítimos, edición de 1941, en el que se pueden hallar los datos precisos de Marius, salón de peluquería, rue Saint-Philippe, 12, tel. 856 76.

LA EDICIÓN ORIGINAL, 1945

FRANÇOISE FRENKEL

RIEN OÙ POSER
SA TÊTE



GENÈVE
Edition J.-H. Jéheber S. A.
6, rue du Vieux-Collège, 6

En France : Edition Jeheber, Annemasse (Haute-Savoie)

Éditions Gallimard

Portada de la edición original de *Una librería en Berlín*, 1945.

DEDICATORIA, NIZA, 1945

B 755/C1

À Révérend Père Pierre Noir
avec l'expression de sa profonde recon-
naissance, respectueusement de Vnre

L'Auteur

Merci de vouloir prier pour moi - je cherche
l'apaisement ; mes devoirs sont nombreux et
j'ignore où reposer tous les miens. Meilleurs
grande

RIEN OÙ POSER SA TÊTE

Bibliothèque des Fontaines
BP 219
60631 CHANTILLY Cedex
Tél. (16) 44.57.24.60

Nice, Décembre 1945

Autógrafo sobre un ejemplar de *Una librería en Berlín*, firmado por Françoise Frenkel y enviado al padre Noir.

«Al reverendo padre Pierre Noir, con la expresión de su más profundo agradecimiento y su más respetuosa devoción, la Autora. Gracias por querer rezar por mí. Busco la paz: mis duelos son numerosos e ignoro dónde descansa mi familia. Mi dolor es grande. Niza, diciembre de 1945.» (Biblioteca Municipal de Lyon, signatura SJ B755/61).

La dedicatoria deja suponer que Françoise Frenkel regresó a vivir a Niza a finales de 1945.

UN ARTÍCULO

Publications reçues

Françoise FRENKEL: *Rien où poser sa tête*. Edit. J.-H. Jeheber S. A. Genève.

Les récits dont l'action se situe dans le cadre de la guerre ont entre eux une tragique parenté. C'est pourquoi, en lisant « Rien où poser sa tête », on pense à « Je suis une vraie Norvégienne », malgré la différence des personnages et des situations.

Françoise Frenkel, d'origine polonaise, était directrice d'une librairie française, à Berlin, lorsque les événements de 1939 l'obligèrent à fuir. Ne pouvant gagner sa patrie, elle se réfugia en France, à Paris, où elle avait fait ses études. Mais bientôt l'exode l'entraîna vers le Midi. A partir de ce moment, les péripéties se succédèrent vécues douloureusement, « sans rien où poser sa tête... » Pourtant de lumineux rayons se glissent parmi les images de misère, et nous en savons gré à l'auteur. Pas de plaintes, des faits rapportés avec décence et mesure, d'une manière très vivante. Françoise Frenkel ne serait-elles pas une des « héroïnes inconnues » ? R. G.



Artículo publicado en *Le Mouvement féministe: organe officiel des publications de l'Alliance nationale des sociétés féminines suisses* en 1946. Es la única reseña conocida del libro.

[Publicaciones recibidas / Françoise Frenkel: *Una librería en Berlín*. Édit. J.-H. Jeheber, S. A., Ginebra. / Los relatos, cuya acción se sitúa en el marco de la guerra, tienen entre sí un trágico parentesco. Esa es la razón por la que al leer *Una librería en Berlín* es inevitable pensar en *Je suis une vraie Norvégienne*, a pesar de la diferencia de los personajes y de las situaciones.

Françoise Frenkel, de origen polaco, era directora de una librería francesa en Berlín cuando los acontecimientos de 1939 la obligaron a huir. Al no poder llegar a su patria, se refugió en Francia, en París, donde ella había cursado sus estudios. Pero pronto el éxodo la arrastra hasta el sur. A partir de ese momento, las peripecias se sucederán, vividas dolorosamente, «sin tener ningún sitio donde descansar». Sin embargo, entre las imágenes de la miseria se pueden ver rayos de luz y le estamos agradecidos a la autora por ellos. Ningún lamento, solo hechos contados con decencia y mesura, de una manera muy viva. ¿Acaso no sería la propia Françoise Frenkel una de esas «heroínas anónimas»? R. G.]

SOLICITUD DE INDEMNIZACIÓN

Anmeldung

von rückerstattungsrechtlichen Geldansprüchen gegen das Deutsche Reich und gleichgestellte Rechtsträger*)

Bundesgesetz zur Regelung der rückerstattungsrechtlichen Geldverbindlichkeiten des Deutschen Reichs und gleichgestellter
Rechtsträger

(Bundesrückerstattungsgesetz - BRÜG -)
Der Haupttreuhänder 19. Juli 1957
für Rückstattungsvermögen (Bundesgesetzbl. I S. 734)
- 1. JULI 1958
A. Personalangaben
Anlagen

Der Haupttreuhänder
für Rückstattungsvermögen
Berlin W 30, Nürnberger Str. 53-55
- Zentralanmeldeamt -
Reg. Nr.: G/6380/F

1. Personalangaben des Antragstellers

- a) Familienname **F R E N K E L**
(bei Frauen auch Geburtsname) **geb. FRENKEL**
- b) Vorname **Françoise Frymeta**
- c) jetzt wohnhaft **NIZZA (Frankreich), 1 avenue de Bellet.**
- d) Geburtsdatum und Ort **Plotrkow (Polen).**
- e) Staatsangehörigkeit **FRANZOESISCH.**
- f) Beruf **Vormals Buchhändlerin, jetzt Schriftstellerin.**
- g) Wohnort (ständiger Aufenthalt) **PARIS (17^e) Rue Colonel MOLL, 19.**
im Zeitpunkt der Entziehung
- h) Wohnsitz oder Aufenthalt oder geschäftliche Hauptniederlassung des Antragstellers im Gebiet der jetzigen Bundesrepublik
Deutschland oder in den jetzigen Westsektoren von Berlin zu irgendeinem Zeitpunkt während der Zeit vom 30. Januar 1933
bis 8. Mai 1945 **von 1921-39 in Berlin, Passauerstr. 39.**
- i) Wohnsitz im Jahre 1948 **NIZZA, Frankreich.**
- k) Angaben über die Antragsberechtigung, falls der Antragsteller nicht der Geschädigte ist: (Erbfolge, Abtretung u. dgl.)

*) Nach § 1 BRÜG findet das Gesetz Anwendung auf rückstattungsrechtliche Ansprüche gegen das Deutsche Reich einschließlich der Sondervermögen Deutsche Reichsbahn und Deutsche Reichspost.

Das Gesetz findet ferner Anwendung auf rückstattungsrechtliche Ansprüche gegen 1. das ehem. Land Preußen, 2. das Unternehmen Reichsautobahnen, 3. die ehem. Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP), deren Gliederungen, deren angeschlossene Verbände und die sonstigen aufgelösten NS-Einrichtungen, 4. die Reichsvereinigung der Juden in Deutschland und den Auswanderungsfonds Böhmen und Mähren.

«Mandé mi gran baúl rescatado de Berlín a un guardamuebles parisino.» (véase el final del
capítulo II)
Landesarchiv, Berlin

Formulario de solicitud de indemnización de Françoise Frenkel, fechado en 1958.

Nacionalidad: francesa; profesión: antigua librera, escritora; dirección: avenida de Bellet, 1, Niza; dirección en el momento de los hechos: rue du Colonel-Moll, 19, París, distrito XVII; objeto de la solicitud: pérdida de equipajes (véase lista adjunta); motivo: embargo por la Gestapo.

INVENTARIO DEL BAÚL

Anlage zur Anmeldung von Rückerstattungsrechtlichen Ansprüchen gegen das Deutsche Reich (zu B. 6) Frau Witwe F. FRENKEL geb. FRENKEL, wohnhaft in NIZZA/Frankreich, z. Zt. Berlin.

I N H A L T S V E R Z E I C H N I S

des Maedlerkoffers, beschlagnahmt von der GESTAPO in PARIS am 14. November 1942 (aus Rassengründen), laut Bestätigung der Firma Garde-Meubles du Colisée in PARIS, 45 rue du Colisée (Lagerhaus).-

1) ein Maedler-Rohrplattenkoffer mit Messingringen, innen Schublade und 3 Abteilungen	DM.	345,00
2) ein NUTRIAPPELMANTEL dreiviertellang (Herpich Söhne).		1.800,00
3) ein Kostüm, Massarbeit ; ; ;		225,00
4) ein Mantel mit Opossumkragen, Massarbeit		200,00
5) zwei Wollkleider nach Mass, je 150.-		300,00
6) ein schwarzer Regenmantel		45,00
7) eine Halskette (Bernstein)		50,00
8) ein Morgenrock Pa. Grünfeld		25,00
9) drei Nachthemden mit Stickerei Pa. Grünfeld, je 25.*		75,00
10) drei Nachthemden mit Stickerei Pa. Grünfeld, je 30.-		90,00
11) zwei Unterkleider, Kunstseide je 25.-		50,00
12) ein Unterkleid, Kunstseide		40,00
13) ein Regenschirm		22,00
14) ein Sonnenschirm 'en tout-cas'		32,00
15) drei Paar Lederschuhe (Stiller) je e. 25.-		75,00
16) eine Handtasche		35,00
17) eine Aktenmappe		50,00
18) ein Tauschsieder		12,00
19) ein Heizkissen		18,00
20) eine Daunendecke		230,00
21) dazu frei bunte Ueberzüge à 35.-		105,00
22) eine neue Erika-Portable Schreibmaschine		400,00
23) eine neuwertige Universal-Portable Schreibmaschine		350,00
24) die in den Ziehkästen und Schubladen befindlichen Handschuhe, Strümpfe, Spitzenkragen, Taschentücher usw. usw.	ca.	300,00

Total : ... 4.874,00 Df

Inventario y tasación del contenido del baúl de Françoise Frenkel,
anexado al formulario de solicitud de indemnización de 1958.

DECLARACIÓN JURADA, 1959

Erste Ausfertigung



Verhandelt

zu Berlin , am 3. Juli 1959.

Vor dem unterzeichneten Notar

Jochen Klaus Schaefer

in Berlin-Charlottenburg 4, Waitzstraße 7.

erschien heute - von Person bekannt -

Frau Frymeta Francoise F r e n k e l geborene Frenkel, wohnhaft in Nice (A.M.) / Frankreich, 1, Avenue de Bellet, zur Zeit aufenthältlich in Berlin-Charlottenburg, Giesebrechtstraße 11, Pension Florian, und erklärte, in ihrem Verfahren nach dem Bundesrückerstattungsgesetz gegenüber den Wiedergutmachungsämtern Berlin zu den Akten des I Geschäftsnummer 62 WGA. 1280/57 eine eidesstattliche Versicherung abgeben zu wollen.

Der Notar belehrte die Erschienene über die Bedeutung

En julio de 1959, Françoise Frenkel pasó una temporada en Berlín para completar su dossier de indemnización. Deposita ante notario la declaración jurada aquí reproducida. En 1960 obtuvo de la República Federal de Alemania una reparación cuyo montante ascendió a 3.500 marcos.

einer eidesstattlichen Versicherung und wies sie auf die Strafbarkeit nach den Bestimmungen des Aufenthalts- und des Heimatlandes für den Fall der Abgabe einer vorsätzlich oder fahrlässig falschen eidesstattlichen Versicherung hin.

Hierauf erklärte die Erschienenene folgendes:

Im Juli 1939 mußte ich wegen rassistischer Verfolgung Berlin verlassen und mich in das Ausland begeben. Ich besaß damals die polnische Staatsangehörigkeit, und mir drohte wegen meiner jüdischen Abstammung sowieso die Zwangsausweisung. Ich wäre unter die Aktionen gegen die jüdischen Polen gefallen. - Ich erhielt von dem französischen Konsulat eine entsprechende Warnung, da ich eine französische Buchhandlung unter dem Namen MAISON DU LIVRE betrieb. Ich habe damals meine Buchhandlung und auch meine Wohnung verlassen, wie sie waren, und mich nur darauf beschränkt, das Notwendigste, das heißt persönliche Gegenstände in einem Koffer mitzuführen. Dieser Maedler-Koffer hatte den Inhalt, den ich auf einer besonderen Liste angegeben habe. Dieser Koffer stellte also mein Umzugsgut dar.

Es gelang mir durch die Unterstützung meines Mitarbeiters, Herrn Roland Weimar, den Koffer nach Paris aufzugeben, und dort fand ich ihn nach meiner Ankunft wieder vor, und zwar am Bahnhof. Ich kam in Paris in der ersten Juli-Hälfte 1939 an. Ich wohnte bei Freunden in Paris und hatte dort meinen Koffer untergestellt.

Als dann im Laufe des deutsch-französischen Krieges Paris von den deutschen Truppen bedroht wurde und der Kommandant von Paris alle Frauen und Kinder zum Verlassen der Stadt aufforderte, fühlte auch ich mich veranlaßt, dieser Aufforderung Folge zu leisten. Wenn ich auch inzwischen die französische Staatsangehörigkeit erworben hatte, so mußte ich doch wegen meiner jüdischen Abstammung und früheren polnischen Staatsangehörigkeit die deutschen Truppen fürchten. Ich verließ also am 28. Mai 1940 Paris, nachdem ich am Tage zuvor, am 27. Mai 1940, bei dem Lagerhaus GARDEMEUBLE du Colysée, 45 rue Colysée, Paris 8^e, den Koffer eingelagert hatte. Ich begab mich dann nach Südf frankreich.

Im Herbst 1942, und zwar im November erhielt ich von dem

Lagerhaus ein Schreiben, das mir von meinen französischen Freunden aus Paris nach Nizza nachgesandt worden war und in welchem mir mitgeteilt wurde, daß dort lagerndes jüdisches Eigentum von der deutschen Besatzungsmacht beschlagnahmt werden sollte. Ich wurde angefragt, ob ich die Möglichkeit hätte nachzuweisen, daß ich "arisch" sei, um mein Eigentum vor einer derartigen Beschlagnahme zu bewahren. Ich habe dieses Schreiben nicht beantwortet, weil ich jüdischer Abstammung bin und dadurch keine Aussicht bestand, eine Beschlagnahme des Koffers zu verhindern. Bei dieser Aktion in Paris hat es sich um eine allgemeine Aktion der Nazi-Behörden gegen jüdisches Eigentum gehandelt, und ich schließe daraus, daß meine Sachen mit denen anderer Juden in das Gebiet des ehemaligen Deutschen Reiches verbracht worden sind.

Wegen dieses Verlustes habe ich von keinem Staat, insbesondere weder von Frankreich noch von Polen irgendeine Entschädigung erhalten. Als ich nämlich diesen Schaden zunächst als Kriegsschaden bei einem französischen Amt anmelden wollte, hat man mir eine Entschädigung versagt mit der Begründung, daß es sich dabei nicht um einen üblichen Besatzungs- oder Kriegsschaden gehandelt habe, sondern um eine besondere Aktion gegen die Juden.

Die Richtigkeit vorstehender Angaben versichere ich an Eides Statt. Nach gewissenhafter Prüfung ist mir nichts bekannt, was der Richtigkeit meiner Angaben entgegensteht.

Ich beantrage, mir eine Ausfertigung - für die Wiedergutmachungsämter -, eine beglaubigte Abschrift - für den Senator für ^{Finanzen} ~~innere~~ - sowie mir eine einfache Abschrift zu erteilen.

Das Protokoll ist in Gegenwart des Notars mit den Ergänzungen und ^{berichtigungen} ~~berichtigungen~~ vorgelesen, von der Beteiligten genehmigt und eigenhändig unterschrieben worden:

gez. Frymeta Françoise F r e n k e l geb. Frenkel
gez. S c h a e f e r , Notar

Kostenrechnung

Kostenordnung v. 26. 7. 57

Geschäftswert: 4.500,-- DM

Gebühr §§ 32, 49 30,-- DM

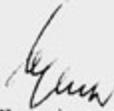
Umsatzsteuer 1,20 "

zusammen 31,20 DM

gez. Schaefer, Notar

Vorstehende, in die Urkundenrolle für das Jahr 1959 unter Nummer 90 eingetragene Verhandlung wird hiermit für Frau Frymeta Francoise F r e n k e l geborene Frenkel, zur Zeit Berlin-Charlottenburg, Giesebrechtstraße 11, ausgefertigt.

Berlin, den 4. Juli 1959


N o t a r

[TRANSCRIPCIÓN]

JOCHEN KLAUS SCHAEFER
NOTARIO

BERLÍN-CHARLOTTENBURG 4, WAITZSTRASSE 7

Berlín, 3 de julio de 1959

Se ha presentado hoy ante notario la señorita Frymeta Françoise Frenkel, de soltera Frenkel —conocida personalmente por el notario—, con domicilio en Niza, Alpes Marítimos, Francia, avenida de Bellet, 1, actualmente residente en la pensión Florian, de Giesebrechtstrasse, 11, en Berlín-Charlottenburg, y que ha afirmado querer hacer ante los servicios administrativos de reparación de Berlín una declaración jurada en el marco de un procedimiento amparado por la ley federal de indemnización, como complemento del dossier n.º 62 WGA 1280/57.

El notario le ha explicado las modalidades de declaración jurada y le ha indicado que sería merecedora de sanción, según las leyes de los países de residencia y de origen, en caso de testimonio erróneo, ya fuera intencionado o cometido por imprudencia en el contexto de una declaración jurada.

Dicho lo cual, la persona aquí presente ha declarado lo siguiente:

En julio de 1939 debí dejar Berlín por motivo de las persecuciones raciales entonces en vigor y me tuve que marchar al extranjero. Poseía la nacionalidad polaca y la expulsión forzada se debía al hecho de mis orígenes judíos. Me hallaba afectada de lleno por las acciones contra los judíos polacos. Habida cuenta del hecho de que yo dirigía una librería francesa llamada La Maison du Livre, el consulado francés me alertó. Abandoné mi librería, así como mi piso, tal como estaban, y me limité a coger lo

estrictamente necesario, a saber, los efectos personales que pude meter en un baúl. El contenido de ese baúl, de la marca Mädler, está detallado en una lista aparte. Era todo cuanto constituyó mi mudanza.

Gracias a la ayuda de un empleado mío, el señor Roland WEIMAR, pude hacer que me llevaran el baúl a París y lo recuperé a mi llegada a la estación. Llegué a París durante la primera mitad de julio de 1939. Viví en casa de unos amigos, a quienes confié el baúl.

Cuando estalló la guerra entre Francia y Alemania y las tropas alemanas amenazaban París, el comandante en jefe de la ciudad pidió que todas las mujeres y niños abandonaran la urbe. Decidí acatar la orden. Aunque en ese tiempo hubiera obtenido la nacionalidad francesa, no dejaría de temer por ello a las tropas alemanas, debido a mis orígenes judíos y a mi nacionalidad polaca. Por tanto, me fui de París el 28 de mayo de 1940, después de haber dejado el día anterior, 27 de mayo, el viejo baúl en depósito en el guardamuebles del Colisée, sito en el 45 de la rue du Colisée, 75008 París. Partí inmediatamente hacia el sur de Francia.

En el otoño de 1942, en noviembre, recibí en Niza una notificación del guardamuebles, enviada por medio de mis amigos franceses de París, en la que se me informaba del inminente embargo de los bienes judíos por las fuerzas de ocupación alemanas. Me pedían que demostrara, en la medida en que me fuera posible, que yo era «aria», con el fin de proteger mis bienes de dicho embargo. No respondí a esa notificación al ser yo de origen judío y no tener, por tanto, ninguna opción de evitar el embargo del baúl. Estas medidas llevadas a cabo en París formaban parte de unas medidas generales ejecutadas por la administración nacionalsocialista contra los bienes judíos, y llegué a la conclusión de que mis pertenencias, junto con las de los demás judíos, fueron trasladadas a territorio del antiguo Reich alemán.

A este respecto, no he recibido ninguna indemnización de ningún Estado, especialmente ni de Francia ni tampoco de Polonia. Siempre que he pretendido declarar esta pérdida como daño de guerra a las autoridades francesas, se me ha denegado una indemnización justificando que no se trataba de un daño de guerra o una consecuencia de la Ocupación, sino de una acción concreta llevada a cabo contra los judíos.

Certifico la veracidad de esta declaración jurada. Después de su relectura, no encuentro nada que contravenga la veracidad de mis declaraciones.

Pido que se hagan las siguientes copias: una destinada a los servicios administrativos de reparación, otra certificada para el senador de las finanzas, así como una simple para mí.

El protocolo ha sido leído en presencia del notario, con sus añadidos y correcciones, validado por las partes concernidas y firmado de su puño y letra.

Firmado Frymeta Françoise FRENKEL, de soltera Frenkel.

Firmado SCHAEFER, notario.

La presente declaración, registrada en las actas notariales del año 1959 con el número 90, se ha asentado para la señora Frymeta Françoise FRENKEL, de soltera Frenkel, con residencia actual en Giesebrechtstrasse, 11, BerlínCharlottenburg.

Berlín, 4 de julio de 1959

TESTIMONIO DEL SEÑOR WEYMAR

ROLAND WEYMAR
Buenos Aires
Superi 4299

Buenos Aires, den 30 Juli 1959.

ERKLÄERUNG

Meine Mutter, meine Frau und ich wir waren mit Frau Françoise Frenkel befreundet. Als sie im Jahre 1939 durch die drohende Deportation zur Flucht aus Berlin veranlasst wurde, ging sie nach Paris.

Frau Françoise Frenkel verpackte ihre persönlichen Gegenstände und Schreibmaschinen in einen Mädlerkoffer. Ich beförderte diesen Koffer zum Bahnhof Zoo und habe ihn dort zum Versand gebracht. Den Versandschein händigte ich an Frau Françoise Frenkel aus. Die Richtigkeit dieser Erklärung bestätigt an eidesstatt

Roland Weymar.

Vorstehende eigenhändige Unterschrift des...

..... *Roland Weymar*

..... Buenos Aires

beglaubigt ist hiermit auf Grund ihrer vor
mir erfolgten förmlichen Anerkennung.

Buenos Aires, den

31. JULI 1959

[Signature]
Konsulatssekretär

Beauf. Rec.

bei der Botschaft

N^o 22724/59 für Bundesrepublik Deutschland

Gebühr Tarif gemäss § 37a Konsulargesetz



Landesarchiv, Berlin

Declaración del señor Weymar, efectuada en Buenos Aires, Argentina, el 30 de julio de 1959 y anexada al dossier de solicitud de indemnización de julio de 1959.

«Mi madre, mi mujer y yo mismo teníamos amistad con la señora Françoise Frenkel. En 1939, ante la amenaza de deportación, ella se vio en la obligación de huir de Berlín y regresó a París. La señora Frenkel empaquetó sus efectos personales y sus máquinas de escribir en un baúl de la marca Mädler. Llevé yo mismo ese baúl a la estación del Zoo y lo deposité para su expedición en los servicios correspondientes. Le entregué el resguardo de expedición a la señora Françoise Frenkel. Juro por mi honor que estas declaraciones son verdaderas. Roland Weymar.»

ÚLTIMA DIRECCIÓN



Éditions Gallimard

La última dirección de Françoise Frenkel: Villa Tanit, rue Alexandre-Dumas, 5, en Niza.

AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias a todas aquellas personas que han hecho posible que esta edición vea la luz.

A Patrick Modiano, por el interés que se ha tomado en este proyecto y por el prefacio con que nos ha obsequiado.

A Frédéric Maria, por habernos descubierto este libro y por el dossier inédito que lo esclarece.

A Michel Francesconi, que halló un ejemplar de *Una librería en Berlín* en un mercadillo de Niza y fue el primero en leerlo y en compartirlo.

A Valérie Scigala, quien, gracias a su blog, volvió a poner el nombre de Françoise Frenkel en circulación.

A Élisabeth Beyer, directora de la Oficina del Libro de Berlín, por ofrecernos su apoyo amistoso y constante.

A Sébastien Cadet, del Centro de Indemnizaciones de Víctimas de la Shoah (CIVS) de Berlín, por sus investigaciones en los Landesarchiv de Berlín.

A Corine Defrance, que en 2005 escribió el único estudio existente sobre La Maison du Livre y participó en las investigaciones.

A Anne Vijoux, por sus búsquedas por las bibliotecas francesas.

Y finalmente a Simon Srebrny, Irenka Taurek y Peter Wechsler, familiares de Françoise Frenkel, cuyos recuerdos y archivos personales nos han sido una ayuda de gran valor.

Notas

* Se refiere al título original de esta novela, *Rien où poser sa tête* (literalmente, «ningún sitio donde descansar la cabeza»). (*N. de la e.*)

* Unter den Linden, el bulevar más famoso del Berlín de la época. (*N. del t.*)

* En las sinagogas se los llama *shames*. (N. del t.)

* Siglas de *Défense Contre Avions*. (N. del t.)

* Hasta 1995, término que equivalía a «oficial de policía». (*N. del t.*)

1. En junio de 1943, esta libertad de movimientos se vio reducida al hacerse obligatoria, también para los nacionales, la provisión de salvoconductos.

2. Los carnés de identidad franceses desentonaban con el marcado acento extranjero de sus poseedores. El subterfugio era flagrante en caso de controles. Un simple cacheo sacaba a la luz rápidamente la documentación auténtica que los fugitivos guardaban de cara a usarla en el futuro.

* Francis Carco, cuyo nombre original era François CarcopinoTusoli (1886-1958), escritor francés conocido por el uso del argot parisino en sus obras. (*N. del t.*)

3. En febrero de 1944, unos amigos me escribieron que una de aquellas encantadoras ancianas, de la que tenía regularmente noticias, había sido arrestada por la Gestapo y trasladada al campo de Drancy.

4. Véase Corine Defrance, «La “Maison du Livre français” à Berlin (1923-1933) y la politique française du livre en Allemagne», en Hans-Manfred Bock y Gilbert Krebs, *Échanges culturels et relations diplomatiques: présences culturelles à Berlin au temps de la République de Weimar*, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2005.

5. En 1959, durante su solicitud de indemnización, ella datará su llegada en «la primera mitad de julio de 1939», tal como figura en el documento aquí anexado «Declaración jurada». En su relato, Françoise Frenkel da otra fecha: el 27 de agosto de 1939.

6. Inscrito en el Muro de los Nombres del Memorial de la Shoah, en París.

7. Jules Chancel, *Dix ans après: un mark = six francs*, Paris, Fayard, 1928, pp. 166-167.

8. SOFE (Servicio de Obras Francesas en el Extranjero), vol. 269, nota manuscrita «Raichenstein», sin fecha. MAE/La Courneuve.

9. Archivos del ministerio de Postes, embajada de Francia en Berlín, 1915/1939, serie B, vol. 463, nota del Instituto Francés de Berlín de 15 de abril de 1933 sobre el estado actual de las obras francesas en Berlín. MAE/Nantes. Correspondencia citada por Corine Defrance, *op. cit.*

10. Debe su nombre al apellido de su promotor, Fridtjof Nansen, alto comisario para los refugiados en la Sociedad de Naciones. Creado en julio de 1922, el pasaporte Nansen es un documento de identidad y de viaje destinado a refugiados y apátridas.

11. Véase la «declaración jurada» más adelante en este Dossier.

Una librería en Berlín

Françoise Frenkel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Rien où poser sa tête*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, © Nina Leen/The LIFE Picture Collection/Getty Images

© por el prólogo de Patrick Modiano y el dossier de Frédéric Maria, Éditions Gallimard, 2015

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-322-3217-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

Françoise Frenkel

Una librería en Berlín

Prólogo de Patrick Modiano

